



Rafael Kries Saavedra

CORDONES INDUSTRIALES

El proletariado de la región chilena en la encrucijada de la revolución



CORDONES INDUSTRIALES

El proletariado de la región chilena en la encrucijada de la revolución

Rafael Kries Saavedra

1ª Edición, otoño 2019.
Tiraje, 200 copias.
Santiago, Región dominada por el Estado chileno.
Edición, notas y correcciones: Grupo "Omnia Sunt Communia".

Antidiseño–Antidiagramación



Rafael Kries Saavedra

CORDONES INDUSTRIALES

El proletariado de la región chilena en la encrucijada de la revolución



ÍNDICE



A Óscar Mendoza, obrero, pensador anarquista y
dirigente de los zapateros de Valparaíso y Santiago.
El más lúcido de nosotros en el Cordón Industrial
Vicuña Mackenna



PRESENTACIÓN

"Omnia Sunt Communia" con la impresión del presente libro, hace su aparición pública en el espacio editorial militante de la región dominada por el Estado chileno. Nuestro grupo tiene por objetivo seleccionar, recopilar y editar material de carácter crítico sobre la historia proletaria reciente de este territorio que por diversas razones se ha mantenido inédito o es difícil de conseguir. Tal y como Thomas Müntzer, y los campesinos rebeldes de la Edad Media que lo secundaron en la insurrección, consideramos que "Todo es común". Ante la amnesia generalizada, la falsificación, y las mentiras que han vertido por doquier "los vencedores", buscamos tomar posición en el combate por la historia: la memoria es un campo de batalla que hay que disputar a nuestros enemigos. Por esta razón, pondremos en circulación una serie de textos que contribuyen a realizar un necesario balance de las luchas pasadas que emprendieron varias generaciones de compañeras y compañeros. Esta es la tarea que nos hemos trazado con este proyecto colectivo. Por último, queremos remarcar que no somos historiadores profesionales, sino militantes proletarios que abogan con todas sus fuerzas por la supresión de este mundo.

Sobre los Cordones Industriales (1972-1973), la mayor experiencia de autoorganización proletaria registrada en nuestra región, es muy poco lo que se ha escrito: *Los Cordones Industriales y el socialismo desde abajo* de Miguel Silva (Autoedición); *Testimonios de los Cordones Industriales. Reconstruyendo la historia con sus protagonistas* de Ana López Dietz, Gabriel Muñoz, Santiago Aguiar y Valeria Yáñez (Autoedición); *Poder Popular y Cordones Industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970–1973* de Franck Gaudichaud (LOM); *Cordones Industriales. Nuevas formas*

de Sociabilidad Obrera y Organización Política Popular (Chile, 1970-1973) de Sandra Castillo Soto (Ediciones Escaparate); *Cordones Industriales* de Sandra Castillo Soto (Ediciones Escaparate); *Cordones Industriales. Cronología comentada* de Dolores Mujica (Clase Contra Clase); *La experiencia de los Cordones Industriales* editado por la Universidad Social Eduardo Galeano.

Nuestro amigo y camarada Rafael Kries, quien participó activamente en el Cordón Vicuña Mackenna y cumplió un rol clave en la redacción de la famosa "Carta de los Cordones a Allende", ha escrito una serie de artículos y textos que, desde una perspectiva crítica y alejada de cualquier mitificación, dan cuenta de la génesis, desarrollo y derrota de esta inédita forma autónoma de autoorganización de base de la cual se dotó un sector relevante de la clase obrera industrial en el tiempo de la Unidad Popular. En esta edición hemos compilado todo el material disponible sobre el tema que se encontraba disperso o había sido publicado en el extranjero, el que complementamos con una extensa entrevista al autor que profundiza en muchas temáticas que nos parecen cruciales para una correcta lectura de aquel álgido período de la lucha de clases.

¡OMNIA SUNT COMMUNIA!
Otoño, 2019



EL AÑO CERO DE LOS CORDONES INDUSTRIALES: 1972[1]

1– Este texto fue publicado en dos partes en noviembre del año 2017 en el sitio web de prensa de izquierda www.convergenciamedios.cl [N. del E.]

I parte

Para la generación que aún no cumple medio siglo, el proceso que viviera nuestro país, desde 1970, puede parecer lejano. Sin embargo, su eco aún resuena en los oídos no sólo de nuestro pueblo sino en el de muchos pueblos del mundo.

Se esté de acuerdo o no, con la interpretación que se haga de sus hechos y propuestas, la Unidad Popular de Salvador Allende –junto a los esfuerzos del Che Guevara, por abrir un nuevo camino a los pueblos de América Latina– está entre los procesos relevantes del último tercio del siglo pasado a nivel mundial.

Es interesante observar la connotación ideológica global que adquirieron, aunque en la base de este fenómeno esté la confrontación ideológica y de bloques que se desplegó en la periferia del sistema capitalista mundial a posteriori de los resultados inmediatos de la 2ª Guerra Mundial.

En esa memoria colectiva algunas individualidades han adquirido una talla de gigantes, algunas veces utilizadas con objetivos menores por diversas perspectivas, pero lo interesante son algunos fenómenos sociales de esa época que han logrado encarnarse como alegorías y leyendas en la conciencia mundial.

Uno de los más evidentes ha sido para el caso de Chile, el de los Cordones Industriales, eje central de los organismos de Poder Popular del país. Su mito no ha dejado de crecer a pesar del esfuerzo de la ideología e instituciones de la burguesía chilena para acallarlo y reducirlo o los esfuerzos de las propias organizaciones, que se autodenominan de izquierda, para domesticarlo, adocenarlo y olvidarlo.

Muchas pueden ser las razones de ese fenómeno y probablemente varias de ellas tienen que ver con la necesidad de los pueblos de pergeñar sus esperanzas. La conciencia no es simplemente la evidencia de la positividad –en ese caso de una articulación de asambleas de fábrica y su posterior derrota– es también la búsqueda de la verdad, en la medida que esta exista, incluso más allá de las racionalizaciones.

En ese entonces, la generación a la que pertenezco –heredera de una larga lucha del pueblo chileno por la libertad, la igualdad y el bienestar– contaba con una edad cercana a la de muchos de ustedes, y estábamos convencidos que en esa coyuntura –la que estaba abierta con la elección Allende– se abría una posibilidad para una sociedad más justa, feliz y solidaria.

Las exigencias sociales que recogíamos eran muy simples: vivienda, trabajo digno, alimentación suficiente para todos, especialmente, para los niños, salud tan buena como lo permite la naturaleza de cada uno, un bienestar material alcanzable, y una educación responsable, ética e integral, con una ciencia puesta al servicio de la humanidad y no de la guerra.

En sólo mil días de Gobierno Popular se dio perfil a una esperanza social que no lograba ser borrada por el egoísmo, el consumismo ni los esfuerzos de los poderes fácticos de este país, que incluso en el presente sueñan con hacernos olvidar ese intento.

Mil días que no pueden ser medidos en base al tiempo habitual, pues en ellos cada jornada no era de 24 horas, ni cada hora de 60 minutos pues ese tiempo restaba preñado de esperanzas.

Esa conciencia expresada en cada militante de diversas organizaciones, de avanzar en el seno de una multitud que busca el bienestar colectivo, proporciona un sentimiento de

felicidad difícilmente comunicable, pero que es necesario comprender para superar los enfoques de simple nostalgia.

Los grupos y personas que convergimos en los Cordones no sólo éramos obreros o empleados de fábrica, sino estudiantes, profesionales y pobladores, militantes todos de esa causa histórica. No había un reconocimiento o instructivos de partido, excepto los esbozos de comprensión que la lectura permitió a algunos sobre los períodos de poder dual, como los denominaban Lenin y Trotsky. La censura ideológica en la izquierda era feroz en esa época impregnada de ortodoxia, y guerra fría, durante la cual sólo mencionar el nombre de Rosa Luxemburgo abría las puertas de una excomunión.

Pero se había abierto un período de luchas de clase que impulsaba en la izquierda y en el pueblo a organizarse para enfrentar las tareas del cambio que se buscaba y para responder y compensar los daños que las huelgas, sabotajes y boicots de los enemigos del proceso provocaban en nuestra marcha. Ciertamente se perdían posibilidades de acción y organización, tal como la de los Comités de la Unidad Popular (CUP) al inicio del proceso, pero siempre se buscaban y creaban otras, tales como los organismos poblacionales y la movilización por tierras o salarios, así como los esfuerzos por democratizar lo existente.

Los grupos dominantes, desde el ascenso de Allende a la presidencia, habían abandonado su cacareado respeto por la democracia y su supuesto pacifismo, para complotar, boicotear y generar grupos paramilitares, así como conspirar con el Gobierno de Nixon en el Imperio Americano, de modo de debilitar, destruir y aplastar un proyecto social que estaba siendo desarrollado ante los ojos del mundo por un pueblo pequeño ubicado en donde el mundo se cierra.

Es interesante constatar que en Chile en ese período no se desarrolló un movimiento guerrillero anclado en las capas

media o en el campesinado, tal como sucedió en países vecinos. La UP y el movimiento de trabajadores que estaba en su seno atrajeron a su cauce a diversos movimientos políticos que, sin coincidir con su estrategia política o su programa, se plegaban a su fuerza y a su conducta.

En ello había indudablemente un giro de la esfera política que solo encuentra explicación en los procesos de crisis global y de las modalidades de la acumulación de capital, que hemos mencionado en otros escritos. Éramos producto del fin de los años de prosperidad de la posguerra y de las movilizaciones y guerras que se resolvían en una y otra dirección momentáneamente.

Pero ese combate en ascenso de nuestra clase trabajadora y los Partidos del Pueblo, de esa época, no tiene parangón en cuanto a su peculiar carácter. La elección de Allende, el respeto al programa –que nacionalizó Bancos y la Minería del Cobre, que creó un sector de la economía en manos del Estado–, o el surgimiento de Cordones Industriales y otros organismos de Poder Popular, tienen explicación en niveles profundos de nuestra conciencia e historia.

El entusiasmo desbordado de las multitudes, que anulaba parcialmente el espíritu de secta en la izquierda política, así como el espíritu grupal de un pueblo que con sus hijos a cuesta asistió a actos políticos, pintó barrios y escuelas, combatió plagas, hizo trabajo voluntario y que, como señalaban con asombro los extranjeros que venían, leen publicaciones, libros y cuentos –por miles– y que recitan y cantan en los momentos compartidos, no pueden borrarse a pesar de la ferocidad de la represión posterior ni de la traición oportunista de sus legatarios.

Esa actitud, ya cuando surge, no podía ser permitida por los grupos dominantes. Esa valoración del bien común antes que los intereses privados, les parecía subversiva. Ese amor

por la tierra y esa fusión con la herencia mapuche ancestral, esa esperanza de profundizar la conciencia social y de grupo, y de una democracia real, participativa y lo más ampliamente directa, les parecía una locura que atentaba contra el sagrado carácter que le daban a los objetos y mecanismos que ellos controlaban y que eran la base de sus privilegios.

Empresarios de viejo y nuevo linaje, con sus medios de comunicación que incluso hoy hablan de libertad y patriotismo, políticos de derecha y de centro coludidos y financiados por empresas transnacionales, comandados por una potencia extranjera y sus servicios secretos, articularon un golpe de militares y civiles chilenos para destruir esperanzas, cuerpos y mentes de un pueblo que había logrado en ese período ponerse de pie para exigir su derecho a la libertad, a la justicia y a la fraternidad.

El año 1972, año cero de los Cordones Industriales, fue un año decisivo del enfrentamiento de la clase dominante en la estructura social chilena contra la población. Pero allí debieron enfrentar y diluir la respuesta que intentó consolidar el pueblo chileno ante su barbarie: organizar Poder Popular, crear Cordones de Industria, exigir un rol central para los trabajadores en el proceso. Y lo lograron.

Todos conocemos los pasos hacia adelante y hacia atrás que se dieron, tratando de mantener el diálogo político y el funcionamiento de la economía y la institucionalidad bajo control y diseño de la hegemonía pre–existente, por parte de los rivales que se enfrentaban. Algún día se podrá hacer un balance histórico que dé cuenta de ese último período sin egoísmos partidistas ni justificaciones banales.

La fuerza de las ideas heredadas y generadas por nuestro pueblo, su moral de combate y su ética, su deseo de justicia y generoso amor siguen en la bruma del tiempo expresándose como mitos sobre Allende y los Cordones, épicas

sobre el Poder Popular y la Unidad Popular, leyendas sobre la posibilidad de luchar más allá de las fronteras partidarias por una posibilidad de cambio real y profundo que permita enfrentar las nuevas amenazas creadas por el capitalismo tales como la precariedad de la vida y el Cambio Climático.

Parafraseando una consabida idea: los Cordones y el Poder Popular son algo que nunca ocurrió tal como se cuenta, pero que siempre como esperanza nos está ocurriendo.

II parte

En la segunda mitad de los años 60 se agotó en Chile la expansión industrial y de mercados que había generado la 2ª Guerra Mundial y la coalición de Partidos de Izquierda denominada Frente Popular.

Los sindicatos aglutinados en torno a Clotario Blest se sienten cercanos a la gente campesina y estos respecto a los obreros y población marginalizada por el sistema. Los empleados y gente de servicios se sienten incluidos en un mismo y gran deseo de cambio social. Hay un cambio de sensibilidad de las grandes masas trabajadoras, que se expresaba en torno al FRAP y a la figura de Salvador Allende.

La guerra de Vietnam y la lucha juvenil a todo lo largo del planeta parecen anunciar un cambio global y conducir no sólo a una crisis en el centro del sistema sino, también, en países de su periferia. Son los tiempos de Ho Chi Minh y del Che Guevara. Son los tiempos de la Unidad Popular.

En Chile el acuerdo social desarrollista de la 2ª Guerra está roto. El empresariado y la clase trabajadora han optado por caminos divergentes. La urbanización y la industrialización necesitan ser reorientadas.

¿Cómo hacerlo y en beneficio de quiénes? La Alianza para el Progreso y las Reformas del Gobierno de Eduardo Frei Montalva de la Democracia Cristiana son la respuesta del sistema. La Tricontinental y la Candidatura Unitaria de Allende son la respuesta de las fuerzas sociales de izquierda.

A nivel local y de los ámbitos nacionales del capitalismo el avance de la izquierda parece imparable. El Che proclama: ¡Crear dos, tres, muchos Vietnam…! En Chile no sólo se radicaliza el cuadro político, incluso en los partidos de centro,

sino que la Izquierda se amplía a otros sectores ideológicos, sociales y políticos más allá de aliados tradicionales y su líder Salvador Allende Gossens gana electoralmente la Presidencia de la República en un cuadro en que la propia Democracia Cristiana ha debido apelar a un mensaje comunitarista.

Es algo que no tiene precedentes. La derecha política, oligárquica y conservadora, aparece desorientada y exhausta. No se conocía una experiencia anterior en que un declarado marxista ganase en elecciones controladas por un Estado nacional y burgués. Ha roto momentáneamente el inmovilismo al que parecía estar condenando la Guerra Fría. Incluso lo hace superando las triquiñuelas de última hora de la CIA que conducen al asesinato del Comandante en Jefe del Ejército René Schneider y al intento de la DC, a través de un denominado Pacto Constitucional, de maniatar a Allende y al grupo de dirigentes de izquierda que lo rodea.

La Unidad Popular allendista había sido creada en torno al Partido Socialista de la época y del Partido Comunista, fiel seguidor de las políticas de la URSS. Pero junto a ellos se aglutinan sectores y grupos cristianos y laicos, así como lo más granado de las expresiones sociales y sindicales del país.

Su programa planteaba reformas democráticas y económicas que permitiesen una mayor autonomía nacional en un enfoque industrializador en que se anunciaba un futuro camino al socialismo, entendido como una versión autónoma, democrática y participativa que mantenía grandes ambigüedades respecto a la confrontación entre China y Rusia, así como a la evidente intervención del imperio americano.

Las 40 Primeras medidas y la nacionalización de la minería del Cobre en manos de empresas norteamericanas, anuncian un nuevo tipo de Gobierno, ante el cual la derecha política se ve en retroceso, en tanto la derecha económica y

los aparatos de inteligencia de los gobiernos de los grandes países capitalistas se articulan para conspirar.

Hoy sabemos que el dueño del diario “El Mercurio”, Agustín Edwards, partió en esa época – traicionando su ciudadanía y mentado “patriotismo”– a ofrecer sus servicios a una potencia extranjera, los EE.UU., para derrocar a cualquier costo el Gobierno de su país. Esos personajes son los mismos que usaron el chovinismo cerril para acusar a Cuba y a los movimientos del Tercer Mundo por su solidaridad y compromiso con el Gobierno de Salvador Allende, y para azuzar a las Fuerzas Armadas contra el pueblo. Los mismos que hablan de la valentía de los araucanos en los desfiles del 19 de septiembre para reprimirlos implacablemente a lo largo de la historia de este país.

Con una derecha económica conspirando y con un bloqueo económico para quebrar al país –al negarle repuestos y materias primas, así como objetos de consumo– Allende no renunció a su compromiso con el pueblo que había confiado en él después de varias tentativas: nacionalizó el cobre y la banca, y ordenó desarrollar una Nueva Economía basada en un sector Privado, uno Público y uno Mixto de Empresas. Se plantea crear un área de industrias estratégicas cuyo número se ubica en torno a 100 empresas, pero en su entorno se aglutina un número similar como producto de la paralización que intenta realizar una parte de los grandes empresarios.

La Reforma Agraria y la normalización en la industria se realizan utilizando las propias leyes existentes que dejan de ser papel molido cuando favorecen a población. Al lock out patronal se responde con la intervención y paso de las empresas paralizadas a control de CORFO. Yarur, Sumar, Cristalerías Chile y otras pasan a control de nuevas administraciones en las que los trabajadores también tienen mucho que decir.

En ellas se crearon formas inéditas de participación y con ellas se logró inicialmente amortiguar el boicot externo e interno que buscaba una caída rápida del proyecto de la Unidad Popular. Se inicia la devolución de tierras mapuche usurpadas por la colonización de inmigrantes europeos traídos desde el siglo XIX por los Gobiernos chilenos.

La batalla de la producción y el manejo de la institucionalidad existente, adquieren un rol y sentido central para impulsar y posibilitar un cambio que se plantea revolucionario aun cuando algunos sectores de la izquierda las absolutizaban y otros las demonizaban.

El Imperio Norteamericano, embarcado de lleno en la Guerra Fría, sabía que la flexibilidad táctica y la unidad lograda por los partidos de izquierda chilenos eran un peligroso ejemplo para los pueblos latinoamericanos, sobre todo, después del asesinato cobarde del Che en Bolivia, tras hacerlo prisionero.

Una situación transicional requería de una hegemonía. Y nadie más consciente de eso que el alto mando empresarial que ya en 1972 empieza a buscar paralizar el abastecimiento y la producción, así como ampliar sus bases de apoyo hacia las empresas pequeñas, y las capas medias.

En tanto la Derecha política busca establecer una situación de caos social y económico que facilite la intervención del Ejército, la Democracia Cristiana está fracturada con una mayoría que se inclina hacia la alianza con la derecha pensando ser la heredera del Golpe militar.

¿Qué hacer en una situación como la existente en 1972? Hay un Gobierno asediado por dentro y por fuera, pero con un amplio apoyo de multitudes no organizadas. En la izquierda chilena, socialistas y comunistas polarizaban el espectro so-

cial bajo su influencia en dos orientaciones contrapuestas, sin conseguir -en su propio interior y en la alianza de fuerzas que habían conseguido- la unanimidad alcanzada anteriormente.

Es la lucha de las clases fundamentales de la sociedad chilena la que busca expresarse directamente en el plano político.

En la CUT (Central Única de Trabajadores) que aglutina en torno a un tercio del total de obreros y empleados del país, se discute si ingresar o no a la institucionalidad del Gobierno –en discordancia con su propia tradición y la opinión de líderes como Clotario Blest– como mecanismo para equilibrar el eventual ingreso de otras fuerzas institucionales en las que se rumorea están las FF.AA.

Corre el año 1972, el Gobierno controla los bancos y parte de la distribución, así como ejerce una visible influencia sobre los niveles de producción. Junto al bloqueo externo que impulsa el Gobierno de EE.UU. a través de atrasos de pagos y entregas, retención de órdenes de comercio o negativas de venta, se extiende en el mercado interior el boicot de productos necesarios para el consumo. En los riachuelos aparecen agujas de coser y azúcar, biberones de bebé y artículos de difícil obtención, productos que fueron arrojados por parte de boicoteadores del proceso.

Los diarios de la derecha proclaman su deseo de Golpe en una secuencia que delata el cumplimiento de planes elaborados por Servicios de Inteligencia. Se bloquea la TV nacional y se asesina a un periodista de izquierda en el sur del país en una acción que se relaciona con sacerdotes de la derecha. Se organizan grupos fascistas en los barrios altos y en el campo, pero la izquierda política ha crecido también en militancia y partidos, como el Socialista y el Comunista que tienen al menos 500.000 militantes cada uno y se fortalecen

así mismo los partidos y sectores de su alianza que incluye cristianos, laicos y marxistas.

La derecha impulsa el boicot individual de su militancia por los medios de comunicación que mayoritariamente controla haciendo desaparecer por semanas el arroz o el aceite que arroja a las pocetas sanitarias, así como acapara otros bienes esenciales para crear un malestar en las capas medias y la izquierda responde estableciendo cadenas de solidaridad y distribución popular.

Se lucha por la influencia en los medios de comunicación, lo que obliga a otros poderes del Estado (Judicatura y Contraloría) a hacer evidentes sus vínculos con la oligarquía. Se crean medios de comunicación, la izquierda y la derecha se atrincheran en los dos canales de TV Universitarios, de los cuales el aparato Judicial obligará a la izquierda a entregar el suyo.

Los pequeños comerciantes buscan acaparar o participar en un incipiente Mercado Negro, en tanto el Gobierno responde fortaleciendo cadenas de distribución bajo control estatal y los partidos de izquierda impulsan las JAPs (Juntas de Abastecimientos y Precios) y otros mecanismos.

Surge, desde la base y en forma asamblearia, el Primer Cordón Industrial (el Cordón de la zona industrial de Cerrillos en Santiago). Sus antecedentes históricos están, contradictoriamente, en los esfuerzos por realizar un Cabildo Abierto en semanas previas en la zona urbano–industrial de Maipú, el cual fuera inicialmente impulsado por grupos democristianos sobrepasados por sectores populares.

A éste le siguen en las semanas siguientes los Cordones Vicuña Mackenna y San Joaquín donde se reúnen experiencias y dirigentes sociales, poblacionales, estudiantiles y las formas de intervención administrativa del Estado en las empresas y

el mercado. Se organizan Mercados Populares y se plantea la necesidad de establecer nexos entre esos agrupamientos y los Consejos Campesinos de la zona metropolitana. Se establecen nexos de esos primeros Cordones con organismos sociales de base en el Sur del país, sin que los Partidos políticos de izquierda se adhieran a esas iniciativas dado que están atentos a las pugnas en la cúspide política del Estado. El tiempo se acelera y se cuenta en semanas.

A fines de septiembre de 1972 gremios de pequeños y medianos empresarios –liderados por Camioneros y Comercio Minorista– con apoyo del gran empresariado, intentarán aglutinar tras de sí a los partidos de la derecha y a la Democracia Cristiana detrás de un Paro Nacional, Indefinido, y sedicioso que intenta una parálisis total del Gobierno y del aparato productivo, de distribución y servicios del país, tal que permita una sublevación del ejército. Se ha iniciado el *lock out* nacional e insurreccional de la burguesía que se conocerá como el "Paro patronal de 1972".

La respuesta será para ellos, sorprendente. La clase trabajadora se organiza como un reguero de pólvora en los que serán denominados como los Cordones Industriales, en al menos 55 lugares del país. Tras ellos, el Gobierno se reactiva, así como los partidos de la Izquierda, articulándose una reacción social que impide la paralización que busca la derecha social y política para abrir paso al Golpe.

Es una prueba de fuerzas de la que, desafortunadamente la izquierda y el Gobierno incluso triunfando momentáneamente, no logran aprender las lecciones correspondientes. La salida política obtenida –para continuar el itinerario electoral– por parte de la Unidad Popular consistió en desmantelar parcialmente el poder de los Cordones y hacer ingresar al Generalato y al liderazgo de la CUT al Gobierno, haciéndose rehén del juego institucional formal.

Cuando, con los votos de la izquierda, se aprueba la Ley de Control de Armas[2] que otorgaba a las FF. AA .la facultad de intervenir, ingresar y reprimir los locales sindicales y las fábricas intervenidas, el cuadro estará ya listo para el futuro control cívico–militar que se ve en lontananza.

Sin armas, sin apoyo explícito de los partidos, execrados por el sector estalinista de la CUT, y sin tiempo ya para establecer una orgánica política propia, los Cordones serán meros espectadores del derrumbe del Gobierno UP lo cual pagarán con sangre desde los primeros días de la tiranía pinochetista.

2–La "Ley de Control de Armas" promulgada el 20 de octubre de 1972, se hará efectiva con el acuerdo de los grandes partidos de la patronal y tendrá como consecuencia el allanamiento de decenas de fábricas y poblaciones conteniendo cualquier intento de acumulación de armamento o simple capacidad de autodefensa del proletariado. Ver texto de la Ley: https://www.leychile.cl/Navegar?idLey=17798 [N. del E.]



ABC DEL PODER POPULAR Y LOS CORDONES INDUSTRIALES

PROYECTOS SOCIALES EN CHILE DURANTE LA UP 1970–1973[3]

3–Publicado por primera vez el año 2013 en versión cuadernillo en la ciudad de Concepción por Ediciones Escaparate y la Plataforma Nexos. [N. del E.]

I– El marco histórico general

1– El fin del período de expansión global de postguerra

En la segunda mitad de los años 60 se generaliza una ralentización de la economía mundial. La recuperación de las economías centrales parece haber llegado a un grado de maduración determinada sólo por el aumento de sus intercambios internos, en el círculo de países desarrollados.

La tasa de ganancia cae sostenidamente en EE.UU. y Europa y el comportamiento de los grupos industriales corporativos tiende a indicar que no encuentran mercado suficiente al interior de los límites de los Estados Nacionales.

Algunos de ellos como Japón o Alemania, las potencias perdedoras en la 2ª Guerra, han aprovechado la casi extinción de su gasto militar en ese período para mantener un estado de bienestar social y de apoyo a la renovación y recuperación de su parque industrial, que las lleva a una temprana expansión en el mercado mundial dominado en ese momento por EE.UU.

En la periferia, dentro de la cual se encuentra Chile, el período de expansión del mercado e industrialización durante la 2ª Guerra y la fase de desarrollo denominada de Sustitución de Importaciones parece agotada, a pesar de los esfuerzos de los Estados por crear ámbitos económicos más amplios con los países cercanos. Tal fue el Pacto Andino.

Paralelamente hay un cambio en la sensibilidad de las grandes masas. Hay aires de cambio y el París del 68 es sólo una de sus múltiples manifestaciones.

La influencia que cobra la Revolución Cubana se nutre de la inquietud de amplias capas sociales medias y populares que en la periferia del sistema reivindican la necesidad de modernizar las relaciones semifeudales en las que vive un amplio segmento de la población de nuestros países.

La ruta de industrialización y ampliación de la participación democrática, negada por las potencias occidentales al mundo árabe y musulmán en los '50, se replantea en esta otra periferia que constituye América Latina.

En el centro del sistema diversos fenómenos indican el agotamiento de una fase del ciclo de la acumulación del capital a escala global.

La guerra de Vietnam parece mostrar la incapacidad de los países centrales para controlar las luchas derivadas de una articulación de fuerzas campesinas y obreras, de campo y ciudad, con contenidos nacionales e ideología marxista o de lenguaje nacionalista. La crisis colonialista y en la periferia parece concluir en una crisis en el centro y viceversa.

Una revolución en las costumbres de las nuevas generaciones, facilitada por la píldora anticonceptiva, la rebelión frente a un modelo de hiperconsumo, nuevas formas del proceso de trabajo en la fábrica, nuevas sensibilidades en el arte, parecen consolidar nuevas perspectivas.

Esa ofensiva general, como sabemos, será respondida por la coalición de fuerzas hegemónicas del imperio y sus aliados en los años 70 usando tres mecanismos básicos.

El primero es una feroz represión en las sociedades del centro del sistema, para disciplinar y controlar la disidencia, particularmente juvenil y obrera.

En segundo lugar pero no algo menor, la ruptura del patrón oro para facilitar una expansión financiera de los consorcios industriales y de banca y seguros, de los países del centro.

En tercer lugar con la formulación e imposición por el terror en los países de la periferia del modelo neo-liberal de acumulación del capital, que expresa su nueva fase de globalización y rearticulación imperial.

2- El ascenso de la Unidad Popular al Gobierno de Chile

En Chile secularmente se había venido produciendo una lenta acumulación de fuerza política de izquierda en las ciudades a lo largo del siglo, aunque ella también poseía una gran influencia en el Norte Minero y el extremo Sur, zonas de grandes luchas sociales pretéritas.

La industrialización impulsada y realizada desde los Gobiernos del Frente Popular, en la 2ª Guerra Mundial y el período inmediatamente posterior, habían canalizado el excedente de la nueva actividad de la minería del cobre y del área agrícola de los fundos tradicionales, al nuevo sector industrial. Sin embargo en los años 60, al igual que en casi todo el planeta, se había hecho evidente la estrechez del mercado interno para el potencial de generación de excedente, así como una escasa disposición de los sectores propietarios del capital y la tierra a mejorar los niveles de vida e ingresos de la población para ampliar el mercado nacional.

El acuerdo implícito de urbanización e industrialización, en Chile, estaba roto. En tanto el empresariado chileno buscaba aliados externos para extender sus circuitos de acumulación de capital, productos, tecnología y mercados, se producía paralelamente un proceso objetivo de acercamiento entre las masas campesinas, arrastradas a la periferia de pequeños pueblos y ciudades, con un proletariado urbano

que era heredero de grandes luchas sociales en la ciudad y las minas.

La Iglesia Católica, en su alta jerarquía, captó este cambio de sensibilidad y propició un *aggiornamento* del Estado con Frei y su proclamada "Revolución en Libertad", así como entregó tierras para propiciar una disminución del nivel de conflicto que constataba en el campo.

La oligarquía chilena y sus epígonos aún le reclaman a la Iglesia Católica algo que deberían agradecerle: el haber iniciado el proceso de Reforma Agraria y disminuido la presión social. La percepción de la urgencia de "morigerar" el conflicto de clases en el agro era desde luego también del Gobierno de EE.UU., que incluso promovió la "Alianza Para el Progreso"[4], para una ampliación y modernización de mercados en América Latina.

En ese entorno social y económico los Partidos Socialista y Comunista reinician, bajo la presión social y la orientación y criterios de diversos dirigentes políticos, entre ellos Salvador Allende, la búsqueda de alianzas que hagan posible una renovación de la dinámica económica interna y una ampliación de derechos sociales de la población.

Tras ellos, el PS y PC logran reencontrarse con el sector mayoritario del Partido Radical, de raíz laica y libertaria, que

4–Con el objetivo que en el resto de América Latina no se siguiera el ejemplo de la Revolución Cubana o cualquier vía insurreccional, el presidente de EE.UU., John F. Kennedy, propuso en 1961 un programa de ayuda económica y social para la región denominado "Alianza para el Progreso". Esta iniciativa se propuso mejorar las condiciones sanitarias, mejorar el acceso a la vivienda, eliminar el analfabetismo, distribuir los ingresos de manera más equitativa, controlar la inflación e incrementar la productividad agrícola mediante la reforma agraria: todas medidas sociales que buscaban contener un estallido revolucionario en la región. De llevar a cabo su implementación, los países recibirían un aporte económico desde los EE. UU. Tras el asesinato de Kennedy, sus sucesores limitaron la ayuda financiera estadounidense en América Latina, prefiriendo acuerdos bilaterales en los que primaba la "cooperación" de carácter militar. [N. del E.]

reunía una tradición de búsqueda de equilibrios e industrialización, y aglutinar –provenientes del entorno demócrata cristiano y populista–, con el MAPU e Izquierda Cristiana a segmentos que se habían radicalizado durante el Gobierno de Eduardo Frei Montalva.

Las vicisitudes del propio proceso electoral del 70, en el cual la Unidad Popular buscó colocarse en una posición ideológica de "izquierda moderada" y la radicalización del discurso del candidato de la DC Radomiro Tomic, indicaban que había un fuerte sentimiento mayoritario en la población a favor de un proceso de cambios.

Esos elementos, entre otros, fueron determinantes en llevar a Salvador Allende a Presidente Constitucional de Chile a pesar de los intentos golpistas, trapisondas y bloqueos que buscaron e intentaron hacer las fuerzas conservadoras, que controlaban la DC y el Partido Nacional.

La intensidad de esos esfuerzos y su carencia de escrúpulos los expresan el vil asesinato del General en Jefe del Ejército René Schneider, por grupos neofascistas vinculados a familias de la oligarquía, así como los esfuerzos golpistas del Jefe militar de Santiago y de sectores del propio Gobierno en manos de la DC. En todo momento esos empeños tuvieron apoyo de la CIA en información, dinero y armas, articulando lumpen y envolviendo a oficiales del Ejército en contradictoria señal que ese auto denominado "nacionalismo" estaba apoyado en y al servicio de una potencia extranjera.

Esos intentos sediciosos y su carácter no pueden atribuirse en lo medular a la acción de Servicios de Inteligencia extranjeros, siempre presentes, sino a las formas de conciencia política de una oligarquía social y económica que veía con temor el acceso de un Gobierno que con toda evidencia tendría un nuevo carácter y contenido social.

II- Proyectos políticos y sociales entre el '70 y '73

La apreciación en la derecha social y política, que con la UP advenía al Gobierno una alianza que iría más allá del modelo de explotación hasta allí desarrollado y del propio sistema de relaciones capitalistas, aparecía como correcta. El PS y el PC poseían no solo una ideología marxista, sino articulaban y representaban una mayoría del sector sindicalizado de la clase obrera industrial, de los trabajadores mineros, artesanos e intelectuales, poseyendo así mismo fuertes enclaves en sectores medios y democráticos y entre artistas e intelectuales. Su perfil antiimperialista se acomodaba con un programa de rescate nacional y desarrollo autónomo, crecimiento industrial con redistribución del ingreso y el consumo.

1- Sobre el carácter y programa de la UP

Más allá de sus contradicciones y dirigentes, el PS y el PC representaban en buena medida la historia, conciencia y aspiraciones de la clase trabajadora y sectores populares, conformados en el período anterior. También de algunos sectores artesanales, de la manufactura e industria pequeña y del comercio, que los seguía. Así como de los intelectuales y juventud que reconocían allí una cantera de valores y sentido de futuro.

El PC poseía fuertes nexos con el mundo liderado por la URSS y una férrea estructura de cuadros desarrollados bajo el período estalinista, pero a su vez era un partido heredero de la gran tradición sindical y de luchas sociales de su fundador Luis Emilio Recabarren.

El PS había sido el punto de aglutinación de diversos segmentos obreros, intelectuales y populares radicalizados con

la crisis del '29. Habían logrado mantener una unidad básica, no obstante el amplio arco de tendencias internas y su división en el período de decadencia de los Frentes Populares[5] del período inmediato a la 2ª guerra. Captaban a un segmento moderno de la clase obrera y poblacional, el cual había permitido a Allende imponer su candidatura sobre intelectuales como Pablo Neruda del PC y Luis Alberto Baltra del PR.

A su vez, el ascenso de masas del movimiento popular había traído a sus playas a un contingente de la Juventud Democratacristiana con Rodrigo Ambrosio, así como conseguido arrastrar tras su éxito electoral a sectores intelectuales y marxistas radicalizados como el MIR, grupos cristianos de base, trotskistas, pekinistas y otros. Aun cuando estos últimos se manifestaran críticos a la candidatura de Allende y escépticos de su ascenso al Gobierno.

La Plataforma inmediata de "40 Medidas"[6] de dicha candidatura de Allende prometía, además de medidas de bienestar social y derechos populares, profundizar la Reforma Agraria y liberar al país de las políticas del FMI. Su programa se comprometía a la nacionalización del Cobre, fuente fundamental del excedente económico en Chile y a la creación de una Nueva Economía basada en tres áreas de propiedad: mixta, estatal y privada.

5–El "Frente Popular" fue la táctica promovida por la III Internacional controlada por la URSS, que establecía en los países democráticos la conformación de alianzas electorales, en donde los Partidos Comunistas debían realizar alianzas policlasistas con corrientes liberales y pequeño-burguesas. [N. del E.]

6–"Las 40 medidas del gobierno popular", es una traducción práctica del "Programa de la Unidad Popular", aprobado por el Partido Comunista, Partido Socialista, Partido Radical, Partido Social Demócrata, el Movimiento de Acción Popular Unificado (MAPU), y la Acción Popular Independiente (API), el 17 de diciembre de 1969 en Santiago de Chile. Estos documentos sintetizan el espíritu de la denominada "Vía chilena al socialismo". Para revisar el programa de la UP ver: http://www.abacq.net/imagineria/frame5.htm#01 Para leer el documento de las "40 medidas" ver: http://www.abacq.net/imagineria/medidas.htm [N. del E.]

El aspecto clave en el carácter de esa propuesta, era la amplitud y participación que en ella tendría la población. Era, en lo fundamental, un compromiso de ampliar los derechos sociales y la participación democrática, lo cual por sí mismo abría una situación transicional.

El núcleo central de la confrontación entre las clases oligárquica y burguesa, por un lado, y proletaria y popular, por otro, era el de la profundización de la participación y de la democracia, y ello terminaría escindiendo al país, convocando a definiciones que la estructura institucional del Ejército y del Estado no resistieron.

Una situación transicional, que requería reordenar la gran propiedad y recanalizar el excedente económico, afectaba las formas de control de la anterior hegemonía social, cuestionando su propia supervivencia futura. Entre la defensa de la democracia y la soberanía del pueblo, o la defensa de la propiedad y el control de la clase dominante y sus alianzas, las situaciones que se vivieron en esos años obligaron a definiciones.

Ello dividió a los partidos del centro político, pero no escindió al Ejército. Paralizó progresivamente a la institucionalidad formal, donde anteriormente se negociaba o decidían las normativas de una supremacía incuestionada, pero no diluyó o fracturó al núcleo duro del aparato de Estado, las FF.AA., derivando en un golpe cuyas características de represión y brutalidad asombraron al mundo.

2-La CUT y su relación con los Cordones y el Poder Popular

En la CUT, Central Única de Trabajadores, la fuerza hegemónica era el Partido Comunista, agrupación que había ejercido ese rol en el medio obrero por varias generaciones. En ella también estaban representados los sindicatos de la Ad-

ministración Pública, donde influían poderosamente la DC y el PR, existiendo, sin embargo, un mayor peso del PC y PS como ejes del núcleo obrero, respecto a otros sectores asalariados.

La fuerza relativa de los partidos PC, PS y DC al interior de la CUT era similar, aunque cualitativamente distinta. El primero de ellos tenía no sólo un mayor peso en los sindicatos tradicionales, sino en el núcleo central de la clase obrera, y poseía una más amplia estructura de cuadros. Los socialistas centraban su fuerza en las industrias de nueva tecnología y el proletariado más joven, en tanto la DC influía en los empleados públicos y técnicos medios.

La eventual sustitución de un miembro de la Dirección de la CUT estaba bajo control de los Partidos políticos y no de la base. Ello expresaba una concepción que se haría evidente con el ingreso de miembros de la Dirección de la CUT como Ministros de Gobierno a fines del '72. Los Sindicatos eran considerados una correa de transmisión de las directrices e intereses políticos por parte de los Partidos, cuestión que era cuestionada, parcialmente, sólo en el PS.

Grupos como el MIR, el MAPU, la IC o grupos trotskistas nunca tuvieron, en su conjunto, una representación superior al 10% en la estructura formal sindical.

La DC aprovechó la concentración de sus fuerzas en los empleados del Cobre y gremios como los portuarios, para movilizarlos en un sentido desestabilizador del Gobierno de Salvador Allende. Ello le permitía una gran capacidad de maniobra en la calle, al vincularlos con los gremios y movilizaciones de pequeños comerciantes y transportistas. En tanto segmentos de los pequeños industriales y artesanos miraron con simpatía los apoyos al mercado interno del Gobierno de Allende. Todos ellos eran por excelencia grupos vacilantes, que oscilaban dependiendo de la voluntad de

poder de sus estructuras y dirigentes, la correlación de fuerzas y a quienes vieran como vencedores de la confrontación estructural.

La expansión de los Cordones hizo posible el acceso a las altas reuniones del PS de líderes sindicales que no habían hecho su desarrollo al interior del partido, sino en las luchas de la clase obrera, como es el caso de Manuel Dinamarca. Un segmento de la dirección canalizó recursos a "Trinchera Sindical", periódico del Departamento Nacional Sindical (DENAS) y ésta se vinculó con CONAS, la Comisión Agraria de ese partido, que había sido la primera estructura política chilena con nexos con el guevarismo.

El Departamento Nacional Sindical del PS (DENAS) se convirtió en sinónimo de apertura al Poder Popular después de su Congreso Nacional Sindical, muchas veces postergado en esa organización, realizado a inicios de 1972, donde además del tema político–sindical, por primera vez, se escucharon ponencias y debates respecto a la dualidad de poderes en situaciones de transición. Discusión traída al debate por la ofensiva de los gremios de pequeños comerciantes y camioneros, que como ariete social de las fuerzas de la derecha y el fascismo intentaban bloquear la calle.

Sin embargo, desde la CUT e inicialmente desde el PC, se impulsó una permanente campaña de descrédito de los Cordones Industriales, definidos por ellos como organismos sindicales paralelos, obra o creación de grupos extremistas u otros epifenómenos, calificaciones todas que no fueron aceptadas por la base social.

Será precisamente desde la base poblacional influida por el PC donde surgen las primeras estructuras de Poder Popular con las respuestas dadas en el plano de la distribución con las JAPs (Juntas de Abastecimientos y Precios). Muy tardíamente, ante la ralentización de las respuestas instituciona-

les, la presión de la base social y la evidencia de golpe, la política de descrédito de los Cordones realizada por el PC fue modificada y los Sindicatos controlados o influidos por ellos, crearon ese tipo de organización o entraron, aunque con renuencia, a estos.

La pérdida de influencia del PC en los tradicionales sindicatos de Lota en el Sur y del Salitre en el Norte, respecto al PS y MIR en las postrimerías del proceso expresaban la confluencia de clase que los Cordones impulsaban más que la capacidad dirigente de dichos partidos.

Progresivamente divorciada del accionar y procesos de conciencia de su base obrera, convertida en virtual instrumento de política contingente, la CUT no tenía posibilidad de organizar a la clase trabajadora en su conjunto ni enfrentar el golpismo. En los días previos al pronunciamiento militar la CUT se volcó a los Cordones, sin posibilidad ya de fortalecer su accionar ni ampliar su convocatoria.

3- Las relaciones entre la derecha social y económica, con la derecha política

Las actitudes y proposiciones de la derecha social y económica no siempre coinciden con las de la derecha política y viceversa. La oligarquía de origen agrario y comercial se había fundido en una sola clase con la burguesía de origen industrial y de la proveniente de los desarrollos agrarios del centro y sur del país, integrando una capa con aquella de origen en la tecnocracia y de empresarios mineros.

Esa integración le había permitido desarrollar una conciencia clara de su hegemonía social –desde que se pusiera a la sombra del imperialismo inglés en su lucha contra Balmaceda– mantenida en los más fuertes vaivenes del siglo XX, tales como el período de crisis desde 1925 a los Gobiernos del Frente Popular de mediados de los años 40.

La expresión política de la derecha oligárquica y burguesa en el período previo al ascenso de Allende era el Partido Nacional, pero a ese cauce se movían fuerzas de la Democracia Cristiana y el rebote de derecha proveniente del radicalismo, con el impulso de la Iglesia Católica y la Masonería.

Derecha socio–económica y derecha política tienen un trasfondo que las hace coincidir en el período de definiciones de una crisis. Es lo que se denomina conciencia de clase, sentido de pertenencia, comunidad de valores. Aquello que vincula a Frei Montalva o Patricio Aylwin con Onofre Jarpa o Jaime Guzmán. Sin embargo, a lo largo de su desarrollo previo al golpe y posterior a la dictadura, encontramos matices y diferencias importantes para el juego táctico de la política.

La derecha política más tradicional, y depurada en su sentido de pertenencia y objetivo estratégico, se expresaba en el Partido Nacional, resultado de la fusión de los remanentes de los partidos Liberal y Conservador, en tanto la Democracia Cristiana conservaba pequeños segmentos que aspiraban a una salida negociada pero centralmente favorable al sistema.

Esa actitud provenía de la composición interna de la DC y su alianza con diversos grupos que cruzaban diagonalmente la sociedad en los que predominaban las capas medias. La DC era un partido de masas con estrechos vínculos con la jerarquía de la Iglesia Católica, claramente implantada en las capas y empresarios medios, e incluso con sectores campesinos, empleados y obreros (particularmente de la gran minería del cobre). Su dirigencia provenía de la Juventud Conservadora que había seguido las orientaciones de renovación del alto clero de la Iglesia Católica de la primera mitad del siglo XX, transformada en Falange Nacional, admiradora inicialmente del fascismo europeo, centralizando posteriores desprendimientos conservadores y del populismo ibañista.

Había estado en el período preelectoral con una posición y programa centrista y populista; que pareció buscar restar votos a la izquierda con una propuesta de "socialismo comunitario", pero que terminó inclinando a su electorado y dirigentes a buscar, inicialmente, la continuidad de la democracia representativa existente. Liderada en la campaña electoral por su segmento anticonservador y populista, la elección de Salvador Allende había impulsado a los grupos de raigambre más conservadora a recuperar su influencia en el seno de ese partido y propiciar un golpe blando, imaginando heredar una eventual debacle política.

A la derecha de ese espectro se ubicaban los grupos neofascistas "Patria y Libertad" y el "Gremialismo". El primero constituido por sectores radicalizados de la juventud de la derecha política y del lumpen proletariado, con el apoyo de oficiales fascistas de las Fuerzas Armadas, al que se integraban comandos de choque integrados por propietarios de fundos radicalizados con la Reforma Agraria. En el segundo se aglutinaban grupos provenientes del franquismo e integrismo católico, partidarios de un control social estamentario, como el "Covadonga", el "Fiducia" –Patria, Familia y Propiedad–,y el "Opus Dei". Entre ambos pululaban los restos de grupos menores de raigambre nazi como aquellos provenientes del grupo "Estanquero" de Jorge Prat y del MRNS[7], agrario–laboristas, o del derrumbe de los segmentos oligárquicos u oportunistas del viejo PR.

Su movilización y organización eran realizadas públicamente, su lenguaje soez, racista y agresivo y su violencia eran proverbiales. Poseían sedes públicas que nunca fueron controladas por la policía, o atacadas por la población –retenida por las consignas legalistas de la izquierda UP–, ni por los grupos de seguridad de la izquierda lo cual evidenciaba la postura defensista de estos últimos.

7–El Movimiento Revolucionario Nacional Sindicalista es una organización de orientación nazi anticomunista fundada en 1947 que aún continúa operativa. [N. del A.]

Desde el período electoral del '70 la actividad de terrorismo iniciada ya en el Gobierno de Frei por el grupo paramilitar Rolando Matus, organizado por la derecha tradicional, se intensificó al ganar la Presidencia el candidato de la UP.

El grupo fascista Patria y Libertad pasa a constituirse en una suerte de grupo ordenador de las manifestaciones de la derecha, articulador del sabotaje con diversos organismos de inteligencia, y expresión pública y violenta de su búsqueda de un Golpe militar. Esa organización frecuentemente invadía las calles centrales amenazando a transeúntes y pequeños puestos de diarios, saboteaba la red eléctrica y amenazaba al personal femenino de las empresas industriales.

La impunidad con la que actuaban sus integrantes les era garantizada por el apoyo de la derecha social, capitaneada por el grupo comunicacional de "El Mercurio" coordinado con la CIA –que cumple el papel de conductor ideológico y articulador de cada momento político– y el respaldo de los sectores golpistas de las Fuerzas Armadas, así como por la complicidad del PN, PDC y el aparato judicial, y por la baja capacidad de respuesta de los grupos de defensa y seguridad de la Izquierda.

El PN siempre se inclinó por una salida golpista, incluso cuando la DC buscó imponer a la UP un "estatuto de garantías" que inmovilizara la voluntad política del nuevo gobierno. Representó la caja de resonancia y área de repliegue del golpismo y del fascismo. El aventurerismo y agresividad de Patria y Libertad tuvo puntos álgidos como su asesinato de un miembro de la red de TV del Gobierno y el auto secuestro y desaparición temporal de uno de los líderes de Patria y Libertad –posteriormente casado con una de las hijas de Augusto Pinochet–.

La derecha social estaba constituida orgánicamente en lo central por las Asociaciones de los Grandes y medianos

empresarios y se orientaba no sólo por sus clubes sociales tradicionales sino por los medios de comunicación de "El Mercurio", "La Tercera" y "La Tribuna", y las cadenas de radio y TV de la Universidad Católica, bajo su control y que la expresaban. Su rol central en la orientación de la derecha y el conservantismo, y su filosofía retrógrada, había sido denunciada sólo algunos años antes con la famosa inscripción emblemática de los estudiantes en el frontis de la Universidad Católica "EL MERCURIO MIENTE".

El PN era la fuerza principal y dirigente en la Confederación de la Industria y el Comercio, al igual que en la Sociedad de Fomento Fabril. Ejercía una hegemonía política, compartida con la DC y la derecha proveniente del radicalismo, en la Sociedad Nacional de Agricultura, y una dirección delegada con esas fuerzas en los Colegios profesionales y "gremios" de pequeños y medianos empresarios como los de camioneros, taxis y Comercio detallista.

Eran estos últimos los que tomaban la iniciativa política en la calle, convencidos que una simple presión institucional, tal como las judiciales o parlamentarias, no modificarían el compromiso fundamental de la UP y Allende con su pueblo y su programa básico.

Los paros de camioneros y el bloqueo del transporte así como el paro patronal, insurreccional, de Octubre de 1972 tuvieron en ellos su origen, al igual que los múltiples intentos de paralización de la distribución con los que intentaron inmovilizar al Gobierno y entorpecer al país. La dirigencia política de la DC e incluso del PN era permanentemente desbordada y sobrepasada por la energía, orientación y voluntad fascista que dominaba esos sectores.

En el amplio espectro de la derecha política había espacio para los ayer defensores de la modernización en el agro y de la protección de la industria nacional, así como para los

opuestos a esa política. Espacio para aquellos que buscaban maniatar al Gobierno Popular, como para aquellos que golpeaban sostenidamente la puerta de los cuarteles e impulsaban a sus mujeres a enviar sobres con trigo y plumas a la oficialidad, acusándola de "gallina"/cobarde por no realizar el golpe que anhelaban.

Su *leit motiv* era la defensa de la "propiedad", pensada como individual y sin responsabilidades sobre el bien común, y de unas relaciones sociales que les habían permitido la hegemonía social y verse a sí mismos como "propietarios del país" en su conjunto. Su desprecio por la población no controlada por sus círculos de influencia, o por la población indígena se refleja en la frase que el ex Presidente Frei Montalva pronunció en EE.UU. después del golpe, justificando la caída del Gobierno legal y legítimo de Allende, en la que señalaba que nuevamente "los indios" habían querido cruzar el Biobío… y el Ejército había reaccionado.

4- La evolución del proceso y su efecto en las masas e instituciones

Aunque algunos creen que el curso, evolución y conclusión del proceso desatado por la UP estaban predeterminados, –ya sea por la ubicación geográfica y la geopolítica de la URSS y de EE.UU, o por las contradicciones en el seno de la UP, por el predominio de ideas de reforma o la autonomía de acción de los grupos partidarios de un cambio radical–, el período entre fines de 1970 y mediados de 1973 muestra diversas coyunturas que pudieron desencadenar situaciones diversas de resolución. Es en relación a ellas que cabe reflexionar sobre aquello que se hizo erróneamente, qué no se desarrolló, o qué se debió haber realizado.

El ascenso al Gobierno de Salvador Allende y la aplicación de su Programa, debilitando estructuras de control y reproduc-

ción de las relaciones previas de mercado, desguarnecieron y socavaron inicialmente a la reacción chilena y a los negocios del imperio americano y de países europeos.

La política económica contuvo la elevada inflación preexistente, generada en la estrechez del mercado interno y bajos ingresos, y congeló el mecanismo primario de acción económica del capital: los precios.

El país se abrió a las relaciones con Cuba, China, Vietnam, y la RDA, quebrando el control de su política exterior por parte de EE.UU. Se aplicó la Ley de Reforma Agraria aprobada en el período de Frei Montalva, liberando fuerzas sociales a favor del proceso de cambios, y se nacionalizó el hierro, el salitre, el carbón y el Cobre, fortaleciéndose un espíritu de independencia en el país.

Con ello parecía delinearse una política económica en capacidad de captar el excedente económico interno y el flujo de divisas, sin evidencia de respuestas iniciales por parte de los afectados: la oligarquía interna y el Gobierno de EE.UU. La investigación histórica diría lo contrario, posteriormente.

Se amnistió a militantes de izquierda, presos en el período anterior, y se abrió un diálogo entre fuerzas de izquierda que hasta ese período no se comunicaban y excluían. El MIR se acercó a la coalición UP, pero su acceso fue restringido al de la defensa de Allende y el diálogo con el entorno presidencial. El PC siguió calificándolo de aliado encubierto de la derecha, incluso hasta muy avanzado 1972.

En Abril de 1971 se evidencia un fuerte avance electoral del PS y PC, así como se inicia la intervención legal y expropiación de varios monopolios industriales y la banca. Nuevas formas de organización y mayor control democráticos son puestos en marcha, la productividad se incrementa.

Para fines de 1971 la presión de demanda, que significó el aumento en los salarios reales, impulsado por el Gobierno UP, –que había permitido una rápida recuperación de la contracción promovida desde el período postelectoral– se estaba convirtiendo en un sobrecalentamiento económico que la estructura industrial no estaba en condiciones de resolver sin modificaciones profundas, a pesar de un crecimiento del 14 %.

El cierre de las líneas de crédito del exterior, al igual que la caída de precios del cobre promovidas por EE.UU., impedía suplir parte de esa demanda con productos de origen externo y agotaba las reservas. La capacidad ociosa en la industria había desaparecido y era urgente articular un proceso de inversión y ampliación.

En tanto EE.UU. obstruía la obtención de repuestos y materias primas en el exterior, la distribución interna se hacía progresivamente caótica y el consumo se disparaba, agotándose la línea blanca, los autos y los televisores antes de llegar al mercado.

La población, sin embargo, respondía en su inmensa mayoría a los cauces del proceso, sin atender a los llamados a la desobediencia civil y parálisis impulsada desde los medios de comunicación de la derecha, que a su vez eran contestados, por la izquierda y sus medios, llamando a centrar esfuerzos e iniciativas en y bajo las directrices del Gobierno Popular.

La respuesta al crecimiento de la demanda era hacer inversiones por el Estado, o esperarlas por parte del sector privado. Se optó por una línea intermedia, pasar a control social un número de empresas a definir y usar el mecanismo de intervenciones para reducir la presión social, dejando la tarea de invertir al sector privado.

La definición de las 91 empresas a ser expropiadas para su control social, pareció sellar un principio de acuerdo al interior de la UP, pero no estableció una direccionalidad al proceso.

Reforma Agraria, Nacionalización del Cobre y de la Banca afectaban la canalización del excedente, y en ese sentido tendían a congelar o reducir la capacidad de acción de la burguesía, pero la creación de un área de propiedad social y con capacidad potencial de reorientar el proceso de industrialización, era una amenaza de otro orden al sistema.

Por otra parte las empresas de esos segmentos económicos se constituían por si mismas en núcleo de las respuestas sociales y centros de movilización de las fuerzas a favor del proceso, y de hecho constituyeron centros de apoyo al Poder Popular o aglutinaron Cordones Industriales.

La reacción en su conjunto lo entendería de inmediato, desatando un proceso de radicalización, promovido también desde el exterior, con intentos de debilitamiento del Poder Ejecutivo, trasladando el eje institucional al Parlamento y a sus apoyos cómplices en la Contraloría y Poder Judicial, así como con iniciativas sociales de paralización de la producción y de promoción del caos en la distribución. Sin embargo, sus órganos de expresión no llamaban aún, abiertamente al golpe, concentrándose en la tarea de aglutinar fuerzas. Ello, a pesar que, tal como hoy se sabe por los propios documentos desclasificados de EE.UU., golpistas de la primera hora como Agustín Edwards –director del diario "El Mercurio"– ya habían ido a postrarse ante el Departamento de Estado de EE.UU.

La larga discusión entre el PC y PS durante 1971, en la que al autor de estas líneas le tocó participar, sobre la definición de las empresas a integrar el Área de Propiedad Social –proposición inicial del PC de 14 empresas, o por el contrario, 110

empresas por parte del PS–, ocultaba una discrepancia de fondo sobre el manejo del excedente, así como respecto a la perspectiva del proceso y del dominio de clase.

Para mediados de ese año, las ocupaciones de industrias, predios rurales y terrenos urbanos en construcción, se habían más que duplicado respecto al año anterior. En particular en los campamentos y tomas de terrenos urbanos emergía con fuerza la actividad del MIR, la cual se combinaba con la del PS en el campo.

La muerte de Pérez Zujovic, ex Ministro del Interior de Frei, por la VOP[8], un pequeño grupo maximalista, marca una contraofensiva política de la derecha que es aplacada por el Gobierno a través de la represión policial a ese grupo militarista. El capital es lanzado a la especulación por sus poseedores, en tanto se amplían los círculos del sabotaje económico y se establece un abierto bloqueo económico por parte de EE.UU.

Millones de dólares son entregados por la CIA a sus contactos, entre ellos "El Mercurio", a personeros golpistas de la DC, a grupos fascistas e incluso religiosos, para destruir al Gobierno y la democracia representativa. Esa masa moneta-

---

8–Sobre la controversial Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP) se recomienda leer los siguientes libros –todos ellos de reciente publicación–: Anónimo (2012) *La VOP. Vanguardia Organizada del Pueblo 1969-1971. Historia de una guerrilla olvidada en tiempos de la Unidad Popular*. Santiago: Colecciones Memoria Negra; Kaplan, Arvizu (2016) *La Burguesía Temblará. Vanguardia Organizada del Pueblo. Historia de una guerrilla urbana en Chile. Tomo I.* El cielo por asalto. Santiago: Colecciones Memoria Negra; Guerra F., Zaldívar & V. Valenzuela (2018) *En los márgenes de la institucionalidad. Los casos de la Vanguardia Organizada del Pueblo, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y el Comando 16 de Julio.* Santiago: Editorial Tempestades; Jara, Fabiola & Magaña, Edmundo (2017) *El rol del lumpen–proletariado en Chile (1970–1973)*. Santiago: 2&3 Dorm. También existe una entrevista a Alejandro Villarroel, "ideólogo" de la VOP, realizada a fines de 1995 para la revista "El Canelo", la cual fue republicada en noviembre de 2009 por el periódico "El Ciudadano": https://www.elciudadano.cl/politica/chicauma-la-vop-intento-crear-el-primer-kibutz-a-la-chilena/11/04/ [N. del E.]

ria ingresa directamente al mercado negro, multiplicándose, y a las tareas de sabotaje económico, favoreciendo un violento crecimiento de la inflación.

La primera organización en reaccionar a esa situación no fue el PS o el MIR sino el PC, que organiza y expande vigorosamente las Juntas de Abastecimientos y Precios (JAPs). Guste o no a quienes prefieren una visión lineal de la Historia, fueron esos organismos las primeras expresiones de lo que se dará en llamar en Chile el Poder Popular.

La destrucción de las bases de la economía, jalada e impelida entre las fuerzas de Gobierno y las de la reacción, que obligaba a acumular experiencias en el área de la Unidad Popular y la izquierda, en la Derecha posibilitaba ampliar su apoyo social. Ese antagonismo traía a la definición de la salida del proceso, particularmente, a las capas medias que pasan progresivamente a ser un elemento clave en las correlaciones de fuerza. Para decirlo en otras palabras: para fines del '71 y primeros meses de 1972 la reacción había apurado el paso y la izquierda no lograba mantener el ritmo inicial de su ofensiva.

5- La coyuntura de 1972 y la evolución de las correlaciones de fuerzas político-sociales

A inicios de 1972 los cambios en la estructura económica, con la intervención de empresas y banca, así como la modificación de las relaciones al interior de las empresas y en el mercado, habían generado una situación que exigía un reordenamiento. El capital había dejado de canalizarse hacia la esfera productiva y el sistema en su conjunto había perdido su centro de gravedad.

El capitalismo no es un sistema ni estructura orientados a proveer mayores ingresos a una población, o a asegurar una

expansión productiva, sino a obtener ganancias y a utilizar para ello la propiedad de los medios que sus agentes disponen. Si su lógica estructural estaba siendo afectada por la lucha de clases era inevitable que la sociedad buscara una nueva lógica central o que retrocediera.

El sistema económico a lo largo del 72 sufre un tironeo entre diversas fuerzas sociales de las cuales las más importantes, aunque no siempre visibles, eran las del mundo del trabajo por un lado y las del mundo empresarial por otro.

Si por un lado el sabotaje, los esfuerzos de lock out y paralización de la distribución aumentaban, por el otro lado paralelamente también se incrementaban las respuestas. En el primer semestre de 1972 las ocupaciones de fábrica, por diversos conflictos laborales, aumentan pasando de 190 en igual período del año anterior a 300 según cifras de Carabineros.

Los campesinos y obreros rurales, los trabajadores de la pequeña minería, los pescadores, los estudiantes e intelectuales, los trabajadores de la salud incrementan sus niveles de organización y movilización, que se hace casi permanente, como anunciando nuevos tiempos.

Las ocupaciones de terrenos urbanos a nivel nacional disminuyen de 280 a 150, concentrándose en Santiago, en la que se movilizan al menos 5 mil familias, en tanto se multiplican las JAPs y organismos de distribución directa para decenas de miles de familias. Las reivindicaciones y movilizaciones de los sectores denominados “pobladores”, aglutinados en Comandos, han experimentado un desplazamiento desde la ocupación de terrenos hacia la del abastecimiento de productos alimenticios de primera necesidad.

La creación de una Distribuidora Nacional amplió el ámbito de las JAPs y los organismos de distribución directa, pero los

subordinó a los organismos paraestatales y los separó del cauce general de articulación que intentaron los Cordones.

Para mediados de ese año dos sucesos son destacables. Se realiza la largamente postergada Conferencia Nacional Sindical del PS y se convoca a una Asamblea Popular en Concepción.

Aunque fuertemente limitada y controlada desde la dirección de ese partido, la reunión sindical convocada por el DENAS estimula el debate libre sobre el carácter del proceso y del Gobierno.

Se oyen y discuten tesis sobre la dualidad de poderes en los períodos de transición, y se fortalece la dirección y acción sindical de esa organización en una tarea que abrirá la puerta a la masiva creación de Cordones industriales en la Crisis de Octubre de ese año.

La Asamblea del Pueblo en Concepción, en Julio de 1972, es un fenómeno de otro orden. Surge bajo la convocatoria de las direcciones locales del MIR y PS, sin presencia de la base sindical y obrera de la zona en su convocatoria. Su carácter, convocatoria y audiencia no era social, sino político, "A denunciar el carácter contrarrevolucionario del Parlamento" era su consigna central.

Su convocatoria aparecía realizada por el Comando Provincial de Pobladores, el Consejo Provincial Campesino, la Federación Provincial de Estudiantes Secundarios y la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción, pero era en forma inmediata un llamamiento del MIR y las Direcciones Regionales del PS, PR, IC, MAPU.

Su discusión, ampliada por la presencia de organizaciones de masas que incluían estudiantes, docentes, profesionales

y sectores medios radicalizados, y disminuida por la abierta oposición del PC y los organismos que éste controlaba en esa región, se centró en la voluntad de la mayoría de sus participantes de convertirla en "El Parlamento del Pueblo" para sustituir al Congreso en Santiago en sus funciones legislativas.

Diversos sectores, más allá del PC, opinaron que ese intento estaba fuera de la dinámica concreta de las luchas de las masas y condenada al fracaso. Más allá de los esfuerzos de sus actores directos para darle continuidad y desarrollo, a iniciativa se frustró después de su reunión inicial sin volver a repetirse.

En esa misma época se formaban en Santiago los gérmenes de los dos Cordones Industriales más importantes del Proceso a nivel nacional, el Cordón Cerrillos y el Cordón Vicuña Mackenna, así como un Consejo Comunal Maipú–Cerrillos que mostraba la capacidad de esos sectores de articular al movimiento campesino y de pobladores en una organización y dinámica de nuevo tipo.

Para la derecha concluía un período de carácter político–conspirativo y se abría uno de enfrentamiento social en el que estaba dispuesta a ir incluso a la guerra civil, fenómeno de conciencia no comprendido por los niveles de representación política. Para ella la situación era clara: había surgido frente a su hegemonía de clase, un organismo social capaz no sólo de plantearse tareas y cuestionar estrategias, sino de designar objetivos comunes a la clase obrera y a otros grupos sociales tales como campesinos, mineros, pobladores y segmentos de capas medias. La observación de que la UP tenía en sus manos el Gobierno pero no el Poder, tenía ahora un contenido concreto.

6- El surgimiento y desarrollo del Poder Popular

Los Cordones no surgieron del pensamiento reflexivo o especulativo de intelectuales, sino como producto de la práctica colectiva de trabajadores en un período de enfrentamiento social en Chile que había alineado a las clases sociales fundamentales y obligado a éstas a reconocer articulaciones políticas, más o menos representativas de su historia, luchas e intereses.

Surgieron también en el terreno concreto, cuando ante un problema de fábrica, que enfrentaba a los trabajadores de una empresa con los empresarios de la misma, la solidaridad de clase se expresó por lado y lado, buscando una resolución favorable a sus intereses. La clase trabajadora de varias fábricas del entorno hicieron causa común entre ellas, apelando a una convocatoria asamblearia. El Cordón Cerrillos, en esa coyuntura inicial, se encerró en sí mismo estableciendo límites y mecanismos de autodefensa ante una inminente ofensiva policial y de grupos paramilitares de derecha. Situación similar constituyó al Cordón Vicuña Mackenna cuando en Geka, una de las fábricas del sector, trabajadores mayoritariamente del sexo femenino pidieron ayuda a las grandes fábricas del sector para enfrentar las golpizas y amenazas de grupos fascistas que sus patrones movilizaban en su contra.

Los Cordones Industriales tampoco fueron creados por un acuerdo político sino por un acercamiento y situación, tesitura y orientación, objetiva de clase. Dicha realidad había sido creada por la propia dinámica general que vivía Chile bajo la ejecución de un programa que era obstaculizado por la derecha política y acciones sistemáticas de sabotaje de la clase social aristocratizante y hasta ayer hegemónica en el país; actividades que eran respondida desde la base social por la clase trabajadora como eje y núcleo de un pueblo.

Al igual que los Comandos, organizados para enfrentar el desabastecimiento y el sabotaje a la distribución, los Cordones eran ante todo un fenómeno social. Generados por una articulación de asambleas de fábrica, cada una en su lugar de trabajo, en las que no se hacía distingos en la militancia política o el credo religioso. En los Cordones era indiferente haber votado por la UP o la DC o pertenecer a los restos del Partido Liberal, tal como lo pudimos constatar en la Asamblea de trabajadores de Lucchetti en el Cordón Vicuña Mackenna.

Era una respuesta de clase, ubicada más allá del reclamo salarial y de condiciones específicas internas, aunque esos elementos estuvieran también presentes. Era una nueva forma de articulación política y social, y por ende un proyecto de Estado.

“El Mercurio” y la derecha social lo entendieron de inmediato, cuando empezaron a llamar abiertamente tras su surgimiento a la “resistencia civil”, contra el Gobierno, la democracia y el proceso. A sus ojos ese nuevo fenómeno social y de masas, debía no sólo ser reprimido sino exterminado, y su histeria tras su primera aparición en Cerrillos evidenciaba un miedo de clase. Ya no se trataba de una confrontación sobre el modelo de industrialización y de crecimiento económico, ni de quienes lo detentaban o poseerían, se trataba de un cuestionamiento a sus formas de control y de explotación y no estaban dispuestos a permitirlo.

No es de extrañar que, a diferencia del tradicional comportamiento sindical o de los partidos de izquierda, las primeras movilizaciones del Cordón Cerrillos más allá de sus fronteras, de su comuna, se dirigieran en contra del diario “El Mercurio” y de la Corte Suprema de Justicia; así como que los comunicados de los Cordones ignoraran en general a la CUT para dirigirse directamente a sus pares, a los Partidos y/o al Gobierno.

La articulación de los Cordones fue facilitada por la proximidad geográfica entre las diferentes fábricas que los componían, y el acercamiento de diversos grupos de militantes en una perspectiva de respetar la voluntad de la democracia obrera. Las pugnas ideológicas se canalizaron en las tareas de organización y formación de estructuras generales, y de los cuadros de cada organización. Los Cordones por su propia dinámica eran un lugar de encuentro y cooperación entre las fuerzas de izquierda, antes que un área de competencia. Aquellos pequeños grupos que pugnaron por definir a los cordones como instancias ideológicas o quepropugnaron la constitución de Cordones Rojos, fueron rápidamente aislados por la propia clase trabajadora. No encontraban audiencia para tales propósitos.

Las fábricas en conflicto eran, por su propia naturaleza, focos de irradiación y centros operativos de iniciativas que pronto desbordaron la solidaridad intersindical e interempresas, la información y la capacitación, para ampliarse a los temas de control interno de la producción, distribución de alimentos, coordinación con el entorno local.

Las revistas estudiantiles fueron reemplazadas por periódicos y gacetillas en los que se articulaban, en oportunidades, diversas organizaciones e intelectuales. Entre ellas se hacía presente una juventud latinoamericana exiliada de sus países de origen, entre los cuales cabe destacar a militantes del VAR Palmares de Brasil, del PS de Ecuador, del partido trotskista de Hugo Blanco de Perú, de militantes revolucionarios de Guatemala, así como de países de Europa.

La nominación de dirigentes por Asambleas, su permanente control por ellas u otros delegados a los nominados y ejecutores de políticas, la posibilidad siempre presente de su sustitución, así como el establecimiento de acuerdos sobre tareas concretas, era articulada y fortalecida por un acuerdo implícito de los diversos grupos políticos cuyo enfrenta-

miento anterior se había diluido ante estas nuevas exigencias.

Su desarrollo arrastró de inmediato a otros sectores de la industria en Santiago, y cambió la percepción de cuadros dirigentes en el Gobierno y en los Partidos PS, MAPU, IC respecto a la dinámica del proceso y el contenido de las discrepancias con el PC, y la alianza en torno de éste de sectores reformistas y gradualistas.

7- El Paro Patronal insurreccional de Octubre de 1972

La situación a fines del paro y *lock out* general de Octubre aparecía como de un inevitable y progresivo deterioro de las Huelgas de Camioneros y Profesionales, y de los esfuerzos de desestabilización institucional liderados por la DC. En esa coyuntura tras la consigna de la Resistencia Civil y con el apoyo de la CIA para sostener con dinero el paro del transporte, los gremios desatan la gran ofensiva insurreccional y de masas de la derecha social y económica, la cual es inicialmente seguida a regañadientes por la derecha política en control del Parlamento y de la DC y PN.

Junto al llamado de cortar y bloquear caminos a lo largo de la Panamericana, se convoca a paralizar el transporte colectivo y al bloqueo de calles a los taxistas. Se mantiene cerrado un 70% del Comercio, y los Colegios de Médicos, Abogados, Ingenieros, Dentistas y otros intentan paralizar sus áreas de actividad. Especialmente sensibles para la población, resultan los intentos de paralizaciones de hospitales y otros servicios de urgencia, que en jornadas de trabajo maratónicas mantienen funcionando médicos y personal de salud identificados con el Gobierno Popular. Los empresarios industriales intentan inmovilizar la industria y la economía, e incluso el propio Gobierno ve amplias áreas bajo su autoridad y dirección, paralizadas en su funcionamiento.

Junto a esa presión los comandos fascistas ejecutan actos de sabotaje y terrorismo, para asegurar y hacer efectiva la paralización. Algunos tendidos eléctricos, puentes y líneas férreas son destruidos, bombas son arrojadas a comercios que no adhieren al paro insurreccional, así como se siembran los conocidos "miguelitos" por las vías principales o estratégicas, multiplicando amenazas de explosivos y otras acciones, ampliadas en su prensa y medios de comunicación a objeto de atemorizar a las fuerzas sociales que mantienen heroicamente su lealtad al gobierno de Allende, como de convencer a sus propias fuerzas que su triunfo estaba asegurado. Su petición pública era simplemente la rendición incondicional del Gobierno, pero la idea subyacente era provocar la intervención del Gobierno y el control del país, por parte de las Fuerzas Armadas.

La propia CUT que había sostenido un pulso con los Cordones Industriales y el Poder Popular respecto al rechazo de estos a subordinar su accionar a las necesidades contingentes de la política de Gobierno, se repliega, al igual que Ministerios enteros, hacia el entorno de los Cordones Industriales que apresuradamente construyen respuestas al reto de la burguesía y sus adláteres.

Desde sus Centros de trabajo, bajo control de los delegados y con estructuras determinadas por sus asambleas, la clase trabajadora industrial dio una sorprendente muestra de su capacidad de movilización, articulación y compresión de los mecanismos en juego.

Los Cordones desarrollaron de inmediato formas de control de Bencineras y áreas peligrosas, ponen sus camiones o los intervienen para asegurar el funcionamiento de la ciudad, la industria y comercio y movilizar sus trabajadores. Se articulan formas de distribución y venta en mercados populares, en apoyo o con participación de las estructuras pre-existentes. Se organiza y coordinan transportes con materias pri-

mas y productos, y se sostiene activa la producción.

Se establecen estructuras de comunicación interna a los Cordones y se constituyen Comandos de Defensa en cuya dirección participan dirigentes sindicales, poblacionales y políticos. Grupos mineros y campesinos vinculan su acción y su potencial de respuestas a coordinaciones que se establecen en torno a los Cordones. Es de observar que en el transcurso de esos días los Cordones y el Poder Popular restituyen y apoyan la coordinación de los aparatos del Estado, sin fortalecer ni centralizar la comunicación ni la coordinación entre los propios Cordones y otros organismos del denominado Poder Popular en tanto estructuras o redes.

Así como hay años en que casi no pasa nada nuevo, hay días en que se concentra la historia. Esos fueron los días del Paro de Octubre. La sociedad chilena vio con claridad un enfrentamiento entre clases y no una división entre partidos, vio a un Gobierno paralizado y progresivamente reconstituido en funciones por su propio pueblo, e igualmente percibió a un Ejército y capas medias expectantes de las acciones y fuerzas de cada sector.

La clase obrera advirtió masivamente que los patronos no eran necesarios para la producción de fábrica e incluso en algunas Asambleas de industrias modernas del Cordón Vicuña Mackenna se discutió entre obreros e ingenieros respecto al sentido y costo social de crear nuevos productos para el mercado y se introdujeron "machinas" y otros artilugios para mejorar o sostener la productividad.

Miles de estudiantes volcaron su solidaridad en brigadas de descarga en los puertos y estaciones de ferrocarril, y una gran cantidad de ellos, así como de pequeños comerciantes, asistió a asambleas de fábrica. Desde luego, no sin que se desataran algunos conflictos derivados de sus distintas formas de aproximación a los problemas.

Este vigoroso accionar apoyó la movilización de los pobladores y en especial de las JAP y otros organismos que empezaron a entregar protección a los comerciantes amenazados, y en muchos casos presionaron la reapertura de comercios y el rescate y distribución ordenada de mercancías acaparadas. La coordinación que allí se producía fortaleció la presencia gubernamental particularmente ante los pequeños comerciantes, que se habían sentido desamparados por el Estado ante la destrucción de sus escaparates por los pequeños grupos de acción fascista.

Fue un período en que dos contrincantes sociales lucharon, respondiéndose mutuamente. Si el Colegio Médico o de dentistas paralizaba, los médicos o dentistas del amplio espectro de la izquierda y a favor de la democracia intensificaban sus jornadas y rendimiento para asegurar, con el personal empleado en Salud, el funcionamiento de Dispensarios y Hospitales.

Si las empresas de camiones estaban paralizadas, los propietarios individuales de camiones eran rescatados, organizados y articulados por organismos de gobierno y por las grandes empresas bajo control obrero, para crear convoyes de transporte de personas o mercancías.

Hora a hora, día a día y casi durante un mes, las grandes fuerzas sociales midieron fuerzas, hasta el progresivo desplome de la movilización burguesa y el agotamiento parcial del *lock out* patronal.

8- La salida de la crisis de octubre y las contradicciones en el campo popular

Si a inicios del proceso en 1971 el tiempo parecía estar jugando a favor del avance del proceso, producto de que la iniciativa estaba en el campo popular, ya sea a través de gobierno como de los partidos de la izquierda, y el apoyo masivo de una población no militante, eso empezó a disminuir progresivamente a medida que los parámetros económicos y sociales así como las limitaciones institucionales se hacían evidentes. La inercia inicial, con su empuje de cambios, no eran suficientes para mantener una acción a la altura de lo que se iba requiriendo en el cauce de un proceso que se polarizaba más cada día. Definir la agenda política permitía un amplio juego táctico al Gobierno y perderla, como sucedió con la forma de salida de la crisis de Octubre de 1972, entregó a su enemigo y al mercado, la dinámica central del proceso.

La incapacidad para comprender lo anterior, y el oportunismo político, hizo al liderazgo de la UP más adelante aprobar la ley de control de armas y facilitó la autonomización de la oficialidad respecto del Ejecutivo, lo cual pudo dar vía libre a la ideología fascista y al proselitismo de derecha entre sus filas como se demostró en Septiembre del '73.

En ello caben responsabilidades personales, pero lo relevante son las posiciones y acciones mantenidas, congeladas o desarrolladas por agrupamientos, colectivos y partidos.

La discusión sobre la necesidad de consolidar o avanzar ocultaba una diferencia no solo de enfoque táctico u operativo sino de estrategia en el seno de los partidos y entre los grupos de izquierda.

El PS parecía liderar una amalgama de sectores que procuraban dar continuidad al proceso de cambios estructurales,

en tanto el PC articulaba aquellos que buscaban consolidar lo que se pensaba ya había sido alcanzado. Sin embargo ello no era así, dado que Allende jugaba un rol de pivote de esas divergencias y que esos partidos y sus dirigentes no siempre articulaban orgánicamente a sus propias fuerzas y menos a las de sus aliados. Todo ello en un terreno de modificación de fuerzas sociales y confrontación de clases que no iba a esperar su convergencia para buscar una resolución.

La orientación del Gobierno fue institucional y conciliadora, pero incluso el propio Salvador Allende esperó, en algunas coyunturas, mayor energía, fuerza e iniciativa, en las respuestas de los segmentos más a la izquierda del proceso. El sector de la UP que estuvo en busca permanente de consolidar primó en su conducción, e incluso cuando perdió el control de uno de los partidos (MAPU) pudo dividirlo con la anuencia de La Moneda. El sector que creía necesario avanzar, no se ligó en profundidad al fenómeno concreto del Poder Popular y pensó resolver los temas de la hegemonía social, considerándolos en primer lugar como problemas político–militares antes que de articulación de esas nuevas fuerzas. Paralelamente la relación del movimiento social y el movimiento político de izquierdas con las fuerzas armadas se hacía meramente institucional en tanto la DC y los grupos de la derecha golpista se reunían y conspiraban cada vez más abiertamente con oficiales.

La situación concreta derivada de un paro patronal insurreccional e indefinido, como el de Octubre de 1972, impulsó durante su desarrollo la coordinación al interior de los Cordones a nuevos niveles. Se establecieron Comandos Regionales en zonas aledañas y se crearon coordinaciones coyunturales de los Cordones más grandes con Consejos Campesinos y Organizaciones de Pequeños mineros. Se establecieron vínculos permanentes con pobladores y campesinos en varios de ellos, aunque no lograron alcanzar una forma orgánica de base, y se desarrollaron algunas Ferias Populares como la del Cordón Vicuña Mackenna y otros.

Sin embargo, y a pesar de esos esfuerzos, a este ensayo general de insurrección de la clase pudiente y sus adláteres, no se respondió con la creación de una instancia general de coordinación, y los Cordones, gastaron tiempo y diluyeron su potencial de organización en la búsqueda de consensos programáticos.

El proceso de cambios en Chile –para fines de 1972– estaba en manos de un Poder Popular que carecía de Programa más allá del desarrollado por la UP, y de una alianza política –la UP– que ya carecía de estrategia.

Puede afirmarse que en su momento de mayor expansión, los Cordones fueron cerca de 110 organismos a lo largo del país, con una clase obrera aglutinada y organizada en sindicatos, grupos y en algunos de ellos en escuadras. En Santiago estas fuerzas estaban dispuestas en 5 cordones fundamentales, capaz de responder con una movilización orgánica del orden de 100.000 trabajadores.

Sin embargo, era un fenómeno social que carecía de armas y cuya indefensión al respecto era evidente y casi permanente. Lo cual hace más absurdo aún las justificaciones que realizara la izquierda parlamentarista y el centro político para aprobar la ley de control de armas que abrió la puerta a la represión militar en las fábricas y empujó a la desarticulación a una parte de esas estructuras sociales en los meses antes del golpe.

Las orgánicas políticas que se plantearon la inevitabilidad de una confrontación armada, y grupos de seguridad y defensa de la izquierda que durante años habían estado preparándose a tal efecto, carecían de vínculos con los Cordones y el Poder Popular y habían mantenido fuertes discrepancias con ellos en el período previo.

Esos grupos tendían a ver la confrontación social como un solo escenario y período cualitativo de enfrentamiento, y éste como dado sólo en el plano técnico–militar, en el que un ejército unificado es siempre superior. Ello explica que durante los años anteriores tendieron a considerar toda movilización en las calles como excesiva o un acto de provocación.

Ante el acuerdo para fines del '72 del Gobierno con las Fuerzas Armadas de normalizar la situación mediante la entrega de la mayor parte de las empresas e industrias controladas a sus viejos patrones, los Cordones aceptaron esa salida a regañadientes y en muchas asambleas la calificaron como una derrota sufrida por Secretaría, de aquello que habían ganado en la calle.

Por su parte, el Gobierno de la UP creía imponer una salida electoral de orden táctico y favorecer la subordinación de los mandos militares fascistizados por la evolución del propio proceso, a sus mandos superiores donde se expresaba la búsqueda de una salida de compromiso.

A su vez las Fuerzas Armadas, como institución golpeada así mismo por la fractura social, avanzaban gustosas sobre el cuerpo de la nación en un período de crisis durante el cual no habían participado en enfrentamientos, los cuales habrían afectado su línea de mando. Se reservaban así para grandes definiciones.

Evitaban también una toma de posición ante una clase obrera y un pueblo que habían logrado hacer replegar al empresariado insurrecto, y aparecer como conductores y articuladores de sectores medios, y refortalecer las instituciones de Gobierno.

III- Poder popular ¿Un proyecto político?

1- ¿Qué tipo de fenómeno social era y llegó a ser el Poder Popular?

La deliberación en los Cordones, respecto a su entorno inmediato de fábricas, se fue trasladando a las diversas áreas de las fábricas involucradas, de modo de resolver temas de las relaciones entre técnicos, profesionales y obreros.

Los comandos de coordinación de fábricas tenían una actividad permanente vinculada a reuniones políticas, iniciativas de auto–defensa, coordinación financiera y otras. Se estructuraban y reestructuraban niveles de organización, y representación en forma flexible y respecto al logro de tareas y permanencia de actividades. No había conflictos ni contradicciones respecto a las nuevas formas de participación que se proponían desde el Gobierno en relación a los Consejos de Administración en las empresas intervenidas, aunque se producían diferencias de enfoque estamentario, particularmente entre obreros jóvenes e ingenieros con "años de circo". Era un aprendizaje mutuo.

En todas las Asambleas pesaba la voluntad de la mayoría. Después de un largo debate con información y discusión se llegaba a resoluciones. Aunque raras veces se llegaba a votación, éstas eran, generalmente, por brazo alzado. La transparencia en las discrepancias y el respeto a los compromisos así como la rendición de cuentas eran valores reconocibles, aunque en más de un lugar la decisión fue tomada por acuerdos entre cuadros políticos y presión partidista, no obstante que ello afectaba la fuerza, energía y capacidad de movilización de esa fábrica.

La mayoría de los grupos y organizaciones se planteaba utilizar el poder político conseguido por la UP en la estructura

del Gobierno, –coalición por la cual, por otra parte, la mayoría había votado–, sin plegarse a un juego superestructural y parlamentario en el que desconfiaban y que a sus ojos estaba controlado por la derecha política.

La fuerza social para hacer cosas se buscaba construir desde abajo, valorando el logro colectivo y desbordando un marco institucional cuya lógica seguía subordinada a los grupos que habían mandado la vida del país casi ininterrumpidamente. No obstante cada instructivo general del Cordón Vicuña Mackenna, para ser obedecido, era transcrito en lenguaje formal cual si fuera un Decreto Ley. Lo cual indicaba un problema de estructura ideológica en las multitudes que también vivieron los golpistas en 1973 al disfrazar sus edictos como artículos de ley, y no como lo que eran: expresión de su voluntad arbitraria y de su tiranía.

En general cuando se discutía en una Asamblea de Fábrica o de delegados de fábrica al Cordón no se denostaba dogmáticamente de las instituciones sino de personajes que las encarnaban y de las reglas que pretendían coaccionar la decisión y acción colectiva y democrática.

El propio Gobierno UP y sus Ministros eran permanentemente criticados, pero sólo en contadas ocasiones un Cordón desobedeció la designación institucional de un Interventor, y en éstas, cuando su incapacidad o complicidad con los patrones anteriores fueron demasiado evidentes, como en el caso de la empresa Vinex.

Existía una voluntad de control, por parte de las Asambleas, respecto a toda representación; y por parte de los liderazgos, surgidos en ellas, aproximar los asuntos comunes a la libre decisión del colectivo. Ello daba a los militantes de diversas organizaciones una sorprendente unidad supra partidaria.

En ciertos Cordones se crearon espacios de discusión específicos para los estratos obreros, o de los trabajadores industriales, con respecto a los pequeños comerciantes o ferieros, cuando la asamblea o el Comando del Cordón consideró que los primeros eran avasallados por la facilidad de expresión de estos últimos.

El control del colectivo, la participación directa o delegada con control por parte de los representados, era una lógica diferente a la del paternalismo y de la representación delegada o parlamentaria.

La lógica de los Cordones se reproducía también en el movimiento campesino y de obreros rurales y madereros, en tanto en otros segmentos populares de la población tendían a reproducirse formas de organización y control tradicionales del mundo gremial o sindical.

La dinámica de los Cordones era para fines de 1972 todavía lo suficientemente fuerte como para tender a aglutinar en torno suyo a los Comandos de Pobladores existentes en su sector territorial y a algunos de los organismos de distribución popular de alimentos. También ello era producto del cambio de orientación que había adoptado la dirección del PC y del propio Gobierno respecto a los Cordones.

Una evaluación cuantitativa puede traer una sobrevaloración de la fuerza existente en los organismos de Poder Popular. Teniendo eso presente, puede ser indicativo señalar que para las semanas previas a la elección de Marzo del ‘73 existían 80 Almacenes del Pueblo en Santiago, habiendo sido creados de salidas de la crisis de Octubre del ‘72. Adicionalmente existían al menos un par de centenares de grupos organizados a tal efecto en las poblaciones y que aún no lograban canales de apoyo.

En tanto los Cordones se agostaban en su desarrollo o permanecían a la expectativa y atentos a la posibilidad de una mejor relación con las estructuras partidarias, éstas canalizaron sus esfuerzos a la arena electoral. Los Partidos de la UP y los organismos de Abastecimiento con apoyo estatal se fortalecieron, pero sólo estos últimos buscaron estrechar lazos con los Cordones.

La izquierda ganó una importante lucha electoral en Marzo del '73 al impedir que la Alianza DC–PN (CODE) consiguiera los votos que requería para remover legalmente a Allende; pero no fortaleció, estableció y mejoró sus áreas de encuentro con los Cordones, el fenómeno social que había permitido la supervivencia del Gobierno en la crisis.

A fines del '72 se creó un Comando Provincial de Abastecimiento Directo de Santiago –que aglutinaba 12 Comandos Comunales– y una Dirección Nacional de Abastecimiento las cuales, con un trabajo conjunto, lograron que una de cada seis familias en Santiago fuera beneficiada por el sistema de Abastecimiento Directo.

Las distribuidoras estatales llegaron a controlar un 30% de la distribución de productos y las JAPs, Almacenes del Pueblo y la Distribución Directa siguieron expandiéndose hasta mediados del año '73. Sin embargo, excepto en el Cordón Vicuña Mackenna en que se mantuvo bajo intervención el Supermercado Loncoleche, los comercios y redes de distribución controlados por la población y las orgánicas que se habían dado los sectores populares y de clase media durante el Paro de Octubre, habían sido devueltos.

El movimiento de Pobladores que se inició en torno al tema de la vivienda y la toma de terrenos, había venido trasladando progresivamente su accionar a los problemas de Abastecimiento. Movilizaban a un entorno de 200 mil personas pero, con la excepción del segmento de pobladores influi-

dos por el MIR, el MAPU y la IC, ese movimiento social no tenía articulación excepto –en algunas poblaciones– aquella dada por un Comando sin estructura.

La población mantuvo su impulso llevada por la campaña electoral pero su fuerza fundamental, los Cordones, habían sido afectada por la resolución de la crisis.

La coordinación, a partir de esa época, entre las diversas formas de Poder Popular fue laxa y/o escasa, predominando los nexos partidarios. La creación de un Comando Regional de Cordones en Santiago es posterior al levantamiento de los tanques del Regimiento Tacna en Julio de 1973 e indica su atraso en programa y organización respecto a la crisis política.

2- ¿Cuándo y por qué el triunfo fascista se hizo inevitable?

Amplios segmentos de la izquierda chilena tienden a reproducir un enfoque que es característico del pensamiento Hegeliano. La Historia no es para ella una sucesión de eventos respecto a los cuales es necesario percibir su singularidad, fuera de toda finalidad monótona o ineluctable, sino que pasa a ser un destino irrevocable, el despliegue metahistórico de una inevitable conclusión pergueñada en el origen del proceso. Así, se acentúa la cualificación de reformista del Programa de la UP o del Presidente Allende, sin considerar el horizonte de eventos no siempre con resultado predecible con anterioridad. El Golpe llega a ser así, simplemente, un resultado predecible desde el inicio del proceso.

Otra versión de ese enfoque es que el Golpe no sería resultado de la confrontación de las fuerzas sociales desplegadas y lanzadas a un juego precipitante y de definiciones, sino producto del último discurso de Altamirano, de la toma de fundos realizadas por el MIR y el segmento de "ultra–izquierda" del MAPU o del PS, etc.

En esos enfoques se oculta una idolatría del hecho mismo del Golpe militar, que abandona su carácter histórico y las contradicciones sociales, incluyendo las internas al propio Ejército, para constituirse en un elemento supra histórico que oculta –por quienes emiten esos juicios– una aprobación del poder social como algo externo y que flota por sobre la lucha de clases y que la cancela.

El desarrollo de confrontaciones de fuerzas sociales que condujo al golpe fue construido pieza por pieza, etapa por etapa, sin desmerecer el peso de los actos de reformismo y oportunismo, de los sectores que buscaron consolidar prematuramente una situación de crisis que debía resolverse en el plano político y del poder, así como los actos de voluntarismo y aventurerismo que también se hacen presentes en toda crisis de la estructura de acumulación y de las relaciones sociales.

A la idea que el golpe era inevitable e inmanente desde el origen de un proceso hay que oponerle la idea de que las luchas de clase, cuando llegan a un nivel de maduración y enfrentamiento, conducen a una discontinuidad en el dominio y en la forma de dominación de clase. Es, en la valoración de respuestas y sus intensidades, en las debilidades sociales, de grupo y de los líderes; es en la apreciación de la comprensión y conciencia de los hechos por distintos grupos, y en las diversas fases de una confrontación social, en la semin-consciencia de clase y en la ira, el resentimiento y el miedo que surgen en los agrupamientos, donde puede estimarse la inevitabilidad del golpe y el desarrollo que se produjo o pudo realizarse. Después de todo no es solo el pasado lo que nos interesa sino qué lecciones sacamos para el futuro.

De un personaje caricaturizado como un demócrata burgués, como un mártir de la ley y la Constitución y no de su pueblo, un líder deformado casi hasta la exageración como una suerte de estampita santificada del pacifismo, como es

Salvador Allende, su amigo y Ministro Pedro Vuskovic nos relató a un grupo de jóvenes y militantes del PS en el exilio en Venezuela la siguiente anécdota:

Ella se refiere a los momentos previos al Discurso de Allende cuando, a la derrota del llamado Tanquetazo en Julio de 1973, la multitud se reúne furiosa y expectante, fragorosa y beligerante, por centenares de miles en torno al Palacio de la Moneda, exigiendo una respuesta inmediata, drástica y contundente en contra del golpismo y el fascismo. Es un pueblo que está pidiendo a su líder definiciones en una coyuntura de vida o muerte.

Pedro Vuskovic nos relata que, en tanto la multitud enardecida reclama su presencia y aumenta minuto a minuto su número, Allende se pasea nervioso en esa sala, sin atender a los diversos grupos allí, como a la espera de algo que no llega.

Se acerca varias veces al grupo en que varios Ministros están reunidos y les pregunta ¿Hay novedades? Respuesta: Nada compañero Presidente.

Vuelve a caminar acercándose al grupo de militares que también están allí esperando, pero sin detenerse con ellos. Al rato vuelve ¿Hay novedades? Respuesta: No compañero Presidente.

Después de un larguísimo rato, en que la multitud ruge su malestar y exigencia, Allende en un último acercamiento al grupo donde está Pedro Vuskovic, les dice airado ¿es que ninguno de esos grupos de la izquierda con armas fue capaz siquiera de darle una bofetada a "El Mercurio"?

La respuesta es: No, compañero Presidente, no se sabe de ninguno.

Allende toma finalmente una decisión y saliendo al balcón de la Moneda que mira hacia la Alameda, en donde le espera la multitud y las antenas de radio y TV empieza su discurso con una frase como la siguiente: Compañeros y compañeras, nuestro proceso e institucionalidad democrática han sido protegidos y salvados, hoy en las calles de Santiago, gracias al noble comportamiento de la Fuerzas Armadas y de estos dos Generales, que llamo a que vengan a acompañarme: el General Carlos Prats y el General Augusto Pinochet.

3- El carácter de la definición por venir

En el equilibrio de fuerzas a Noviembre de 1972, los procesos de constitución de un Gobierno con las Fuerzas Armadas y la CUT, así como la presión para la devolución de fábricas fueron decisiones con serias derivaciones pues iniciaron un repliegue de la clase trabajadora. Pese a ello la fuerza política acumulada por décadas de luchas sociales y políticas de la izquierda y el pueblo chileno le permitió aún aprovechar la coyuntura electoral de Marzo de 1973, –la UP obtiene un 44,8% de apoyo electoral logrando aumentar más de un 10% su votación en relación a las elecciones parlamentarias anteriores–, manteniendo un delicado status de equilibrio de fuerzas que se rompe definitivamente en los meses de Mayo y Junio por dos eventos con graves consecuencias políticas.

El primero es la promulgación y aplicación, de la Ley de Control de Armas, aprobada en el Congreso durante el Paro de Octubre con votos de la UP, que convenció a los trabajadores y al pueblo que una concepción derrotista se había impuesto definitivamente en el liderazgo de la izquierda. La segunda fue la persecución y tortura a los marineros Constitucionalistas, que continuó en los Juicios a altos líderes de la izquierda radical, que indicó al interior de las Fuerzas Armadas que el sector democrático en su interior y en el Gobierno no los iba a proteger en sus esfuerzos por detener la ofensiva fascista.

El intento de golpe del Coronel Souper el 29 de junio del ‘73 –el denominado Tanquetazo– pasó a ser así, simplemente, un llamado de atención a los cuadros superiores de las Fuerzas Armadas de que la situación estaba madura y que el Golpe o lo iniciaban ellos o sería realizado por otros niveles de la estructura militar. El cobarde asesinato del periodista, que con su cámara tomó nota para la posteridad de ese acto fascista, hizo patente la violencia que estaba por desatarse sobre la población civil desarmada.

Ya a esa altura, los esfuerzos tácticos que hiciera Allende o las palabras que emitiera Carlos Altamirano, las llamadas y compromisos con la DC o la llamada a plebiscito eran inútiles. El marco social de fuerzas y las líneas alternativas de eventos, factores de azar e iniciativas de la voluntad resistente estaban condenados al fracaso. En ese período ya el golpe era ineluctable.

Los intentos políticos por acercarse al trabajo de base por parte de la izquierda radical o reformista, por llamar a un Congreso extraordinario en el PS, coordinar los Comandos-Regionales de Cordones y Consejos Campesinos, la eventual traída de explosivos de zonas mineras, las maniobras de represión interna o en la calle, ya estaban fuera de plazo.

A esa altura de la confrontación social uno de los dirigentes obreros de las industrias del Cordón Vicuña Mackenna, durante una reunión del Comando del Cordón, abrió la reunión diciendo: *“No pasarán muchos días antes de que la mayoría de nosotros esté muerta, por la actual correlación de fuerzas y la inevitable represión militar que se avecina. Debemos concentrarnos en designar quienes pueden coordinar a los restos de organización que quedará después del golpe, y de recomendar también quiénes serán sus sucesores, pues ellos tampoco sobrevivirán muchos meses”*. Ese dirigente se llamaba Oscar Mendoza y pertenecía a la Federación del Cuero y Calzado, había llegado a militar en el PS después de apren-

der de eventos de la lucha social en el gremio de Panificadores en Valparaíso y haber pertenecido a los anarquistas y a la IWW. Su palabras fueron infortunadamente proféticas, pero permitieron a algunos sobrevivir para transmitir esa experiencia.

Una derrota social y política antecedió a la derrota militar y el derrumbe institucional del 11 de Septiembre de 1973. Su marco otorga el carácter y apariencia de ineluctable al Golpe de las Fuerzas Armadas, fascistizadas en sus mandos altos y medios, por un proceso que anuló y aisló en su interior al sector democrático. La expresión de ese fenómeno era ya evidente en Julio en la agresión al propio Comandante en Jefe del Ejército, Carlos Prats por mujeres de sus subordinados, agolpadas a la puerta de su casa habitación.

El golpe no podía ser detenido, a esa altura de los acontecimientos, por maniobras políticas y su virulencia no se iba a detener en las oficinas de Salvador Allende ni en el centro de Santiago pues el sector social que había visto amenazada su hegemonía exigía cobrar con sangre el susto de perder sus prebendas, vivido en esos 1000 días.

La ola unitaria de la clase dominante y su voluntad y capacidad de imponer su dictadura arrastró finalmente al alto mando, que había vacilado durante el proceso como producto de las correlaciones de fuerza, con la noble excepción de dos o tres generales leales a Prat.

El mismo día del golpe grupos de la Escuela de Suboficiales de Carabineros, último segmento leal a la Constitución y a la democracia, en lucha para cobrar cara su vida ante los golpistas, pasó por los costados del Cordón Vicuña Mackenna sin intentar relacionarse con los obreros ubicados allí en espera de armas y dirección de combate.

IV-Conclusiones

La luz otorgada a los Cordones Industriales en este drama histórico no significa que otros actores sociales tales como los campesinos y trabajadores rurales, los estudiantes e intelectuales, los pobladores y tantos humildes hijos de este pueblo no fuesen importantes como protagonistas. Los Cordones Industriales fueron en Chile epicentro de un fenómeno mayor, ubicado más allá incluso del Poder Popular y del proyecto UP, y el privilegio de haber vivido ese período precisamente en aquellas fábricas permite una perspectiva y análisis de relaciones que consideramos un deber rescatar.

El proceso chileno muestra que en períodos históricos en que las clases sociales fundamentales de la sociedad capitalista se enfrentan de forma irreconciliable, ellas buscan establecer un arco de alianzas que les permita realizar las tareas de reordenamiento que tal situación requiere.

En el caso del proceso de la Unidad Popular el alineamiento de clases fue estimulado, canalizado y favorecido por la presencia de dos partidos con fuerte enraizamiento en el mundo laboral y en la clase obrera que desataron una situación de inestabilidad al dominio y hegemonía social imperante.

Esos Partidos no fueron capaces, por diversas razones no analizadas en este documento, de formular una estrategia conjunta más allá de la victoria electoral y de su presencia, y de la coalición tras ellos, en el aparato de Gobierno. Su incomprensión de la crisis global de los años 70 y de la inserción particular de Chile en su interior estuvo entre los factores determinantes.

El accionar de esas organizaciones políticas, y las respuestas del núcleo central del propio movimiento obrero y poblacional, impulsaron la creación de respuestas a la crisis que

cristalizaron en el Poder Popular y los Cordones Industriales, entre otros organismos de participación directa.

Ambos fenómenos no surgieron en forma espontánea, pero tampoco se desarrollaron como expresiones políticas de la UP. Fueron fenómenos sociales inherentes a la búsqueda de respuestas estructurales por parte de la población y de la clase obrera en crisis sociales profundas que afectan la reproducción social de sus vidas.

Esa confrontación entre clases no llegó a la maduración de una situación en que estuviera en cuestión el monopolio del poder y la violencia por parte de las Fuerzas Armadas, aunque hubo oportunidades en que esa pudo ser su evolución. En este sentido es erróneo hablar de que hubiera una dualidad de poderes, en algún momento del proceso UP. Ese poder siempre estuvo bajo la custodia institucional de las FF.AA. que asumió finalmente la tarea de restablecer la hegemonía social en donde ella había sido puesta en cuestión, y sentar los fundamentos, en base a la represión y la concentración del poder, para una nueva fase del ciclo global y secular de acumulación de capital, del cual Chile fue uno de sus primeros escenarios. La fase de globalización financiera.

Las formas singulares de desarrollo de la crisis llevaron a las diversas instituciones al límite y ellas debieron mostrar su carácter y por ende a obligar a los diversos individuos y líderes a hacer evidentes sus valores morales e institucionales y sus compromisos sociales y políticos.

La incapacidad de las clases dominantes al inicio de la crisis social y política para ejercer una represión plena, dado el acceso a la Presidencia de un líder y de una coalición como la de Allende y la UP, las obligaron a una estrategia de desgaste y de dispersión de la fuerza proletaria y de las esperanzas que pudiesen abrigar otros segmentos y capas intermedias en su liderazgo político y proyecto social.

La ausencia de una dirección revolucionaria y de una estrategia "consejista" previas al proceso, como causa de su fracaso es tautológica. Los problemas de organización y hegemonía se resuelven en relación a los problemas tal como ellos se presentan en la lucha de clases y no como diga un manual.

El golpe militar y los eventos, en sus diversos momentos del proceso UP, no fueron inevitables en su origen, ni son una resultante. Las luchas de clases que en ese período se dieron, y otros acontecimientos históricos convergieron en ellos, materializándolos.

Hubo un desarrollo específico de relaciones de fuerzas, llevadas al paroxismo en su deseo de abrir paso a sus intereses de clase y de grupo. Un potencial en marcha, una posibilidad con causa y estructura, confrontando a una fuerza atrincherada en su dominio.

Las causas y razones de la crisis eran tanto de orden objetivo como derivadas de las motivaciones de quienes vivían esas luchas. Los imperativos ideológicos de los partidos o de los militantes pueden explicar la historia para sí mismos, pero no para sus actores directos, los trabajadores y el pueblo chileno.

El surgimiento del Poder Popular y los Cordones industriales, en un momento de crisis como la expresada y desatada por el proceso UP, en los años 70 período de trance y recomposición del capitalismo planetario, conmovió las estructuras y superestructuras de la sociedad chilena y removió el fango acumulado sobre el sistema de valores que ésta decía tener, la democracia, la libre información, la seguridad, la justicia, el respeto a la vida misma.

Esos mitos e ilusiones de su historia, con su carácter ambiguo, complejo y polisemántico, se mostraron envejecidos e

inconsistentes para la tarea que la clase hegemónica asumió para conservar su dominio y propiedades. Ellos han buscado olvidar y hacer olvidar ese pasado, en una tarea de ocultamiento histórico en que han sido cómplices otros actores de ese drama. Sin embargo la búsqueda de otra forma de vivir, y del derecho a disfrutar de la existencia y la cotidianeidad, siguen presentes en nuestro pueblo.



LOS VIEJOS DEL CORDÓN INDUSTRIAL

REFLEXIONES SOBRE PODER POPULAR Y MOVIMIENTOS DE BASE EN CHILE (1972–1973)[9]

9–Este texto fue facilitado para esta edición por el autor en versión PDF. Existe una versión en libro que fue impresa en la República Bolivariana de Venezuela el año 2013 por la Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos en la que figura como compilador el camarada Rafael Kries. Existen ligeras diferencias de forma –pero no de contenido– entre ambas versiones: hemos optado por incluir en esta edición la versión en PDF que nos hizo llegar el compañero. También queremos señalar que hemos reproducido solamente los textos cuyo autor es Kries y dejado de lado los textos de otros compañeros por razones de espacio. [N. del E.]

Algunas piezas del escenario...

Chile, desde los años 60, conoció, con el surgimiento de la Democracia Cristiana, a un gran número de pensadores que intentaron superar los enfoques fragmentarios en que se construían contrapropuestas a los proyectos de cambio que sostenía la izquierda. Ellos eran parte de una reacción, pero también de un intento modernizante.

Un elemento nuevo, común y característico, a todos esos intelectuales fue su esfuerzo por analizar de conjunto las políticas, instrumentos y situaciones, y sacar consecuencias. Brillan sus críticas morales a las tendencias inhumanas del sistema capitalista, su dolor por los elementos que afectan la dignidad del hombre y su esfuerzo porque se reconozca el "bien común". Pero el análisis terminaba en el diagnóstico, del cual saltaba más allá del mundo, sin desarrollar los conflictos evidentes de un futuro no tan lejano, un análisis congelado en una suerte de apología del presente y su justificación, por cierto, muy estoica, al no poder desligarse de un compromiso profundo con la estructura de poder. Radomiro Tomic fue el más popular de esos analistas, profundo en el diagnóstico como pobre en la propuesta y conclusión, a los cuales seguiría sin solución de continuidad la generación de Ricardo French–Davies y Foxley en el período post–dictadura. Quienes estaban dispuestos a afectar la hegemonía social y el poder en los años 70 como lo descubrieron Ambrosio, Bosco Parra, Chonchol y otros, debieron alejarse de ese cauce.

La comprensión del carácter de la crisis planteada a finales de los 60, que fue cuando la Unidad Popular llegó al Gobierno y de sus alternativas de desarrollo, exigía entender cuál era la fase que transitaba la acumulación del capital a escala planetaria, al menos desde la posguerra, y cuál era su dinámica interna dentro de nuestro país. Esos eran elementos

que en contadas ocasiones eran puestos visiblemente encima de la mesa por el universo católico chileno, como fueron los casos del Centro Belarmino y grupos de la Revista "Mensaje". Unos como apologetas los otros como elementos críticos.

Hoy sabemos que el período de posguerra, que se inició con una fuerte recuperación productiva en los países centrales, trajo un desplazamiento de los flujos de capital que habían llegado a la periferia del sistema, debilitó la inserción lograda durante la guerra por nuestras economías y afectó lo que parecía un camino lineal de desarrollo industrial ascendente para nuestros países.

Los milagros alemán y japonés de posguerra, basados en la caída radical de los costos de la fuerza de trabajo y de los costos de intermediación, junto a la disminución de los gastos militares, fueron paralelos a la consolidación de una política de protección de la inversión industrial y del mercado interior en ambos países. La inversión en los países periféricos del sistema occidental estaba planteada, junto a altos costos de intermediación y militares, en torno a la sustitución de importaciones y a programas de fomento industrial, los que generaban estructuralmente un desequilibrio en su intercambio con el mercado mundial.

Al no ser capaces nuestros países de generar un sostenido incremento de lo que hoy llamamos competitividad, y manejando un concepto ambiguo relativo a ese fenómeno dado que se lo centraba en los costos del factor trabajo, al verse cerradas las puertas para mejorar los términos de intercambio el crecimiento económico se angostaba. Sin ser capaces de incrementar su productividad ni generar una disminución de los costos de intermediación –tanto por parte del Estado como por los de la esfera del comercio, y en general de la realización de la mercancía– las economías, tal como la chilena, sólo podían apelar a reducir los niveles de vida de

la población para disponer de capital que permitiera la continuidad de su mal llamado "desarrollo".

Ello se hacía con el disfraz de un proceso inflacionario en que tal como denunciaban los dirigentes sindicales de la época: "los salarios suben por la escalera, en tanto los precios de los productos suben por el ascensor".

La dependencia estructural de las economías de la periferia del sistema en su dinámica de acumulación respecto al proceso global, después de la Segunda Guerra Mundial, aparecía como dependiente de la capacidad para importar. Y esa capacidad siempre se retrasaba respecto de las necesidades de expansión de la economía interna. En la superficie esto aparecía como una contradicción del conjunto de nuestras sociedades respecto a las exigencias de una burguesía atrasada en sus procesos culturales, débil y aliada con segmentos rentistas parásitos y oligárquicos de los cuales había surgido. Pero en el fondo estaban expresadas en ella las características mismas, para el período, de un proceso de desarrollo dependiente, que Günther Frank gusta en llamar "desarrollo del subdesarrollo". Magnitud del capital movilizado, procesos científico–tecnológicos involucrados, poder socio-político en la esfera global, todos necesarios en cierta cualidad, y cantidad para asegurar crecimiento y desarrollo nos eran ajenos.

Los temas de la dinámica económica que a los ojos de los defensores más ingenuos del sistema surgían sólo como producto de ciegas luchas sociales por mejorar la participación de cada segmento social en el ingreso nacional "sin preocuparse por el crecimiento", aparecían a los "expertos y especialistas de la economía", desde al menos los gobiernos de los años 50, como determinados por evidentes restricciones de la Balanza de Pagos. La CEPAL hablaba en esos años de un desequilibrio estructural que era necesario corregir, y que se expresaba en una caída de casi un 30% en los tér-

minos de intercambio de América Latina respecto al centro del Sistema entre 1950 y 1970. En otras palabras, vendíamos cada vez más baratos nuestros bienes para obtener otros bienes necesarios y que estructuralmente no estábamos en capacidad de producir, que pagábamos cada vez más caros a nivel internacional.

Las tentativas por parte de los diversos grupos y clases sociales de modificar el régimen de acumulación en la posguerra estuvieron determinadas, quiérase o no, por una pugna no sólo económica sino política e ideológica entre el modelo social de acumulación soviético y el abanico de intereses aglutinados en torno del gobierno norteamericano, que estaban definiendo el marco de condiciones en que los cambios podían realizarse en nuestros países.

Aunque los chilenos pregonábamos el carácter nacional, autónomo y específico de nuestras luchas, todo el período fue una sucesiva constatación que nuestros esfuerzos de reordenamiento estaban rígidamente condicionados por un panorama que iba más allá de nuestras fronteras. Ironía de esa relación de fuerzas, entre grandes potencias, era que la fórmula de "crear dos o tres Vietnam" que dio el Che Guevara como mecanismo para liberarse de esa trampa y dependencia respecto de EE.UU. y la URSS no tenía sino el débil escenario del movimiento de los países no alineados, en rápida desaparición desde los 70.

Todos conocemos la derrota de los sectores populares en esos procesos económicos y sociopolíticos y con qué mecanismos las fuerzas burguesas, con sus acólitos, que se fueron aglutinando progresivamente tras el programa neoliberal, construyeron el sendero de modificación radical del modo de funcionamiento de nuestras economías. El programa del llamado Consenso de Washington está escrito, parafraseando a Rosa Luxemburg "con las manos tintas en sangre" de una represión de treinta años hacia los pueblos latinoamericanos.

En vísperas de un reordenamiento estratégico de fuerzas

El favorecimiento de la concentración de ingresos y de activos para hacer nacer una nueva fase de expansión del capitalismo, tarea que asumiría la dictadura chilena -no sin contradicciones exigía la anomia social, la dispersión de las fuerzas históricas del proletariado chileno, uno de los más conscientes de sus derechos en América, y el asesinato de su capa dirigente. Con el Golpe de 1973 no hubo una simple traición de Generales a sus juramentos, y una masacre perpetrada contra una población civil, sino un reordenamiento estratégico de fuerzas ganado por el capital contra las fuerzas del trabajo y de la vida social autónoma.

Aunque hoy se afirme lo contrario, tratando de dar pedigree histórico–programático al modelo neo–liberal, haciéndole aparecer como oponiendo una alternativa a la continuidad de la propuesta programática encarnada en Allende, la aglutinación de los sectores propietarios del capital en nuestro país no se planteaba conscientemente realizar una tarea tan ambiciosa. Su programa y su perspectiva era simplemente reaccionaria, plantar cara a los esfuerzos y visiones de cambio de su enemigo histórico y de la coalición de fuerzas que lo articulaba: La Unidad Popular.

La posibilidad de otro tipo de cambio, que superando la estructura oligárquica y terrateniente desgajara comunidades y sindicatos, municipalizara y segmentara conflictos y fuerzas, y abriera la competencia de las diversas unidades de capital a la presión y vaivenes de la economía transnacionalizada, sólo estaba inscrita en la semi–consciencia de un pequeño grupo de tecnócratas oportunistas llenos de miedo a la participación y ampliación de la presencia social popular del Chile de esa época. Ello se expresó en los años siguientes al 73 en el llamado “Ladrillo” preparado por Álvaro Bardón *et allia* para la dictadura militar y perpetrada por ésta, y en

el programa económico dirigido por los "Chicago Boys" en nuestro país.

El temor a la presencia autonomizada del sentimiento nacional y popular es lo que explica las contradicciones y conflictos de la izquierda con y en la Democracia Cristiana y nos ayuda a entender en su sentido profundo el compromiso explícito que asumía Henry Kissinger con la defensa del dictador chileno, así como la actitud del Vaticano en esa época. También, desafortunadamente, nos explica las actuales bases de su posterior concertación en el período postdictadura.

La mayor parte del episcopado y la curia de la Iglesia católica, expresaría en sus acciones contrarias al proceso UP y en sus posiciones ambivalentes y pasivas en los primeros meses de la represión que, aunque divergiendo de las del propio cardenal chileno de esa época –Raúl Silva–, ellas manifiestan el doble corazón que late en esa institución respecto del poder y de la población. No es necesario recordar los nombres de los generosos sacerdotes que dieron su vida por su compromiso con su grey y el mensaje de amor de Jesús, así como de aquellos que impusieron la creación de la Vicaría de la Solidaridad, una vez que la dictadura disolvió a la fuerza aquella creada por Helmut Frenz, obispo luterano. Sin embargo, es inevitable que se venga a la memoria el vergonzoso maridaje del papa Juan Pablo II con el asesino, tirano y dictador que fungía de facto como Presidente de este país, a quien dispensó una misa especial en la Moneda, acto que escandalizó al mundo al recordarle las misas hechas en honor a Franco por la Iglesia Católica en España.

En el confín del mundo

Hay una afirmación que se hace en contra de la Unidad Popular, y que juega el papel de aquella que en el terreno político se dirige contra el famoso "último discurso" de Altamirano. Ésta se hace en contra de Pedro Vuskovic, y se refiere a la inflación acumulada por la política económica del Gobierno de Allende y que desató, desde septiembre de 1973, todo su efecto unilateralmente sobre el salario al liberar los precios la dictadura militar, lo que hizo llegar el IPC a 300% en sólo cuatro meses de la naciente dictadura. La población había sido metida en una gran cárcel, en tanto el dinero, los precios y productos y los agentes del capital, tenían ahora plena libertad de tránsito.

Cabe afirmar que los desequilibrios económicos que se desataron durante el gobierno de la Unidad Popular no fueron en lo esencial expresión de una sobredimensión de la demanda agregada en relación a la capacidad productiva potencial, o que la capacidad productiva actuante fuese disminuida en esos años a instancias del sabotaje, sino un desbalance respecto a la producción y distribución efectivas. Las presiones inflacionarias y de circulación en el comercio no reflejaban una situación entre objetos sino un conflicto entre sectores sociales por el control de esos productos, su producción y su distribución social.

Los partidos, incluidos los de izquierda, no comprendían las actitudes sociales generadas en una situación en la cual los empresarios ganaban cada vez más, pero intentaban cada día más vigorosamente sabotear los niveles de producción y actividad económica alcanzados y alcanzables.

DINAC –Distribuidora Nacional dirigida por el General Alberto Bachelet–, así como algunos contados organismos de fiscalización del Gobierno –tal como DIRINCO– sí se veían

obligadas a entenderlo, a juzgar por sus iniciativas y apoyo a planteamientos de todos aquellos que buscaran mejorar las formas y mecanismos de distribución de productos de consumo de la población.

En la esfera de la producción y del control social de la economía, los Cordones Industriales y el Poder Popular en general, eran un elemento clave en una salida de izquierda a la crisis y Allende, junto a su Ministro de Economía, Pedro Vuskovic, lo intuían.

Constituyó un error la sistemática sobrevaloración que hizo la alta dirigencia de la UP respecto de la capacidad de la burocracia estatal para controlar administrativamente esos desajustes. Cada vez que había una crisis se los veía aparecer desorientados en los Cordones buscando el apoyo de una estructura social que en la práctica no respetaban, no habían apoyado, y mucho menos, conocían. Por otra parte, debe afirmarse también que los Cordones sobreestimaron su potencial para responder a un nivel superior del conflicto, aunque sería necesario matizar esa afirmación, señalando que ello fue producto de que sobrevaloraron la capacidad militar de las estructuras políticas de la izquierda, así como por parte de importantes sectores políticos de izquierda se sobrevaloró el espíritu constitucionalista y de defensa de las leyes de la alta oficialidad de las FF.AA.

Recuerdo una reunión sobre la industria FAMAE, en la que participamos Azagra, Bustamante y Claudio González, que ante las acusaciones de sustracción y apropiación de bienes de la República que hacían dirigentes obreros a directores de esa empresa, el Ministro José Tohá les habló de no afectar con esos temas el honor de Generales. Nadie podía imaginar en esa época lo que traerían 17 años de libre acción para algunos de los allí presentes.

Los grupos propietarios que hoy dirigen el país y sus analistas, resaltan para ese período la caída del Producto Bruto Interno superior al 4%, pero olvidan mencionar el ataque feroz e implacable a la que sometieron los agentes directivos de las Unidades de Capital, vulgo empresas, a toda la estructura productiva y de distribución de Chile, sacando su dinero al exterior, congelando la inversión, acaparando, saboteando, etc. Así mismo olvidan, convenientemente, los programas de sabotaje económico y financiero realizados por el imperio gringo, tal como quedara en descubierto con las cartas de la ITT y Kissinger.

Esos dirigentes empresariales y sus analistas, olvidan destacar la defensa que hizo el Gobierno Popular, en medio de esa guerra económica, del nivel del salario real para todos aquellos que vivían de un sueldo o un salario. Tampoco desean que se recuerde que Chile no ha conocido una tasa menor de desempleo que la conseguida en esos años, paralela a una mayor libertad espiritual, desarrollo cultural y de conciencia, así como de participación política.

Los niveles de salario real de esos años sólo se recuperaron en la fase expansiva del nuevo modelo neoliberal en los Gobiernos de la Concertación DC–PS–PPD–PR durante los años 90, jamás durante el interregno antidemocrático. El costo del reordenamiento se pagó con 17 años de hambre y penurias económicas para los sectores más débiles, en tanto se sostuvo con más de 5 mil millones de dólares al sistema bancario en igual período.

Al capital y a su dinámica de crecimiento no le interesan el empleo ni el ingreso de los que viven de su esfuerzo diario, son variables “dependientes”, pero en la ideología económica del Gobierno Popular de Allende, esos eran elementos inamovibles, criterios heurísticos, claves orientadoras, al igual que el proyecto de defender el carácter “nacional” de un mercado y una clase empresarial que ya estaban viviendo en otros lugares del orbe su transformación en partes subordinadas de una economía globalizada.

De la Asamblea de fábrica al Cordón Industrial

El Gobierno de Salvador Allende y de la Unidad Popular en los años setenta, constituyó la culminación de un proceso de crisis o agotamiento de un modelo, y simultáneamente una articulación social y política en torno a una esperanza.

La crisis estaba conformada en su esencia, por el abandono de una perspectiva de desarrollo de carácter nacional y basado en el mercado interno por parte del empresariado chileno, particularmente de su sector industrial. Era simultáneamente la agonía de la res pública, la cosa pública o de todos, como gustaban decir los romanos, que culminaría con el golpe militar del 73. Ese fenómeno era visible desde el inicio de los años cincuenta con la "traición" de González Videla y su entrega a la gran potencia imperial norteamericana, y por el agotamiento de la forma histórica de expoliación económica del campesinado que se vive desde los años cuarenta. Crisis hecha evidente aún con mayor nitidez, desde fines del gobierno de Ibáñez y durante el gobierno del gran empresario Jorge Alessandri (1958–1964); y por la búsqueda de una modernización de la estructura agraria que ampliara la base de generación de excedente económico y el consumo interno, iniciada realmente con la Reforma Agraria del gobierno de Eduardo Frei Montalva (1965–1970).

La esperanza de la que hablamos, había sido construida en la larga historia que otorga sentido a las luchas de Lautaro y O´Higgins. Ella pasa por las utopías nacional–liberales de Aníbal Pinto y Francisco Bilbao, para tener su cénit en el siglo XIX con el Presidente mártir Balmaceda y todos aquellos opuestos a la República conservadora y censitaria definitivamente muerta en 1925, para cristalizar en el siglo XX en la ideología y constitución de partidos y organizaciones marxistas y anarco sindicalistas, así como de organizaciones sindicales y comunitarias que lograron establecer una gran

alianza de clases populares y capas medias, con los gobiernos radicales iniciados con Pedro Aguirre Cerda.

Los Cordones Industriales emergieron en 1972 de una experiencia sindical, social y política prolongada y contradictoria. Respondían a la necesidad de importantes sectores de trabajadores industriales de reaccionar e inventar salidas ante una ofensiva patronal que había logrado desbaratar, inicialmente, las líneas de dirección económicas y de funcionamiento del Gobierno Nacional, en ese momento en manos del presidente Allende y los partidos de la Unidad Popular. No eran una simple expresión de entusiasmo espontáneo e indisciplinado de masas sino de movilización, organización e iniciativa local de trabajadores, que buscaban ser respetados y aceptados en las estructuras y cadenas de mando.

Los Cordones eran simplemente una articulación de consejos de base o asambleas de trabajadores, las cuales discutían y acordaban decisiones en forma directa, pública y democrática, tomando las más de las veces sus decisiones por consenso, en votaciones abiertas y a mano alzada. No existía una norma que no fuese la de asegurar la participación más autónoma y democrática de los participantes. Su articulación se realizaba en términos territoriales y en ellas participaban todos los partidos, incluyendo personas y estructuras políticas locales que se definían como de ideología liberal o políticamente de derecha. Eran básicamente la expresión autonomizada del mundo del trabajo y simultáneamente un cuestionamiento de la hegemonía social preexistente.

La dirección política, en la gran mayoría de esas estructuras, estuvo en manos de los socialistas, sin duda sustentada en el inmenso ascendiente moral de Allende y la lucha de muchos años de sectores y grupos cercanos a ese partido en la base sindical. Sin embargo, el control directo por parte de la base obrera en las asambleas impedía todo manejo sectario, así como los intentos de suplantar las direcciones reales

del movimiento sindical por las digitadas desde algún partido, incluyendo a los propios socialistas. Esa fue una batalla recurrente que cruzaba diagonalmente a los partidos de la Unidad Popular y acercaba entre sí a la izquierda socialista, MIR, MAPU e Izquierda Cristiana, enfrentándolos con aquéllos que pretendían imponer estructuras y procedimientos no democráticos desde la dirección burocratizada de la Central Única de Trabajadores de esa época.

Aprensión, curiosidad, miedo o esperanza

Los Cordones Industriales eran una organización social y de clase antes que una expresión sindical o política. Esa circunstancia era difícil de comprender para los militantes más tradicionalistas de los partidos socialista y comunista, en donde el leninismo se comprendía en su forma kautskiana, para los cuales el Partido siempre era eje y tenía la razón, y el mundo social se reducía y encuadraba en sindicatos. Visión para la cual lo sustantivo no es la movilización de masas ni la participación social sino la unidad militante y su disciplina. Enfoque que no establece puentes, ni acepta fases diferenciadas, para lo que considera una clara tarea de administración social, económica, militar y política de la población.

Los Cordones, a su vez, expresaban lo que un sector de la sociedad chilena había logrado, a lo largo de décadas, entender del proceso económico social y político y de sí mismos. No eran expresión de una propuesta interna de Partido, ni los problemas ideológicos o de representación electoral jugaban un rol en su discusión interna. Su discusión y decisiones eran sobre problemas concretos que vivía la fábrica o la sociedad chilena, y su apoyo al Gobierno de la Unidad Popular estaba ubicado sólo en las coincidencias que recogiera de su accionar y del reconocimiento de su preocupación y compromiso con los trabajadores y los sectores más pobres de la población.

En esos meses de 1972 aumentaron en las Asambleas de fábricas, ahora integrantes de los Cordones, expresiones de crítica al Gobierno de la Unidad Popular por haber hecho ingresar como Ministros a dirigentes activos de la Central Única de Trabajadores. Se criticaba el sectarismo de los partidos, su lentitud para concertar iniciativas, los oídos sordos de la alta burocracia de Estado a reclamos de la base sobre todo respecto a la corrupción de funcionarios medios. Sin

embargo, lo central en esas Asambleas de base fueron siempre las propuestas de organización local y solidaridad que surgían y se discutían "en caliente".

También se conversaba, concertaba y dialogaba en y durante las acciones de apoyo a las fábricas movilizadas por algún conflicto, durmiendo en la calle o en casas vecinas, ingresando a los comedores obreros, superando rejas y portones que anteriormente parecían insalvables por la presencia de guardias o controles patronales.

Esa autonomía conceptual, orgánica y de acción de los Cordones no podía sino despertar una gran aprensión en los sectores estalinistas existentes en los partidos de izquierda, y con amplia hegemonía en uno de los partidos eje del proceso: el Partido Comunista. Se recelaba de lo que calificaban "espontaneísmo, asambleísmo y espíritu anarquista de masas", dada su propia incapacidad para dialogar y dirigir ese fenómeno.

Tampoco estaban ausentes las críticas hacia estos esfuerzos de abrir participación e iniciativa democrática desde la base por parte de sectores mesiánicos y militaristas, constituidos en diversos partidos, convencidos de la verdad y potencia revolucionaria de sus sectas.

Desde los Cordones y la CUT durante la mayor parte del período se dijeron discursos paralelos, dado que no encontraban un punto de encuentro, tal como sucediera en Europa a inicios del siglo XX en los enfoques y contenidos expresados en los libros *El infantilismo, enfermedad infantil del Comunismo* de Vladimir Ilich Lenin, y por el otro lado *Reforma y revolución*, de Rosa Luxemburgo, o en la guerra española de mediados de los años treinta, cuando agotado el Partido Socialista Obrero se reprime por parte de un Partido Comunista dominado por el estalinismo, y en ascenso en la izquierda durante la guerra civil, al POUM (Partido Obrero Unificado Marxista) y otros grupos influidos por Bakunin.

La derecha social y económica, por su parte, advertía que en los Cordones y Consejos Campesinos se expresaba una fuerza que buscaba consolidar una hegemonía social diferente y pugnaba a través de sus publicaciones tales como "El Mercurio", "La Tercera" y "Tribuna", por establecer la conciencia de ese inédito peligro en una derecha política que consideraba estupidizada por la coexistencia parlamentaria. Recuérdese al respecto los titulares y artículos dedicados al tema por "El Mercurio", diario portaaviones de la derecha y escrito con tinta sangre a lo largo del siglo XX.

La derecha a mediados de 1972 coincidía con la izquierda estalinista, existente en el PS y PC, en calificar el fenómeno de los Cordones como caótico, a pesar de ser los Cordones la única expresión social popular que lograba mantenerse articulada en los momentos álgidos de crisis, tal como sucedió durante el Paro Patronal de ese mismo año y en las horas previas al golpe militar.

La coyuntura de octubre de 1972

El Paro del mundo empresarial desatado en octubre de 1972, no fue un simple suceso espontáneo ni un evento sin plan, coordinación y preparación previa. Fue parte de un programa integral de reacción política de derechas, una insurrección al más puro estilo Primo de Rivera, Sorel o Gabriel D´Annunzio, con un Gantt de acciones incluido, como hemos sabido posteriormente. La dirección de la UP insistió por largas semanas en desconocer esa coherencia en sus aristas centrales, pues contradecía su tesis de la vía ordenada, negociada, institucional y pacífica al socialismo.

El intento de paralización general productiva del mes de octubre de 1972 fue el punto superior de una ofensiva patronal y de capas medias que buscó inmovilizar al Estado, la economía y al país. Inicialmente lo logró, hasta el momento en que los Cordones Industriales articularon una respuesta social a la parálisis, volvieron a poner en pie a un aparato institucional desplomado, reactivaron la economía e incluso rearticularon a los partidos de izquierda, demostrando simultáneamente que había un amplio sector de la sociedad chilena concentrado en la vida fabril, que no estaba dispuesta a entregar la cuota de poder que había sido su esperanza y su logro de más de medio siglo de luchas.

El plan golpista, diseñado por especialistas de universidades gringas y corporaciones dedicadas a la inteligencia, preveía romper las cadenas de distribución, comunicaciones y transporte para culminar en un *lock out* patronal que paralizara definitiva y totalmente la vida del país y obligara a las Fuerzas Armadas a intervenir y hacerse cargo de la conducción del Gobierno.

El paro, inteligentemente pensado y diseñado en los laboratorios sociológicos de EE.UU., tales como la RAND Corpo-

ration como se ha sabido posteriormente, se inició en los gremios de camioneros y comerciantes, liderados por León Villarín y Rafael Cumsille, sumando taxistas y otros pequeños tenderos y empresarios fascistizados por una propaganda sistemática de odio, prejuicio y miedo hacia los trabajadores y en general hacia los más desposeídos. Desde allí se extendió a grupos de empresarios medianos y otros gremios industriales. Durante su desarrollo se produjeron evidentes muestras de vacilación por parte de las direcciones políticas de los partidos Demócrata Cristiano y Nacional, que articulaban la reacción de la masa de militantes políticos e ideológicos "conservadores", para adherir a acciones tal vez definitivas. La derecha política y la DC iban a la cola de acontecimientos y acciones generadas por los gremios empresariales y de pequeña burguesía, a los que se sumaban las iniciativas imperiales, haciendo evidentes su carácter estructural y clasista.

Al sumarse a la paralización importantes segmentos del personal de planta del propio aparato gubernamental y encerrarse en sí mismas las FF.AA. y Carabineros, el país vivió momentos en que parecía no existir gobierno, excepto la férrea voluntad de afirmar el cauce constitucional por parte del presidente Allende.

Paralela a tales acciones, la asistencia, iniciativa y dinámica de las Asambleas, Consejos y agrupamientos de todo tipo de los trabajadores industriales, se incrementaba y aceleraba. La participación de cada uno se hacía en los hechos casi permanente, centrados en la consigna de defender la democracia y el Gobierno popular, analizando, discutiendo y decidiendo alternativas de respuesta y visiones e iniciativas de evolución, coordinación y desarrollo de un proceso que consideraban suyo.

En el Cordón Industrial Vicuña Mackenna vimos llegar a sorprendidos Ministros y altos funcionarios que no conseguían respuesta a sus instrucciones y órdenes, incluso de sus pro-

pias secretarias y personal más cercano. El presidente de la CORFO, en el fragor de la crisis del 72, llegó a una reunión del Comando del Cordón a solicitar protección con recuperada humildad, a lo cual el Comando asintió designándolo jefe y encargado del equipo de reproducción e imprenta, en la coyuntura. En esa oportunidad, relató no controlar en su despacho siquiera a los ascensoristas y temer por su seguridad personal en el círculo más estrecho de quienes estaban encargados de cuidarlo. No era una situación única en el Alto Gobierno del Chile de la época.

Al desatarse el Paro de Octubre los contactos de la dirigencia de los Cordones con la de los partidos, fueron escasos. En el PS y PC, a nuestros permanentes llamados telefónicos y envío de mensajeros, sólo parecían funcionar los aparatos sindicales, dado que la dirigencia de sus CC se había replegado a casas de seguridad y las comunicaciones internas se habían hecho más lentas y difíciles.

Sus aparatos de seguridad les daban una falsa idea de control e influencia que no tenían, como quedaría en evidencia en el golpe militar ejecutado al año siguiente. Se filtraban imaginarios planes de atrincheramiento en sectores en tanto en la calle reinaba la parálisis buscada por el paro.

Progresivamente improvisados Comandos y Coordinaciones en torno a los Cordones Industriales, Consejos Campesinos, Comandos Comunales, Juntas de Abastecimientos y Precios y otras modalidades de participación de la base social, reconstruyeron la actividad productiva en las fábricas y establecimientos a lo largo del país, hicieron posible el transporte público, normalizaron en lo fundamental la distribución, obligando a abrir a los comerciantes que pretendían adherirse al paro, creando mercados populares y dando orientaciones allí donde el Estado había dejado de existir momentáneamente.

Ello no fue la aplicación de una instrucción, programa o directiva política, sino del sentido común proletario. En la Asamblea Nacional Sindical del PS en Julio de 1972, se habían expresado algunas ideas respecto a la necesidad de fortalecer el poder de base y se advertía sobre el carácter golpista asumido por la derecha económica y política durante lo que se denominó "período de Poder Dual" en la discusión ideológica del evento.

Sin embargo, había sido una excepción antes que una regla. Un segmento de ese partido, entre los que estaban Ariel Ulloa, Rolando Calderón y otros altos dirigentes del PS, atemorizados de la radicalización que constataban en la base partidaria, incluso intentaron fallidamente postergar el evento e impedir la difusión de sus conclusiones. Este, sin embargo, se realizó casi en forma de avalancha e inevitablemente se criticó en su transcurso el burocratismo de las direcciones políticas de la UP, el sectarismo hacia el MIR, y se llamó a reproducir por todo el país el fenómeno de organización social espontánea que se constataba: los Consejos Obreros de Base y los Consejos Campesinos.

El fenómeno de los Cordones, hasta ese momento, estaba circunscrito en Santiago a las avenidas y áreas industriales Cerrillos, San Joaquín y Vicuña Mackenna, y Panamericana, así como a algunas áreas de la ciudad de Valparaíso y la zona de Concepción. En la región sureña, conocida por su radicalización social y política, el fenómeno de articulación obrera era independiente y paralelo al esfuerzo de líderes políticos que se constituyeron en Asamblea Popular, imaginándose a sí mismos como un Parlamento.

La multiplicación de Cordones y otros órganos del Poder Popular se produjo en octubre de 1972 como resultado natural de una respuesta a una coyuntura por parte de los trabajadores, más que por una instructiva de partidos. Como se

afirma en una declaración de los Cordones: *"Si los momios desean parar la fábrica, nos tomaremos la fábrica y la haremos producir. Si ellos intentan paralizar el transporte, pondremos los camiones de las fábricas para hacer posible a todo chileno que se mueva por donde necesite o requisaremos lo vehículos, la gasolina y los transportes que sean necesarios para impedir la crisis artificial que se propicia por parte de sectores golpistas. Si ellos intentan un golpe, responderemos aislando a los sectores en que se ubican los Cordones Industriales para convocar al sector militar constitucionalista a cumplir con el deber de las FF.AA. y los apoyaremos con toda la fuerza de que se disponga".*

Había en esas palabras un concepto global de lo que estaba en juego y del conflicto de clases que cuando fue retomado por el Gobierno, fue desprendido de su sentido y transformado en intentos de alianzas institucionales y de superestructura, reduciendo el arco de alianzas y posibilidades.

Tal era la dicotomía en la que se movía la población, la izquierda, el propio Gobierno y sus partidos, ajenos a la unidad alcanzada en ese período por los trabajadores industriales en su área inmediata y que en su consistencia y fortaleza había logrado salvar y sostener las bases de la institucionalidad.

Entre las presiones reales y los apremios ideológicos

Las relaciones con el Gobierno y con los partidos de Izquierda en los primeros meses después de octubre del 72, por parte de los organismos del incipiente Poder Popular, mejoraron sensiblemente. El trabajo sindical, que requería de un mayor respeto a su autonomía y espacio en la conducción política de los partidos para los aparatos y dirigentes laborales, empezó a ser reconocido como el sostén real del proyecto de la UP, o al menos como su columna vertebral. Por primera vez se invitó a un militante obrero, Manuel Dinamarca, dirigente nacional de la Central Única de Trabajadores, a hablar en un Pleno de la alta dirección del Partido Socialista en nombre del DENAS (Departamento Nacional Sindical) y de la estructura sindical. Los funcionarios del Partido Comunista en el área sindical volvieron a dialogar con los dirigentes de los Cordones Industriales y disminuyeron las acusaciones de intentar reemplazar o suplantar a la CUT, que se hacía gratuitamente a estos últimos. Muchos militantes se reincorporaron a las estructuras y tareas de los partidos, dedicados nuevamente a enfrentar una coyuntura electoral, marzo de 1973, en la cual los partidos de izquierda avanzaron en votos por sobre el 50% de la población y cerraron su propio camino de retirada electoral. Ironías de la Historia.

Las relaciones con el Gobierno a partir de octubre también mejoraron en el corto plazo, e incluso hubo amplias áreas de acuerdo en la recomposición de la Gerencia de empresas intervenidas por el Estado para administrar la crisis. Disminuyeron los interventores designados a dedo por algún miembro de la alta dirección política, pero también surgieron en ciertas oportunidades conflictos entre los distintos estratos profesionales de trabajadores y empleados en las fábricas intervenidas. El mundo laboral parecía tender a estratificarse y nuevas pugnas y conflictos, como las que se produjeron en sectores de Santiago para evitar el control

de las asambleas obreras por parte de pequeños comerciantes y artesanos, surgían ocasionalmente. En fábricas como ELECMETAL, los líderes obreros exigían que todo programa y decisión técnica elaborados por los ingenieros y otros profesionales, fuesen discutidos en asamblea, lo que no siempre era posible, generándose roces que con posterioridad fueron disminuyendo.

Desde inicios de 1972, a petición del Ministro de Economía Pedro Vuskovic, se habían establecido delimitaciones conceptuales para la denominada Área Social de la economía. En una complicada negociación entre el PS y PC, donde estuvimos con Belarmino Elgueta y Jorge McGinty, se definieron 81 empresas industriales y de distribución como futuras integrantes de un área económica definida como estratégica en el Programa de Gobierno y fundamento, junto al cobre nacionalizado, de su futura economía.

Ese listado fue un punto de encuentro entre las definiciones diversas razones. La definición, y por ende limitación, a un grupo determinado de empresas para traspasar al área social, aunque acordada por el Gobierno, era difícil de entender y asumir por los organismos del Poder Popular.

Los Cordones se habían constituido en torno a la solidaridad con las empresas en conflicto y no en torno a una visión o programa de orden económico. No era extraño que se afirmara en las discusiones de fábrica que esa lista era una expresión de voluntarismo político, al no haber sido consultada a la gente de las industrias mismas. ¿Por qué esas industrias y ese número? ¿Por qué no otras 81? ¿No sería razonable menos o algo más? ¿Cuál era el criterio socio–político, además del económico?

Igualmente, en la base sindical de los cordones algunos grupos tendían a reducir y no a ampliar la búsqueda de acuerdos y alianzas. Reunir democráticamente a los obreros e

incluso a empleados o sus representantes directos y decidir de conjunto, parecía bien, pero ¿qué decir de la participación del personal de gerencia, de los profesionales universitarios, incluso de gente de poblaciones, trabajadores eventuales, pequeños comerciantes y proveedores, que siempre estaban en las proximidades de una reunión abierta? Incluso algunos sectores, imbuidos de una cierta ortodoxia proclamaban, sin mucho éxito o audiencia, llamados a la creación de Cordones Rojos, es decir coordinaciones asambleístas constituidas exclusivamente por militantes.

A fin de cuenta ¿Quién definía el área social y el Poder Popular: la práctica o la teoría? ¿El programa o las circunstancias? ¿Las asambleas o las determinaciones partidarias? No hubo y no hay una respuesta simple. No hubo pues el diálogo entre base y partidos se había esclerotizado por una tradición parlamentarista, con sus logros indudables, pero que hacía muchas veces pensar, a la dirigencia política, que contaba con una base social que le debía gratuitamente obediencia. ¿Cómo transitar entonces ese difícil sendero en que la teoría y programa no siempre alumbran del PS y el PC, que parecieron en su momento ordenar la propia militancia bajo la misma directriz, sin embargo, no fue así por lo suficiente y la práctica no siempre es praxis? ¿Cómo hacerlo cuando los propios partidos de izquierda, incluyendo al MIR, no lograban un punto de acuerdo en su propia estructura interna respecto a su rol y funciones? ¿Cuándo la propia CUT expresaba desconfianza hacia su propia base radicalizada en los sindicatos? ¿Cómo establecer un puente entre esas presiones reales y no sólo ideológicas? Ese fue uno de los temas de conversación recurrentes con Beatriz Allende, denominada cariñosamente "la Taty", y a través de ella con su padre, por parte de quienes estábamos en la Coordinación de algún Cordón.

¿Hacia dónde se dirige el país tras el paro patronal?

¿Dónde se dialogaba entre estructura militante y estructura social? La tradición chilena parecía afirmar que se hacía en el ámbito de los sindicatos y su relación con otras expresiones sociales de la población, al menos desde el Partido Socialista Obrero de Luis Emilio Recabarren y Ladislao Córdova. Así había sido realizado desde el siglo XIX en las mancomunales donde la vida cotidiana se traslapaba con la lucha salarial. Pero eso ya no era así en Chile desde hacía varias décadas, tal como lo expresaran los dirigentes de las debilitadas Mancomunales, Sociedades en Resistencia, y Mutuales en los años treinta, así como dirigentes de la construcción, panificadores, ferrocarrileros y otros de la International World Workers y la CTCH, entre los que brillaría Clotario Blest. Desde el ascenso de Elías Lafferte, en torno a los años 30, con continuidad con Luis Corvalán, el Partido Comunista había abandonado las ideas de participación social de Recabarren por otras en las que se imponía en los militantes una vocación docente hacia la población, visión más cercana a la que llegaba de Moscú.

En Chile, desde la posguerra e incluso en importantes sectores sindicales con anterioridad a ésta, se había ido imponiendo una visión que transformaba al movimiento sindical y a toda organización social distinta del "partido", en simples correas de transmisión de las directrices de éste último.

La preocupación por abrir ese diálogo por parte de un Carlos Altamirano o un Miguel Enríquez, apareció tardíamente en el proceso, aunque sea justo decir que esa preocupación ha acompañado permanentemente la historia de la izquierda chilena y del movimiento social desde sus inicios. Recuérdense las divisiones del movimiento sindical chileno del 36, el rechazo a las traiciones de los acólitos de González Videla, los grandes debates de la CUT o el proceso de reflexión y creación de estructuras desatado con la revolución cubana.

¿Las empresas a ser intervenidas desde el aparato de Gobierno sólo lo serían por su importancia económica en el PGB o por el nivel de crisis socio-productiva al que algunas habían sido artificialmente llevadas por sus gerentes y patrones, y la desestabilización que provocaban? El Ministro Carlos Matus, intelectual con pasantía en Japón parecía creer lo primero. Pedro Vuskovic, cepaliano acercado al marxismo en su edad adulta, lo segundo.

La definición del Área Social de la economía terminó siendo dada por la nómina de las empresas intervenidas por sus conflictos sindicales y/o sociales, valorándose de algún modo en la rapidez de la intervención, su importancia estratégica para el desarrollo del país o para impedir las acciones saboteadoras del golpismo.

Las relaciones con el Ministerio de Economía por parte de los Cordones Industriales parecieron mejorar hacia fines del 72, e incluso el aparato de Gobierno legalizó algunas direcciones de empresas constituidas al calor del Paro de octubre y directamente designadas por las Asambleas de obreros y empleados.

Los trabajadores de los Cordones en su conjunto, y más allá de toda militancia política e ideológica, sintieron por primera vez que ese Gobierno no era sólo un Gobierno de la izquierda política, sino que lo era del mundo del trabajo.

Esa relación, comunicación e identificación en el área de la producción con Pedro Vuskovic, en la distribución con el General Bachelet, y con muchos funcionarios de CORFO, ODEPLAN y DIRINCO se mantuvo hasta el final, e incluso con la propia Presidencia de la República. Fue débil y esperpéntica, pero abierta, sin dobleces y continua, y expresó una potencialidad que no logró desarrollarse a plenitud.

Las armas de los Cordones Industriales

Nunca existió armamento en los Cordones Industriales. En el Cordón Vicuña Mackenna disponíamos tan sólo de una radio de onda larga, armada por nuestros propios compañeros entre los que había más de algún antiguo reservista de comunicaciones del Ejército, con la que pensábamos mantenernos en comunicación con la población de los barrios santiaguinos, además de nuestra propia estructura de contactos telefónicos y estafetas internos al Cordón.

Todo lo que escribió "El Mercurio" y que afirmaron los militares y adláteres de la dictadura respecto del supuesto armamento, carece de base y prueba real de algún tipo. Son simples mentiras que hoy deberían avergonzar incluso a quienes las creyeron. Junto al "Plan Z"[10], el armamento existente en los Cordones argumentado como base de la siniestra "Ley de Control de Armas", debe colocarse entre las herramientas psicológicas utilizadas por la reacción política de derechas para justificar la matanza de la población civil inerme, indefensa y carente de toda posibilidad de respuesta en el período previo y posterior al golpe. Hubo otras peores, tales como las falsas fotos zoofílicas difundidas tras el golpe, o más estúpidas como los supuestos mensajes escondidos en las carátulas de los cigarrillos Monza de la época.

Desde luego, en ciertos momentos, fueron ofrecidas armas o se prometió entregarlas a la dirigencia de más de algún Cordón por elementos jóvenes de las Fuerzas Armadas, pero ellas no llegaron jamás. Ciertos oficiales y sub–oficiales

10–"El Plan Zeta" es el nombre atribuido a un supuesto plan del gobierno de Salvador Allende, para llevar a cabo una insurrección armada, un autogolpe, con el fin de imponer por la fuerza la dictadura del proletariado. Este plan sería realizado el día 19 de septiembre de 1973 durante la "Parada militar". La supuesta existencia de este plan fue divulgada por los militares que perpetraron el Golpe de Estado de 1973 en el *Libro Blanco del cambio de gobierno en Chile.* [N. del E.]

habían buscado nexos con el movimiento popular de base desde la época de la presidencia de Frei Montalva, al calor de los debates ideológico–culturales de los años 60, así como de cursillos de anticomunismo en la Escuela de las Américas. Sorprendentemente, esos cursos de anticomunismo en los que se denostaba de la Revolución Rusa y China, despertaban en algunos de los militares participantes, recordemos al guatemalteco Turcios Lima o al panameño Torrijos, curiosidad intelectual e identificación con una gesta social y popular en definitiva honorable y gloriosa a pesar de sus errores. En Chile ellos habían sido expulsados en su mayoría del Ejército después de fracasar los intentos de rebelión del Capitán Víctor Mora y los Boinas Negras de Peldehue y oficiales de tanques del Regimiento Tacna, en contra de Frei, fenómeno que tiene la misma raíz que el esfuerzo golpista de Viaux en el Norte, quien logra capitalizar hacia la derecha la insubordinación militar de esa época. Sin embargo, la evolución de esos movimientos al interior de las Fuerzas Armadas sería diferente. Los militares de derecha permanecieron intocados e influyentes incluso después de que, en sus intentos de evitar la subida de Allende a la Presidencia Constitucional, apoyaran el artero asesinato de su General en Jefe René Schneider. Los otros fueron marginados, autoexiliados, y la mayoría asesinados postgolpe.

En el ensayo general que hicieron los golpistas en Julio de 1973 (“El Tanquetazo”), al Cordón Vicuña Mackenna llegaron pirquineros y mineros del Norte Chico con algo de dinamita para apoyar lo que se veía como un posible foco de resistencia, así como pequeños grupos de militantes de izquierda dispuestos a enfrentar el alzamiento. En esa oportunidad un grupo de la Izquierda Cristiana, dirigida por Bosco Parra, apoyó con toda su capacidad militante a los Cordones; en tanto las estructuras armadas del PS y el MIR los abandonaron a su suerte.

En esa coyuntura, al menos en el Cordón Vicuña Mackenna, la estructura de funcionarios del PC estuvo ausente de las

Asambleas y organismos de coordinación, aunque no puede afirmarse lo mismo de su dirigencia de base, la cual se sentía integrada a ese conjunto no excluyente de trabajadores. En Fabrilana se abrieron las puertas a la dirigencia de la fábricas vecinas y Cristalerías Chile resurgió como un centro de aglutinación junto a Lucchetti y Elecmetal, Vinex, Geka o Mallefe y Salas.

No sabemos si eso se reprodujo en otros lugares. Mapus y radicales también estuvieron presentes esos días en el Cordón Vicuña Mackenna, así como un grupo que se autocalificaba de Alessandristas, constituido por algunos obreros y empleados de Lucchetti. Un estudiante venezolano, miembro del MAS de ese país, enseñó ejercicios de puntería a obreros con algunos palos, una vieja escopeta que alguien trajo, y paremos de contar.

Poco después de ese ensayo e intento golpista, se pidió a la dirección del Cordón, por parte del Secretario General del PS, un informe lo más completo posible de fuerzas, capacidades y potencial de lucha de los llamados organismos del Poder Popular. Ellas fueron estimadas en Santiago en unos 100.000 trabajadores en los Cordones que habían hecho el Servicio Militar, disciplinados en torno a sus sindicatos y organizados parcialmente en grupos dispuestos a tomar las armas. Además de un apoyo de 200.000 pobladores dispersos en diversas estructuras en las que se aglutinaba gente de poblaciones, seccionales y militantes de partidos y organizaciones sociales también dispuestas a resistir, de tener posibilidades de hacerlo.

Las estructuras en los Cordones de Santiago estaban débilmente conectadas entre sí y eran dirigidas y organizadas localmente por viejos obreros que habían sido miembros del Ejército. No estaban coordinadas globalmente en Santiago, al menos, ni vinculadas a estructuras militares o de seguridad de los partidos.

Esas estructuras incipientes y sin armamento se coordinaban por su proximidad geográfica y por una experiencia social en común, tal como conflictos sectoriales o su pertenencia a la misma rama productiva. En lugares como el Cordón Vicuña Mackenna, poseían una estructura interna de comunicaciones, creada por estudiantes provenientes de la Escuela de Ingeniería. Existía un mayor desarrollo organizativo pero una mayor lejanía de los aparatos partidarios. Había situaciones diversas, tales como las del Cordón Cerrillos, San Joaquín, Panamericana Norte o Sumar, en que las estructuras sindicales o políticas coordinaban a pequeños grupos y otras en las cuales no existía coordinación alguna fuera de la de algún partido o secta.

En el informe a Altamirano, en torno al mes de junio del 73, se recalcó la ausencia de armas y de nexos permanentes y articulados por parte de esas estructuras en los Cordones y de otras estructuras del Poder Popular, con los aparatos de seguridad de los Partidos Políticos de la Izquierda. Nada se hizo al respecto.

El General Carlos Prats al conocer esa información, le señaló a Altamirano que una fuerza de ese carácter, inorgánica, dispersa y sin potencial de fuego, era incapaz de enfrentar a un ejército de 150.000 hombres armados con equipos de alto poder destructivo, organizado jerárquica y militarmente en torno a un mando con experiencia y unívocamente dirigido a su objetivo de muerte, dado lo cual Prats le recomendó que había que sacar las conclusiones pertinentes.

Tampoco los aparatos militantes armados de los partidos de izquierda trabajaron sistemáticamente con las industrias de los Cordones, excepto en algunas pocas fábricas del Cordón San Joaquín, Yarur, Sumar y otras individualmente consideradas. Allí llegaron en un par de camionetas con armas livianas, el día del golpe, sin comunicación y logística, divididos y desconcertados, en un último intento de encontrar bases

de resistencia a un levantamiento conducido por un Ejército unificado, coordinado por la Armada y la operación UNITAS, y con apoyo de aviación y fuerzas de carabineros.

Hemos oído de otros grupos en la Panamericana Norte que creyeron posible obtener allí algún material o herramienta que les fuese útil para enfrentar el golpe, así como puntualmente de resistencia en más de un pequeño pueblo a lo largo de Chile.

El día del golpe, como expresión de toda esta historia, sólo llegaron al Cordón Vicuña Mackenna a compartir su suerte un puñado de detectives comprometidos con la democracia y su juramento de honor. También hubo un grupo de muchachos de la Escuela de Carabineros que trató heroicamente, luchando en la soledad de su compromiso con la patria, la nación y la república, de hacer contacto con una estructura de poder, ese día ya, impotente y en disolución.

Días de plomo. Los días del golpe[11]

Ya en su primer año el gobierno de Allende había eliminado el desempleo, mejorado los salarios reales de los trabajadores y las pensiones de los jubilados, había ampliado extraordinariamente la educación pública y gratuita, así como los consultorios de salud, y había construido viviendas populares y jardines infantiles. Lo había hecho en medio del bloqueo mojigato de los dos grandes tartufos del imperio norteamericano: Nixon y Kissinger.

Aún más, había nacionalizado la gran minería del cobre y por si fuera poco la Banca y las telecomunicaciones, así como había aplicado la Ley de Reforma Agraria, que había promulgado el gobierno anterior y que lo había dividido entre quienes buscaban ampliar mercados y quienes soñaban mantener el inquilinaje.

Con esas medidas ¿quién puede extrañarse de la virulencia de la vieja oligarquía, de la complicidad con el boicot y el golpe de la mentada burguesía nacional y de los aprestos y apoyos militares farisaicos del imperio norteamericano?

Además, lo había hecho en un marco de leyes, de la búsqueda permanente de un diálogo social para cambiar la situación de atraso y dependencia de Chile, enfrentando todos los obstáculos imaginables de la Corte Suprema, la Contraloría y el segmento mayoritario de la jerarquía eclesiástica. Enfrentando la violencia en ascenso de las brigadas paramilitares Carlos Matus y Patria y Libertad, así como de otros grupos fascistoides con las leyes, formalidades e instituciones de una República conservadora.

11–Este texto no aparece en la edición en PDF que sirvió de base para esta edición. Fue publicada en la versión impresa en la República Bolivariana de Venezuela el año 2013 por la Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. [N. del E.]

Ciertamente se apoyaba en las leyes progresistas dejadas por las luchas sociales y políticas que se habían producido después de la crisis de 1929, proclamadas por la República Socialista de 1932, que había tan sólo durado doce días.

Pero no se recordaron que, para enfrentar a la Guardia Republicana, organizada por la derecha en los años treinta, la izquierda se apoyó en las Brigadas Socialistas, en las que militó Allende cuando joven, consciente de la dificultad en las filas de los oficiales chilenos de reprimir y controlar a los jóvenes de las capas altas. El viejo Óscar Mendoza relataba incansablemente esa experiencia, pues le servía de parangón, la cual no se mencionaba en las descripciones históricas oficiales.

En 1973, incluso en forma insensata, oportunista o estúpida, la UP dio manos libres a la oficialidad del ejército con una mentada "Ley de control de armas", buscando establecer una confianza mutua con una fuerza armada vacilante y que se fascistizaba. Esa Ley fue desvergonzadamente utilizada para asesinar mapuches, campesinos y dirigentes obreros madereros en los días previos al golpe, así como para amedrentar a los Cordones, allanando fábricas en la mendaz y supuesta búsqueda de armas.

En el Cordón Vicuña Mackenna, amén de unos pocos revólveres –muchos inclusive viejos– no había nada más. Claro que para la derecha –que no dudo en afirmar que sabía de esta situación– lo más lógico era satanizar a los Cordones (tal como ocurre hoy en Venezuela con los círculos bolivarianos) para infundir miedo en la población en sus capas medias.

Una situación ilustrativa de esto es la siguiente anécdota que ocurrió en la empresa Loncoleche donde personalmente yo estaba participando. El 11 de septiembre de 1973, cuando ya el golpe estaba consumado y sólo estábamos en es-

pera que nos allanaran, sin una clara evaluación de su nivel de violencia un compañero, cuyo nombre no recuerdo, tenía un revólver. Desesperado preguntó: *–¿Y ahora qué hago con esto?* Le respondimos: *–¡Escóndelo dentro de la poceta!*

Éramos decenas de personas desarmadas, aglutinados en torno a nuestras fuentes de trabajo y a lo que el Cordón lograba informarnos. Lo cierto es que a estas alturas no sé dónde lo puso, pero los pacos que nos allanaron no lo encontraron nunca. Allí estará… Esa era la verdad: apenas teníamos un revólver.

Ese día frente al supermercado Loncoleche de Santiago en que yo trabajaba había una imprenta y el dueño o gerente de manera histérica, cobarde y asquerosa amenazaba y acusaba a las indefensas trabajadoras de cualquier cantidad de supuestos delitos con el fin de impulsar a los uniformados a apresarlas y llevarlas a los centros de tortura. Ese es un recuerdo repugnante que no puedo olvidar. Da vergüenza ajena. Era el preludio de lo que vendría. El golpe no sólo expresó los prejuicios y ambiciones de un puñado de matones y traidores indignos de su uniforme, por cierto, digitados por una potencia extranjera, expresó también el odio de clase y el resentimiento cobarde de aquellos que sintieron amenazados su anterior predominio y arbitrariedades.

Érase una vez un Cordón Industrial

Existía en el Cordón Vicuña Mackenna una empresa vitivinícola, Vinex, en la que hacía largo tiempo se habían venido enfrentando un grupo de la más rancia oligarquía chilena con los trabajadores y su sindicato. De resulta de esos conflictos, aun antes de la constitución del Cordón en la zona, el Gobierno de Allende había designado un interventor que pudiese mediar en el conflicto, que ya no se reducía al ámbito salarial, sino de gestión y administración. Para ello había designado a un miembro del entorno de la familia del Presidente, quien repetiría los errores de conducción de la anterior administración oligárquica ya desplazada.

Desde inicios de 1972 se desató en los empleados y obreros una inmensa preocupación como producto de constatar acciones de sabotaje industrial que realizaba la gerencia en contra de la propia industria y de la UP. Eso los condujo a buscar restablecer la normalidad en la producción y exigir normalizar el tráfico de mercancías y evitar así la quiebra de la empresa. Ante la sucesión de ineptos que, designados Interventores, la burocracia del Ministerio de Economía enviaba a hacerse cargo de la Gerencia de la empresa, los trabajadores decidieron tomar directamente en sus manos la conducción de sus asuntos. Lo anterior aparecía sencillo, pero había un sentimiento muy acentuado en la fábrica de que el conflicto no terminaba en sus puertas y que su resolución exigía no sólo un nuevo poder interno sino una nueva institucionalidad global.

Cuando en representación del Cordón llegamos un grupo de dirigentes a conocer del conflicto, incluyendo en esa delegación al "viejo Oscar Mendoza", el Consejo y Asamblea de trabajadores de Vinex exigió un documento que los oradores denominaban "decreto oficial del Cordón". Ese documento debía según sus palabras expresar el respeto y acatamiento

de la dirección del Cordón a la voluntad asamblearia y un compromiso con la resolución de sus problemas, así como ellos a su vez reconocían su pertenencia al Cordón y su acatamiento a las resoluciones allí acordadas.

Personalmente, me asombré de que ellos exigieran un documento que formalmente legalizara una situación de hecho, y creada por ellos mismos, ante lo cual el "viejo Mendoza" nos recomendó aceptar y redactar el documento solicitado, dado que, según sus palabras, el pueblo chileno tenía un embrutecimiento institucionalizante, escondido en su legalismo, que le exigía denominar "decretos" incluso a decisiones que eran abierta y transparentemente contrarias a cualquier normativa existente. Esto viene al caso, dado que los golpistas, para violar la ley y apoderarse del poder, no sólo utilizaron la fuerza, sino que hicieron aparecer sus brutales actos como resultado de decretos propios y decisiones formales que incluían acuerdos del Congreso y la Corte Suprema, dándole apariencia de legalidad y legitimidad a su violencia clasista.

Esa situación de negociación, expresión pública y exigencias formales, impregnadas de un deseo institucionalizador, al pedirse establecer por escrito las pautas de acuerdo entre la asamblea y la coordinación del Cordón se reprodujo de diversas maneras en otras industrias, indicando también que la masa trabajadora buscaba establecer un nuevo contrato social que la izquierda política no parecía desear establecer.

Así mismo existía en el Cordón un sinnúmero de empresas pequeñas, respecto a las cuales la política gubernamental era errática, confusa, y excesivamente lenta. La crisis de una fábrica textil de 30 trabajadores, que era propiedad de un simpático y singular personaje de origen árabe, fue resuelta con una intervención del Gobierno que desplazaba a un patrón respetuoso y querido por sus trabajadoras por un personaje externo y sin consultar a éstas, las cuales habían

iniciado un conflicto que tenía otros objetivos y no el de desplazar a ese patrón. En otra empresa de similar tamaño del rubro calzado, por el contrario, el Gobierno se negó a intervenir la Gerencia a pesar que las obreras denunciaban la existencia permanente de violaciones y agresiones físicas por parte del patrón a todo su personal femenino, al cual se veían obligadas a pagarle derecho de pernada.

Todas estas contradicciones generaban gran malestar en la masa obrera pues eran sus compañeras, sus hermanas y sus mujeres las que no eran respetadas en sus deseos de resolver graves problemas y no se apoyaban sus luchas concretas por parte de la burocracia del Estado.

Los Ministerios de Gobierno deseaban dar respuestas simples a una situación social que se hacía cada vez más compleja… en tanto la caldera social hervía.

Prejuicios y visiones sobre el Poder Popular

Poder Popular, durante esa época, fue un concepto con muchas interpretaciones.

Para ciertos grupos constituía simplemente un proyecto de nueva estructura de gobierno alternativo, para otros de mejoramiento de la representación social en las instancias del poder existente. Para algunos era una modificación sustantiva de las estructuras de relación y representación mismas, a veces orientada a esquemas negociables o a verdades consideradas como definitivas. Para muchos eran sólo el mecanismo de un proceso para establecer un diálogo más profundo, amplio, diverso, justo y generoso de grupos sociales y partidos favorables al cambio.

Había unos pocos que reducían el ámbito del poder popular a su propia secta y hablaban en las reuniones y asambleas de “poder revolucionario” y de “cordones rojos”. Viejos cuadros releían y repetían, como sacadas de libros sagrados, las apreciaciones de Lenin al respecto, dado que toda referencia a otros pensadores tales como Trotski, Radek, Zinoviev, Korsch o Pannekoek eran descalificadas, sin permitirse análisis alguno. Desde luego, esa censura interna no era total y se multiplicaban las reediciones de obras de Trotski, Plejanov y también de Darwin. La censura en el seno del propio movimiento popular se inscribía en el aislamiento que se había impuesto desde el PC a los Pablo de Rokha y Huidobro en décadas anteriores y que impedía a muchos advertir que con la invasión a Checoeslovaquia el régimen ruso había cavado su definitivo aislamiento. Algunos dirigentes como Arnoldo Camu, Alejandro Chelén Rojas, Belarmino Elgueta, Bautista van Schouwen, Hugo Blanco, Luis Vitale o Lidia Baltra, intentaban valientemente abrir espacios, pero eran golondrinas que no hacían verano.

Había también una memoria histórica universal y residual que era recogida, dada por algunos republicanos españoles, alemanes de los consejos obreros de Múnich e intelectuales diversos llegados como inmigrantes. Poco a poco se habían instalado en bares y pequeños negocios de Gran Avenida o cerca del cerro Santa Lucía y estaban dispuestos a relatar de nuevo su participación en la Batalla del Ebro o los combates de Líster, el Campesino. Desde medios universitarios se hacía llegar a los círculos más intelectualizados, artículos de la izquierda francesa e italiana más diversa y se leía el "Punto Final" con interés. Los años previos al proceso de la Unidad Popular habían permitido conocer muchos grupos e intelectuales que llegaban exiliados desde países de América Latina y apreciar su experiencia y enfoque de resolución de los problemas sociales. A veces se discutía entre los cuadros de la consistencia o disparidad de enfoques como los de Gunder Frank o Theotônio dos Santos, en los casinos de la Escuela de Ingeniería o Economía, pero también en Elecmetal o Cristalerías Chile. No había ortodoxia sino deseos de conocimiento y comprensión.

La mayoría de los trabajadores sólo pretendía pensar, opinar y participar en las situaciones reales con autonomía y confianza, imaginando que se podían instituir formas de relacionamiento más justas y trasparentes, definidas por su capacidad autocreativa y generosa. No era el resentimiento lo que los movía como conjunto, sino su experiencia secular y el deseo de participación real y efectiva en las decisiones sobre su entorno más directo y sobre el país.

¿Era eso alcanzable cuando el odio social, la *hybris* como denominaban los griegos a aquello que está en la violencia de la estructura de reproducción misma, se enseñoreaba de los grupos que veían debilitada su hegemonía social? Ese fue un tema de debate en la reflexión de los Cordones y en su búsqueda de alianzas. Fue parte de su contradicción con la política, en minúsculas y las formas partidarias. Tal vez pudiesen serlo, de nuevo, algún día.

¿Qué existió en Cordones y Consejos?

La posibilidad de hacerse cargo del país, por parte de aquella fuerza y estructura denominada "Poder Popular", controlando el poder y transformando la vida cotidiana, pasaba por la ampliación de sus alianzas sociales y la consolidación global de una nueva hegemonía. Los Cordones Industriales fueron una parte central del denominado Poder Popular junto a los Consejos Campesinos, Juntas de Abastecimientos y Precios, así como otros organismos de pobladores, pero nunca llegó a establecerse una Coordinación o articulación entre ellos excepto en torno a Ferias locales y a programas de abastecimiento. Nunca fueron un poder nacional o institucional, a pesar de que la prensa de derecha así los mentaba y más de alguno lo creía[12].

El programa de la UP podía leerse en clave de poder popular pero también podía hacerse en clave de dictadura partidista. Allende jamás aceptó esa última alternativa y ello lo transformó en la piedra de toque de la relación masa-partido que vivía toda la izquierda en la época.

Amplios segmentos obreros, campesinos y pobres de la ciudad, habían encontrado eco a sus demandas de participación a partir del período de Gobierno de los Partidos Conservador y Liberal de Jorge Alessandri (1958-1964), en el acercamiento de las fuerzas del FRAP con el Partido Radical y sectores del cristianismo popular y de izquierda y otros sectores sociales de capas medias.

12–Para complementar esta idea presentada por el autor recomendamos los balances redactados por militantes proletarios que participaron en la experiencia de los Cordones Industriales publicados en la revista "Correo Proletario" que alcanzó a editar 4 números –el primero, días antes del Golpe, los otros tres en el exilio–. Omnia Sunt Communia Ediciones compilará en un libro durante este año todos los textos producidos por este grupo. También recomendamos la lectura del análisis crítico del proceso de la UP publicado por primera vez en 1973: Prieto, Helios (2014) *Chile: Los gorilas estaban entre nosotros*. Santiago: Editorial Viejo Topo. [N. del E.]

La Iglesia oficial y sus obispos habían contribuido en los 60, con su apoyo a la Democracia Cristiana, a desplazar al segmento conservador del eje del grupo hegemónico en la sociedad chilena. La hegemonía se articulaba, coherentemente con el esfuerzo liderado por el Presidente John Kennedy, en torno a sectores empresariales modernizadores que pugnaban por ampliar el mercado interno, transformando la propiedad feudalizada de la tierra en tierras de fácil acceso al capital y en libres consumidores a las masas campesinas. ¿Cómo mantener esa hegemonía y economía en proceso de globalización junto o paralelo a la búsqueda de un proyecto nacional y de contenido social exigido por parte de un sector mayoritario de la población? ¿Cómo mantener la idea de república, nación y soberanía, y con ello de verdadera democracia, en un momento en que el propio empresariado chileno se hacía dúctil a las necesidades de un socio imperial? ¿Cómo unir aliados sociales del sistema y dispersar fuerzas sociales potencialmente irruptoras?

En torno a los 60, por un tiempo pareció posible a un segmento de esa hegemonía social llevar a la Presidencia a Frei Montalva y al mismo tiempo, detener ese proceso de acercamiento social de proletarios de la ciudad y el campo que se generaba desde la base, pero la ampliación de coincidencias y la búsqueda de mecanismos de encuentro por parte de un amplio espectro de fuerzas sociales populares, continuó. Ello se hizo visible con la evolución ideológica y política de los sectores democristianos aglutinados en torno a Radomiro Tomic, al gran patriarca Rafael Agustín Gumucio, al "hermano" Bernardo Leighton y de la juventud de ese partido y con el reencuentro de amplios sectores del Partido Radical con el allendismo.

Ese acercamiento histórico que el FRAP preanunciaba y que cristalizara en la UP, no se trataba de un encuentro o reunión en un espacio definido ni definitivo de la izquierda política histórica, sino que era expresión de una nueva con-

vergencia social, que abarcaba sectores de pueblo y capas medias que Allende encarnaba sin dobleces o medias tintas.

Un estudio del período no constata sin embargo que en su interior los partidos políticos se abrieran a la participación democrática de sus propias bases en sus decisiones. Aunque, cabe decirlo, en el PS algunos de sus dirigentes tales como Altamirano, los hermanos Palestro, Exequiel Ponce, en el PR Anselmo Sule, el Pibe Palma, Orlando Cantuarias y otros, y en la DC el grupo que dará origen a la Izquierda Cristiana, la auparon. Los Partidos preferían la presencia de sus bases como fuerza electoral que delegaba en sus dirigentes la capacidad total de negociar y representar sus intereses. Buscaban apoyo de calle disperso y electoral, antes que ciudadanos sentados en las mesas de negociación o decisión.

El gobierno de Allende y el Poder Popular

El Poder Popular, como fenómeno específico de articulación social influido u orientado por el accionar de los trabajadores industriales, conoció su cénit en las Jornadas de octubre de 1972, cuando se hizo cargo de la producción, la distribución y, en ciertos días iniciales del paro, del propio funcionamiento político e institucional.

Un aspecto importante a la reflexión es que jamás un Cordón planteó el control financiero del país, tal vez porque inicialmente esa fue un área de acción muy vigorosa por parte del gobierno UP, aunque en los intentos y proyectos de mercadeo y distribución en y desde los Cordones se conversara permanentemente del problema del dinero y su circulación.

En la estructura bancaria el gobierno de la UP intervino con relativa rapidez y buen resultado inicial, pues era un sector donde contaba con un fuerte, educado y consolidado sindicato nacional.

Cordones Industriales, Consejos Campesinos y en menor medida los organismos llamados Consejos Comunales, Juntas de Abastecimiento y Precios, así como otros grupos de articulación social o comunitaria, tuvieron en sus manos en octubre de 1972 la maquinaria productiva y de intercambios básicos del país y la hicieron funcionar, entregándosela inmediatamente después a las instituciones formales, políticas y jurídicas de la época. No pretendían hacer Gobierno, sino apoyarlo porque se sentían representados por Allende a pesar de sus contradicciones con los Partidos y con el propio Presidente.

Los organismos del llamado “Poder Popular” nunca se articularon realmente en un solo organismo y dirección, ni tampoco asumieron una postura autónoma, crítica u opuesta a

la dirección política del proceso, por impotente que ésta se mostrara. Hicieron llamados de advertencia respecto de una evolución que criticaban, pero que parecía a sus ojos casi ineluctable. Nunca encontraron un modo de ser escuchados. Incluso en la antesala del famoso discurso de Carlos Altamirano, al que algunos impostores atribuyen el golpe mismo, hicieron llegar a éste sus recomendaciones de un repliegue ordenado y bajo cuatro o cinco elementos de reorganización social. Altamirano prefirió huir hacia adelante.

Al igual que en el espectro de la derecha, donde los taxistas, microbuseros, camioneros, pequeños comerciantes u otros gremios controlados por el fascismo desataban iniciativas, en ocasiones los organismos de articulación social del mundo del trabajo y de la población más pobre sobrepasaban las instrucciones y directrices de los Partidos de izquierda, pero sólo lo hacían buscando estimular una respuesta decisiva por parte de estos. La carta entregada a Allende a inicios de septiembre por la Coordinadora de Cordones Industriales es una reflexión que habla por sí misma.

Los Partidos políticos vis a vis **el Poder Popular**

La relación de los Partidos de Izquierda tradicionales (PC y PS) y los no tradicionales (incluidos el MIR, los pro–chinos de Causa ML y grupos trotskistas) con respecto a los diferentes organismos del Poder Popular fue, para decir lo menos, contradictoria. En general, esas relaciones eran mejores en el ámbito de los organismos de pobladores y de la distribución, tales como las Juntas de Abastecimientos y Precios y Comandos Comunales de Distribución, pero eran particularmente difíciles en los Consejos Campesinos y los Cordones Industriales. Tal vez las afirmaciones anteriores no sean suficientemente precisas y sea necesario expresar directamente que la expresión de esta relación contradictoria por parte de los partidos de izquierda fue desconfiada, manipuladora y hasta divisionista.

La totalidad de los partidos y movimientos políticos de izquierda no disponía de experiencia, reflexión, ni criterio para alumbrar formas de organización que nacían bajo otro universo mental. Habían, habido formas de organización semi espontáneas de la población a lo largo de la Historia de Chile, particularmente en los años 20 y 30, pero nunca tan generalizadas y a todo lo largo del país.

Habían incluso existido dirigentes como Jaime Pedreros –el cuasi eterno funcionario del aparato sindical del PS y autor del libro *La sublevación de la Armada* que relata los sucesos de 1931– dedicados a mantener en la memoria de los militantes de ese partido las experiencias de la insurrección de la marinería, que tuvo fuertes visos y esperanzas utópicas de revolución, participación y socialismo. Jornadas que son antecedentes en la base social chilena de la fundación, un par de años después, del Partido Socialista Chileno.

Particularmente el PC, aunque no parezca conveniente *a posteriori* recordarlo porque puede parecer una disminu-

ción de su larga epopeya de luchas y sacrificios, tenía una acentuada desconfianza por todo aquello que no fuese programado, administrado y dirigido desde las cúpulas partidarias. También eso se expresó en el PS y también en el MIR, supuesto resultado de su inclinación leninista, y en bastante menor medida en otros Partidos de la izquierda tal vez menos amenazados en sus deseos de hegemonía política y liderazgo.

No es que hubiera siempre contradicción, contraposición y conflicto entre los Partidos y los organismos sociales de base, pero existían muchos desacuerdos sobre áreas importantes de interpretación del programa ofrecido a la población que no encontraban resolución. Ello no debe confundirse con acciones voluntaristas que frecuentemente se impulsaban por algunos grupos de ultraizquierda.

La militancia como actividad en y a través de los Partidos, estaba cruzada por estas contradicciones y una orden del alto mando partidario era al interior de los organismos de base, en muchas ocasiones, no siempre un elemento de unión, vínculo o acercamiento, sino todo lo contrario. No obstante, también en muchos de aquellos incipientes organismos del Poder Popular ese agrupamiento por ideologías fue superado por la participación multitudinaria, democrática y directa a la que eran arrastrados los que participaban en los Cordones Industriales.

Entre los grupos activos en las asambleas de trabajadores de la industria Lucchetti del Cordón Vicuña Mackenna, había militantes y electores del Partido Demócrata Cristiano, antiguos Agrario–laboristas o liberales. Ese último grupo era parte, de la vieja derecha política –al menos ellos consideraban esa definición como parte importante de su forma de ser y su participación aportaba temas y soluciones que enriquecían las que surgían de los partidos de izquierda. No constituían problema alguno, eran simplemente otro sector de trabajadores.

Ellos no eran el único grupo ubicado más allá de los Partidos de la UP; también había núcleos evangélicos, trotskistas, pekinistas o simplemente de liderazgos e ideologías no clasificables. Todos ellos marchaban al unísono con la resolución de su Asamblea o Consejo, pues participaban en la decisión, eran escuchados y su aporte era recogido o absorbido en las resoluciones que cada asamblea de trabajadores tomaba. Indudablemente para los propios militantes esa situación era nueva y casi incomprensible para muchos funcionarios intermedios de la CUT o dirigentes de aparatos, sentimiento que se acentuaba en los dirigentes PC.

El protagonismo de base existente en los órganos del Poder Popular también encontraba la desconfianza de muchos dirigentes de los restantes partidos de izquierda presentes en esas reuniones, las que se hacían a nivel de fábrica o agrupándose algunas empresas movilizadas, ya sea por su cercanía o articulación productiva. Sin embargo, en todos los casos tendía a triunfar la solidaridad de clase.

Algunos altos dirigentes en las agrupaciones de la Unidad Popular miraron este fenómeno –surgido vigorosa y espontáneamente desde la base del movimiento obrero, campesino y poblacional– con simpatía, pero no parecían conseguir comunicarlo en las altas esferas de la decisión política. Tal como en la película *Eric el Vikingo*, de Monty Python, eran dos universos mentales diferentes, referidos a una y la misma realidad.

Tampoco los criterios y visiones que se construían en los Cordones eran recogidos o articulados en los grupos denominados de extrema Izquierda, incluido el MIR, arrastrados por la pasión ideológica y sectaria del período. Se veía al Poder Popular como un caballo de batalla y a sus integrantes como soldados pasivos de quienes fueran o pudiesen ser direcciones partidistas, de sus estrategias y sus ideas, así como elementos caóticos, atrasados e incapaces de accionar en forma organizada.

Esa visión se intensificaba en los aparatos militares de dichos partidos, dado que su práctica disciplinada, semisecreta y voluntarista chocaba con el proceso natural de dialogar, negociar y accionar a través de decisiones colectivas, de consenso o mayoritarias, tal como eran en general los usos y métodos de Cordones Industriales, Consejos Campesinos y otros mecanismos de articulación que la población construía en torno a problemas, con dirigentes sociales y políticos locales o de esa área.

Los organismos del Poder Popular apoyaban el proceso liderado por Allende, a quien consideraban el líder máximo de la Unidad Popular y de la población que buscaba consolidar cambios en beneficio del mundo del trabajo, de los pobres y de los más débiles socialmente, pero progresivamente desde 1972 crecía su malestar y desconfianza ante una dirección política que veían como claudicante, débil y sin perspectiva.

Hubo momentos en que activistas pertenecientes a los incipientes aparatos militares partidistas intentaron amedrentar a dirigentes sociales y del Poder Popular –que en un momento pasaron a ser lo mismo–, en vez de dialogar con ellos o intentar, si existían discrepancias, aislarlos en el seno de la población usando argumentos políticos y no la represión física. No obstante, la militancia se acercaba a esos organismos, pues le atraía la confrontación abierta de ideas, así como la del actuar colectivo, dado que veían potencialidades en ello para realizar tareas y visiones. Esto sucedía incluso en contra de la voluntad de la dirigencia partidista, como fue el caso de muchos militantes PC que intentaban convencer a su dirección de la conveniencia y necesidad de participar en esa forma abierta, convocante y participativa que surgía por todas partes en el mundo del trabajo y en las poblaciones.

Ya para 1972 el enfoque leninista se mostraba impotente para canalizar el fenómeno de articulación popular y a muchos cuadros tradicionales de la izquierda les parecía necesario escuchar y participar en los espacios de autonomía, auto-organización y democracia de base que surgían con o sin la presencia de militantes. Y su presencia, así como la de trabajadores de otras ideologías, nunca era cuestionada en los Consejos o Asambleas a pesar de que algunos postulaban que esos organismos debían tener un compromiso político más definido que el de su carácter social mismo.

¿Espontaneidad o Estrategia?

La Unidad Popular no poseía, y tal vez no estaba en condiciones de elaborar, un análisis certero de fuerzas en el plano internacional. No se trata sólo de los obvios compromisos históricos del PC con la burocracia soviética ni la absurda ilusión del PS de su capacidad de limar asperezas y unificar criterios de gigantescas fuerzas a nivel mundial, tales como los PC de Rusia y China, en una alternativa centrista. Se trataba de la dificultad de comprensión del significado, e incapacidad para sacar consecuencias del hecho que la URSS, máxima potencia alternativa al imperio americano, aceptara que nuestro país era parte intocable del patio trasero de EE.UU.

En segundo lugar, la alianza de sectores trabajadores, sectores populares y pobres de la ciudad y el campo, con las capas medias, había dejado de funcionar desde mediados de 1972. Recuérdese que los gremios de dueños de camiones y pequeños comerciantes, dirigidos por León Vilarín y Rafael Cumsille respectivamente, llegaron a arrastrar a importantes sectores medios e incluso de trabajadores privilegiados, como los del cobre, presionando a los propios partidos de derecha a la búsqueda de un golpe.

La huelga de camioneros de 1972, aunque programada según el *Manual de Golpes de Estado* de la CIA y apoyada por el gran empresariado y sus adláteres, fue detonante de un paro insurreccional surgido de capas medias y orientado a una solución fascista y no simplemente conservadora, que finalmente logró materializarse con el golpe liderado por Pinochet al año siguiente. Su posterior desarrollo dependería de las presiones, en el alto mando dictatorial, de diversos grupos tecnocráticos y de presión en que triunfaría, como hoy sabemos, el gran empresariado.

La respuesta de los Cordones, en los que se agrupaba la clase obrera industrial movilizada, y de los Consejos Campesinos del entorno urbano, al paro de octubre de 1972, en el sentido de mantener en marcha la estructura de producción, junto a los esfuerzos de la población en las áreas populares por mantener los circuitos de distribución funcionando, no fue suficiente para recomponer o crear institucionalidad, aunque los Cordones más fuertes, tales como el Cerrillos y el de Vicuña Mackenna lo intentaron. Mercados Populares, acuerdos de intercambio industrial y de poblaciones y comedores de fábrica con capas y agrupaciones campesinas periurbanas, circuitos de movilización de mercaderías y transporte de emergencia no se prolongaron con posterioridad al fracaso de la huelga patronal por falta de apoyo hacia los organismos de base por parte de partidos e instituciones gubernamentales.

La más gigantesca y vigorosa manifestación de militantes y pueblo en general que tal vez conozca la historia de Chile en mayúsculas se dio en esos días, sin conseguir respuestas de la dirigencia partidaria, abismada por este nuevo fenómeno de la gente organizándose en la calle.

Carentes de articulación que pudieran haber dado organismos de Poder Popular y los Partidos de izquierda, fenómenos multitudinarios de masas como los que se produjeron en el Cordón Cerrillos, las grandes concentraciones ante los Tribunales de Justicia en el centro de Santiago o la toma de Vicuña Mackenna por el Cordón de sindicatos de ese sector, sólo concluyeron en la segmentación de grupos sociales comunales y partidos.

Sin institucionalidad alternativa no existía capacidad de manejar la situación, excepto a través de las negociaciones que intentaba realizar Allende, dado que el Congreso y los Partidos no encontraban un terreno en el que definir acuerdos, ni fuerzas sociales disciplinadas. Al revés, los dirigentes más

inmediatos de éstas aparecían como cada vez más díscolos a medida que la crisis social, el desabastecimiento producido por el sabotaje de los empresarios y la crisis política, señalaban que existían problemas y discrepancias de fondo respecto a cómo y quiénes debían pagar la modernización de la estructura económica.

Allende pensó que podía conseguir, al menos, un compromiso con la democracia por parte de la DC y la mayoría de sus dirigentes máximos. La historia demostró, más allá de cualquier comentario, que eso no fue posible. Afirmación que es válida, más allá del respeto que se merece el puñado de dirigentes de ese partido -recordemos a Leighton, Sanhueza, Castillo, Huepe o Velazco y muchos otros- que rechazaron el golpe militar y la dictadura desde una posición de demócratas y de cristianos.

Doloroso seguramente fue constatar, para aquellos que pensaban heredar el golpe, tal como Patricio Aylwin, que los coletazos de la crueldad y la violencia llegarían a tocar las puertas de ese partido, como lo mostró posteriormente la muerte de Eduardo Frei Montalva. También constituyó sorpresa la intensidad de su violencia, a aquellos que encerrados en la discusión de argumentos parlamentarios no estaban habituados a recibir en sus cabezas los golpes, agresiones y provocaciones de Patria y Libertad o de los incipientes grupos de protección a sus intereses que ciertos industriales poseían, tal como lo hicieron en los Laboratorios GEKA o la ola de allanamientos y finalmente torturas posibilitadas por los irresponsables parlamentarios que amarraron las manos de Allende aprobando la famosa "Ley de Armas".

Recuerdo un Pleno Sindical, realizado en el local del Comité Central del Partido Socialista, en que dirigentes como Tito Venado y el viejo Óscar Mendoza, exigieron a los representantes del Comité Central allí presentes, entre ellos Ariel

Ulloa y Rolando Calderón, votar en contra de esa propuesta, pues era un cuchillo en el cuello del movimiento popular.

Sordo a toda recomendación y advertencia, fue el cretinismo parlamentario de izquierdas quien abrió cauce, con esa Ley, al amedrentamiento, dislocación y represión de la izquierda y en especial de los obreros industriales, por parte de un Ejército que, en medio de una crisis social evidente, se aglutinaba progresivamente en torno a un remedo de tradición, patria y orden, que no respetaría compromisos con la constitución, la democracia, ni con su propio pueblo.

La pérdida de la inocencia

Cuando se mira en abstracto, un compromiso institucional de defensa de la democracia, de un amplio arco social popular y de capas medias, por medio del simple accionar político parece posible, dado que Allende lo logró con un importante sector del Partido Radical y el segmento de capas medias que estaba en torno suyo. Allí jugó un papel el origen laico, masón y parlamentario de Allende, sus llamados a la racionalidad política, su respeto a la voluntad de las mayorías y al acuerdo dentro de las instituciones. La tradición chilena era leída para confirmar esa posibilidad, saltándose sus momentos oscuros, y muchos sectores y pensadores de izquierdas en todo el mundo lo creían o deseaban; ¿si no es posible una vía institucional para una transformación real, en un país como Chile, entonces ¿dónde? Sin embargo, no es tan evidente que ese compromiso democrático y de transformación por la vía institucional se pudiera haber logrado con la DC ya en el 72, a pesar de la presencia en ella de algunos líderes de claro compromiso con la democracia. En ella convivían dos almas, al igual que en la Iglesia Católica chilena, una progresista y otra conservadora, y era esta última la que venía fortaleciéndose a nivel de las instituciones en que se atrincheraba la reacción.

Eduardo Frei Montalva, igual que otros de sus compañeros, había vivido fuertemente influido por su origen en la juventud conservadora de los años 30, en que después de un breve deslumbramiento con el fascismo había derivado hacia las posiciones y exigencias del *aggiornamento* predicado por la Iglesia católica oficial. Frei Montalva encarnó en la DC el rechazo a un acercamiento con Allende y la izquierda, en la perspectiva propia de evitar el debilitamiento de la hegemonía social existente y administrar la crisis de nación y de república que su propio partido (DC) había hecho evidente en el país al ayudar a quebrar el dominio oligárquico en el mundo rural, proceso que él había tratado ya de modular y moderar con su "Revolución en Libertad".

La Reforma Agraria, que soplaba como un huracán sobre toda América Latina desde que la Revolución Cubana la hiciera patente como potencial de acción popular, anticipaba la búsqueda de alianzas de fuerzas desde el centro del sistema capitalista hacia la periferia, intentos de apoyo por parte de EE.UU. a las capas modernas en nuestros países y sus expresiones políticas, y su conciencia de la necesidad de generar nuevas fuentes de acumulación e intensificación del trabajo, de productividad y de esa nueva relación sistémica que hoy se denomina “competitividad”.

De salidas de ese reordenamiento nada volvería a ser lo mismo, pues un proyecto nacional para finales del siglo exigía particularmente de una base de crecimiento económico endógeno, en palabras más precisas, de la ampliación de la acumulación y realización de la economía interior, como gustan denominarla en Europa. Un crecimiento sobre la base de exportar productos primarios es, en nuestros países, condenarse a vivir bajo control policial por la crisis social recurrente. Democracia, nación, república, y otras relaciones no se sostienen sobre ideas sino sobre materialidades, fuerzas y posibilidades reales de un país. El resto es escenario, decoración, falsas y medias palabras.

El Frente Popular del PR, PS y PC, treinta años antes, había expandido la democracia y el mundo de los derechos, posibilidades de organización y consumo de los sectores proletarios urbanos, sobre una industrialización y ampliación del mercado urbano interno, a costa de dejar intocado el control de los sectores tradicionales del agro sobre el campesinado. La izquierda había proclamado sus deseos de acercamiento y unidad obrero campesina, pero el marco que había aceptado había hecho inviable esa alianza por varias décadas.

Uno de los actos más audaces de la Iglesia oficial en Chile fue en los 60, con la entrega de algunas posesiones rurales heredadas por esa institución, por parte del Cardenal Silva Henríquez, a los campesinos que trabajaban en ellas. Ello recogía la dirección de los vientos de transformación social

y abría las puertas a una apertura de la Iglesia en América Latina (Medellín), la "opción por los pobres" de la Teología de la Liberación, que sería contenida posteriormente con una ola de renovado integrismo y conservadurismo. Sin embargo, esa iniciativa abrió un camino que la vieja oligarquía gustaba de recordarle al clero, reclamándole esa paternidad e imaginándose que la inevitable crisis había surgido sólo de su iniciativa.

Con el gobierno de Frei Montalva, a partir de 1964, se habían roto los mecanismos de control que permitían la supervivencia de la oligarquía rural, al perder ésta el control del peaje que cobraba a la sociedad en su conjunto. Proceso de transformación del campesinado y del incipiente proletariado rural, consolidado definitivamente al llegar la UP al Gobierno. Chile ya nunca podría volver a ser el mismo en el campo, como le recordaban las fuerzas conservadoras en torno a Pinochet, a la Democracia Cristiana durante la tiranía militar, repitiendo el reclamo oligárquico en el terreno político.

Ese fluir de fuerzas reales, que eran expresión de contradicciones más profundas e incontenibles, obligó a la juventud demócrata cristiana, dirigida en el segundo lustro de los 60 por los chascones de Rodrigo Ambrosio, a radicalizarse e ir a constituir las varias corrientes cristianas y neo marxistas–cristianas que llegaron a ser parte del proyecto UP. Desafortunadamente, cuando transitaban ese camino no podían traerse consigo al sector popular socialcristiano y de capas medias moviéndolas sólo con razones ideológicas. Para comprometerlas con el allendismo se hubiese requerido de una propuesta social y nacional que las comprometiera y arrastrara aún más explícitamente. Y ese sector, junto al que aglutinaban los segmentos de la derecha del Partido Radical, desde Alberto Baltra a Julio Durán, fue el grueso de la base social movilizada para hacer fuerza de calle en favor de un golpe fascista.

¿Por dónde iniciar una autocrítica?

En los años 70, la izquierda chilena carecía de una evaluación realista de las fuerzas que se movían, contraponían y luchaban entre sí, a nivel internacional. Su visión estaba poblada de buenos deseos, subestimación del enemigo imperial y sus yanaconas locales en nuestro continente; incomprensión de la estructura de necesidades y fuerzas económicas profundas, sobreestimación de los apoyos y coincidencias que se podían conseguir en el plano internacional y subordinación a las políticas e imágenes que de allí se recibían. Esos problemas se daban en distinta magnitud en cada Partido o Fuerza política de izquierda, pero se daban en todos ellos.

No es injusto decir, fuera de toda caricatura, que la dirección del PC tenía una evaluación de fuerzas muy sesgada en el plano internacional, aunque su análisis respecto a la estructura socioeconómica interna fuese, también hay que decirlo, de los más finos. Al interior de la coalición los grupos pequeños tales como la Izquierda Cristiana, eran estructuras que conservaban mayores espacios de independencia de juicio y visión crítica. Pero, en definitiva, todos los Partidos de la coalición de izquierda, incluido el MIR, tenían una visión excesivamente pobre y mitológica de lo que realmente pasaba más allá de nuestras fronteras y en las estructuras de acumulación del capital, y su implicancia en la lucha que se estaba desarrollando localmente en Chile.

A quienes dudaban del apoyo, por parte de los denominados países y partidos "hermanos", se les execraba y tildaba de no internacionalistas. Ese apoyo supuesto era proclamado incondicional, permanente y vigoroso, hacia nuestro proceso por parte de los epígonos de la URSS y sus países satélites, de quienes se postulaba en esa época que eran los rectores del esfuerzo revolucionario mundial y se tildaba de trotskistas, ultristas o anticomunistas a quienes manifestaran dudas.

Paralelamente se hacía en la propia izquierda, por los sectores discrepantes, una política de pasillos para mejorar las relaciones y eventual apoyo de países como Corea, Cuba o donde campeara el nacionalismo árabe, y paralelamente se ignoraba a la Socialdemocracia y sus grupos internos en conflicto, excepto a su ala nórdica, así como a los partidos progresistas, socialistas y/o socialdemócrata–liberales del continente.

Igual situación se reproducía en el mundo sindical, en donde las centrales dominadas por la AFCL–CIO, la CMT o la ORIT, la primera bajo control del laborismo yanqui y la segunda influida por grupos como el peronismo y la iglesia católica, eran ignoradas, manteniéndose una relación unilateral con el Congreso Permanente de Unidad Sindical de los Trabajadores de América Latina, digitado por la burocracia soviética (CPUSTAL).

Un segundo y grave defecto fue no entender la necesidad de compromisos entre los sectores populares y de capas medias. No se discutía, excepto formalmente al respecto, y en ello la dirección del PS, bajo una conducción neutralizada por sus propias contradicciones, hacía de "Savonarola" (monje italiano de finales del medioevo siempre dispuesto a quemar herejes internos y externos).

No se conocía la forma, niveles y contenidos de una posibilidad de acuerdo social. Ello, a pesar de la existencia del Programa de Gobierno que se había elaborado para la campaña electoral de la Unidad Popular que lo planteaba y de un líder, Salvador Allende, que lo reiteraba a las direcciones políticas y a las masas cuantas veces podía.

Se aceptaban las alianzas políticas con sectores diferentes a la derecha, pero se las reducía al humanismo laico del Partido Radical y el Humanismo cristiano de la IC y los MAPU, a los cuales Allende llamaba reiteradamente a conservar su

influencia política y trabajo orgánico en el seno de los sectores cristianos. ¡Cuánto se criticó a Allende por dialogar con empresarios o aceptar a algún senador o diputado de derecha, tal como el Goyo Amunátegui, en la concertación electoral que lo llevara a la Presidencia por medios electorales! Incluso se lo criticó despiadadamente cuando dialogaba con sectores más allá de la izquierda parlamentaria.

Por parte de la UP, toda búsqueda de alianza se reducía a buscar acuerdos de superestructura política o sindical, incluso en iniciativas como el Congreso de la CUT. La vinculación casi nunca era concebida en el plano social, excepto en el período inicial de auge económico de 1971, en la tradición de ciertos gremios como los de la Salud y Profesores, y en ciertos períodos en los organismos del Poder Popular (Cordones, Consejos y otros) que se proyectaban más allá de su ámbito particular de forma natural y con las inevitables contradicciones, acuerdos y retrocesos de rigor.

Podrían recordarse, respecto al denominado Poder Popular, innumerables reuniones para dialogar y negociar entre organismos controlados por comerciantes y aquellos en que predominaba la presencia obrera o sindical. Otras, gestadas por técnicos de Gobierno de distintas áreas, preocupados de abrir espacios de diálogo y organización social. Tal como lo planteaban las 7 tesis expuestas por Juan Carlos Mariátegui "el Amauta" peruano, en los organismos de Poder Popular se buscaba en forma natural establecer alianzas sociales y privilegiar la presencia proletaria en ellas. Cuánto podría haberse hecho de existir una comprensión, acción y propuesta por parte de la izquierda política. Durante todo el año 1972, se buscó en algunos Cordones y en muchos Consejos Campesinos, crear ámbitos e instituciones con participación de pequeños comerciantes y artesanos, que permitieran un mayor y mejor intercambio y fortalecieran un nuevo metabolismo social. Tuvieron una vida de pocos meses.

El tercer rasgo fundamental que pesó en la derrota de la Izquierda fue su sectarismo. La soberbia surgida en cada Parti-

do de creer haber encontrado una verdad definitiva sobre la cual reordenar el mundo, no fue reprimida. Cada organización miraba a sus aliados como compañeros de corto plazo, "camaradas de ruta", niños sin comprensión de las visiones estructurales profundas que eran de por sí, evidentes a la militancia.

La Unidad Popular sólo fue una verdadera coalición durante la campaña electoral y el primer año de gobierno. Ya en 1972 cada partido hacía oídos sordos de los argumentos de sus aliados e incluso a los de sus propias bases, las cuales a sus ojos estaban siendo captadas por ideologías debilitantes. No se aceptaba la integración de nuevos grupos políticos, tales como el MIR, prácticamente en ningún plano, atacándolos y buscando su aislamiento, y estos respondían con un desprecio por las visiones del sector opuesto de similar calibre e igual sectarismo.

Los griegos tienen un conocido aforismo: los dioses ciegan a quienes ellos quieren perder. Con lo que querían decir que hay ciertos períodos históricos en que pareciera que fuerzas supra históricas enceguecen a los hombres, y que éstos parecieran estar predestinados a un ineluctable fin. Las causas de ese sectarismo y nuestra debilidad de comprensión de las fuerzas y procesos reales deberían ser motivo de reflexión y estudio por parte de los que busquen renovar el mensaje generoso que nos dejó esa época.

Sabemos de dirigentes políticos que días después del golpe se sorprendieron de ser detenidos por la dictadura cuando fueron a retirar sus sueldos. Recuerdo que al encontrarme con Gonzalo Martner (padre) Ministro de Planificación donde yo trabajaba, casi ante el avión en el Aeropuerto Cerrillos que nos llevaba exiliados a Venezuela en octubre de 1973, me dijo junto a abrazarme cariñosamente como era su talante: *"Qué terrible que esto nos haya sucedido a nosotros* (se refería a los profesionales de ODEPLAN) *que tan sólo éramos ...'técnicos'"*.

No todo tiempo pasado fue mejor

A lo largo del siglo pasado y a pesar de los gigantescos esfuerzos del movimiento social y sindical, del heroísmo de los cuadros políticos y de la lucidez de sus grandes teóricos y dirigentes, la práctica política del movimiento socialista mundial, incluyendo el de la URSS, estaba condicionada por el marco global en el que se dieron sus posibilidades y éste se angostó muy rápidamente a lo largo del siglo XX.

La derrota de las utopías obreras, evidente por sí misma a partir del derrumbe de la URSS a fines del siglo XX y la caída del muro de Berlín, ya se había venido produciendo y determinando en sus elementos fundamentales con la derrota antes de la primera guerra de las vanguardias sociales y sindicales al ser arrastradas al Holocausto de la 1ª Guerra Mundial y a su escisión entre la 2ª y la 3ª Internacional. Ni Attle o Macdonald, ni el espíritu obrero de Krushev o la sagacidad de Gorvachov o un Mao podían corregirlo, mucho menos el accionar de las pequeñas sectas de Otto Rühle y el luxemburguismo o el trotsquismo, pasando por Dutschke, el Che o Cohn–Bendit. Sorprende que grandes historiadores y pensadores marxistas como Mandel o Hobsbawm no vean lo que es evidente, tal vez por el impacto en ellos de sus respectivas militancias.

Así como el movimiento romántico, democrático y popular, desatado con la revolución francesa requirió ser desangrado y debilitado en las múltiples guerras imperiales de Napoleón para hacer posible la hegemonía de la burguesía decimonónica; así también el ascenso del mundo sindical y socialista de fines del siglo XIX que lideró entre otros Karl Marx fue detenido, agotado y desangrado a lo largo del siglo XX en dos guerras mundiales para hacer posible el mantenimiento de la sociedad dineraria de clases.

Derrotado el sostenido avance obrero, en su autonomía de clase y organización, tal como lo había conocido Europa en el siglo XIX, el ascenso de la burocracia estalinista y socialdemócrata en el seno de los sectores proletarios y pobres del sistema era casi ineluctable.

Sin embargo, no es una simple anécdota que en los primeros congresos de la internacional comunista el idioma oficial fuera el alemán y no el ruso. No era en la periferia que Marx y Engels esperaban abrirse las puertas de una vida más plena, libre y autónoma.

No se pueden justificar los crímenes de Stalin, que llevaron a su burocracia a asesinar al 90% del propio partido bolchevique y su dirección con la excusa histórica de la invasión de 14 países que intentaban destruir las esperanzas desatadas por la revolución en Rusia. En esos crímenes se expresaban tendencias y limitaciones propias, internas al proceso mismo de la Revolución Rusa, tal como muestra la temprana represión a los marinos de Kronstadt ordenadas por el propio Lenin y Trotski. Sin embargo, y a modo de descargo, es evidente que una clase proletaria debilitada por la guerra civil y rodeada de esfuerzos fallidos de organización socialista se vería presionada a buscar respuestas surgidas del campo de sus enemigos.

El estatismo y su intervencionismo en la economía y la vida social, y en particular la planificación industrializadora orientada desde la cúpula socio–política no fue tampoco una creación simplemente rusa, sino también de toda el área central del mundo capitalista de la época, recuérdese a Hitler, Mussolini, Roosevelt, Attle.

Tampoco es una simple casualidad que los primeros segmentos sublevados ante la burocratización de los bolcheviques fueran los milicianos de izquierda de Kronstadt. Ni que el debilitamiento de los sindicatos y del movimiento social

autónomo norteamericano sea paralelo con el desarrollo de la mafia y el crimen organizado, fuerza decisiva para desarticularlos y debilitarlos. Es como imaginar que la expansión de la droga que conoce EE.UU. no hubiera tenido nada que ver con su envío de muchachos a morir y a matar a Vietnam, y por valores cada vez más deslavados.

El proceso de crisis que conoció el sistema capitalista mundial en las primeras décadas del siglo pasado estuvo contenido, detenido y constreñido en el origen, dado que el sistema aún poseía fuerzas vitales para expandir sus ilusiones, mecanismos de control social y circuitos de valorización.

Afectadas las raíces de una rearticulación social en torno al segmento obrero, y pudiendo los sectores hegemónicos utilizar ideologías, estructuras y jurisdicciones a su antojo, el voluntarismo de Lenin o Kautsky, cada uno en las supuestas antípodas de la posible respuesta, no estuvieron en condiciones de resolverlo. Sus teorías, que alimentaron a los grupos comunistas y socialdemócratas estaban sumidas en el voluntarismo y el fideísmo.

Hoy podemos decirlo, mirando al pasado con la perspectiva que da un siglo, pero Karl Liebknecht, Leo Jogiches, Bujarin, Jaurés, Largo Caballero o Andrés Nin y tantos grandes luchadores sociales no podían saberlo.

Tampoco podía imaginarlo, en la oscura evolución del capitalismo periférico y dependiente y en su lento desarrollo social y de acumulación de fuerzas, un Luis Emilio Recabarren; ni menos los intelectuales y dirigentes sociales que se agruparon en torno a Marmaduque Grove, González o Schnake, o después del medio siglo en torno a Allende, en este alejado y pequeño rincón denominado Chile.

Sin embargo, esas luchas, encarnadas en nuestro recuerdo por quienes trabajamos entre 1971 y 1973 en el Cordón Vi-

cuña Mackenna, en el obrero del calzado Óscar Mendoza y otros viejos del Cordón, no fueron sólo intentos de tomar la luna en un salto sino un esfuerzo de memoria histórica, comprensión y compromiso con la lucha obrera del mundo moderno. El mundo sería muy distinto sin ese esfuerzo que no llegó a sus metas ni construyó en sus senderos pero que nos alejó de las viejas playas del control oligárquico y semi-feudal.

No estoy ni ahí...

Castoriadis señala con lucidez, en su libro *El avance de la insignificancia*, que debemos distinguir entre la idea de "Política" entendida como la administración del poder y la hegemonía, de la idea de "política" como actividad que presupone el permanente cuestionamiento de instituciones e imaginarios, tanto para intentar cambiarlos como para eventualmente confirmarlos. En los años de la UP esa diferencia no parecía importante ni evidente. Hoy sí lo es.

Cuando algunos muchachos expresan que no están ni ahí con la "Política", no están haciendo un acto de prescindencia, ni tienen indiferencia alguna frente a los sectores que administran y gerencian esta fase de la vida social chilena; están de alguna manera señalando que ese último tipo de política no les interesa, que no están ni ahí con ser cómplices del poder actual y la hegemonía social que lo mantiene y profita de él.

Cómo construir organización para reflejar el espíritu crítico de masa y su diálogo con la experiencia de izquierda, no es algo que nos propongamos aquí. Serán otros hombres, dijo Salvador Allende; tal vez sea preciso agregar... y otras organizaciones. Sin embargo, soy de los que cree que la memoria histórica debe servir para algo más que para afirmar el espacio de viejas dirigencias. No comparto la sorna de Foucault sobre el destino del hombre, pero sé que no basta la voluntad separada de las circunstancias, y que la praxis cuando es real va un paso más allá de toda teoría. Son enseñanzas del viejo Mendoza, un viejo panificador y dirigente obrero del cuero y el calzado, quien militó treinta años en el PS sin estar ni ahí con las ilusiones parlamentarias de un gran segmento de ese partido.

Después de la derrota de partidos y expresiones populares como los Cordones del período UP, ¿quiénes pueden ser los

nuevos actores y sujetos sociales cuestionadores y por tanto críticos y/o revolucionarios en el nuevo período abierto? Igual pregunta se hace quien ponga atención en que la caída del muro de Berlín no sólo expresó la derrota del comunismo soviético sino de todo el abanico de izquierda, incluida la socialdemocracia y grupos opuestos a ambos.

Tony Negri ha propuesto la idea de "Multitud" como agrupamiento de iniciativas autónomas y de base, a lo que Paolo Virno prefiere una clara orientación de la acción individual y de grupos en contra del poder, al que teme. Grandes intelectuales del pensamiento crítico, como Michel Foucault y Noam Chomsky, no logran establecer un punto de encuentro entre historia y naturaleza, como si Marx y Darwin no encontrasen en este período aún una síntesis.

Intentar una respuesta es difícil, pero la gente tendrá que elaborarla. La humanidad se enfrenta ante retos fundamentales, tales como los de su, hasta hoy, incontenible e irracional expansión demográfica, sobre–expansión económica y de fuerzas productivas, y deterioro ecológico que parecen sugerir que los nuevos agrupamientos que intenten cuestionar las estructuras existentes tendrán más un sentido diagonal y/o transversal, antes que estructural o clasista.

Necesitamos un acercamiento político tanto de los que sufren como de segmentos de los que articulan. Necesitamos un acercamiento de lo que se expresa en ideología e incluso religión, junto a los que sostenemos el valor de la ilustración y Spinoza. Diálogo tanto de memoria sindical, comunitaria y/o socialista, como de utopías de respuesta o acción ante la evidente crisis social en marcha.

La libertad empieza siempre por un No, afirmaban en las calles de París en 1968. Reiteremos No al sistema. Otro mundo es posible.

Del valor de las ideas

El DENAS, Departamento Nacional Sindical del PS, estaba constituido por una pléyade de dirigentes de gran calidad humana, experiencia política y sindical. Habían confluido en ese organismo desde sus trincheras iniciales en federaciones sindicales nacionales, dirigentes como Fernando Quijano, David Polanco, o Luis Lobos; del PC, provenían dirigentes como Manuel Dinamarca y Reinaldo Valverde; o de esa intelectualidad universitaria afecta a las luchas e historia sindical Víctor Zerega, Enrique Morales y yo mismo.

A ellos se agrega una capa de sedimento histórico ya sea del anarco–sindicalismo o de la burocracia partidaria empapada de reformismo como eran Pedreros y Silvio Espinoza o Luis Urtubia.

En torno a ellos se articulaba un grupo de cuadros jóvenes, muchos de ellos provenientes de la lucha universitaria y los cuadros políticos de federaciones y confederaciones sindicales que, por fin según lo proclamaban, habían logrado encontrar un espacio donde dialogar y acordar política sindical de corto, mediano y largo plazo.

En esos ámbitos fue donde al menos desde 1970 se conversó sobre los límites de la institucionalidad en nuevos términos, alejados de esquemas abstractos que era tradicional encontrar en ciertos grupos trotskistas, presentes en el PS desde siempre. Estos últimos grupos eran quienes con mayor continuidad habían realizado trabajo sindical y conservado una perspectiva clasista en el seno del PS, expresándose en líderes como Adonis Sepúlveda, Lautaro y Lidia Videla, Rigoberto Quezada, Iván Núñez y otros.

En el interior del DENAS se dio desde 1968 una sostenida discusión sobre fines y medios en la crisis que se veía cada

vez más próxima. Igual proceso vivía el aparato campesino del PS liderado por el ex Secretario General Salomón Corbalán, desafortunadamente fallecido antes del proceso UP, quien trajera a un pequeño grupo en el que tuve la suerte de contarme, las ideas del Che y de su Revolución Continental. Al mismo tiempo los distintos afluentes ideológicos de la izquierda hacían su aparición argumentativa en un sector clave, como era el sindical, en un partido socialista abierto a tendencias, grupos y fracciones.

Reinaldo Valverde y Manuel Dinamarca provenían de la vieja estructura de cuadros–funcionarios formada en el PC, alejada de ese partido por la escisión de Reinoso en los años 60. Ambos llegaron a ser los más importantes dirigentes del DENAS durante ese período, uno por ser el más importante intelectual del DENAS con sus teorizaciones sobre el Poder Popular y el otro por ser el más alto líder sindical socialista en la CUT.

En cierta oportunidad, a inicios del 72, Reinaldo Valverde viajó a la zona de Lautaro–Temuco cordillerano a una reunión con obreros madereros de origen en su mayoría mapuche. Al regresar nos contó la siguiente anécdota: *"Cuando logramos llegar al lugar, después de varias horas de caminata, nos esperaba una multitud expectante de 3 mil o cinco mil personas, varones en su totalidad. El dirigente sindical se subió a una especie de barril o tonel, que era el único escenario existente y en medio de ese claro del bosque inició un discurso explicativo de la situación del país y de nuestras posiciones. Yo me encontraba junto a él a la altura de sus rodillas, por el alto del tonel en que se encontraba, esperando mi turno para hacer uso de la palabra. De repente, en medio de su discurso, algo me sorprendió y que al parecer nadie captaba, excepto mi persona. El orador continuó relatando las circunstancias que vivía el país en ese año de gracia (1972) y volvió, pocas frases más adelante a reiterar casi como una canción ¿y quién es el verdadero culpable de la ausencia de harina, azúcar y*

otras mercaderías?: EL PROLETARIADO. Y siguió ¿y quién es el responsable de todo este sabotaje al Gobierno Popular? Y el orador volvió a reiterar: EL PROLETARIADO".

Valverde, sorprendido, golpea con su puño el zapato de orador quien se agacha, y le dice en voz baja: *"No, compañero, nosotros somos el proletariado, ellos son LA BURGUESIA… Y el orador casi como continuando la frase que estaba emitiendo, pregunta ¿y quiénes son estos hijos de perra que consideran que el país es y será solo para ellos? Y contesta: LA BURGUESÍA. Y sigue su discurso…".*

Valverde nos cuenta, riendo, la anécdota a los restantes miembros del Secretariado del DENAS y agrega: *"lo sorprendente es que nadie pareció advertir la diferencia. A nadie parecía importarle saber si los hijos de perra, en referencia, son llamados 'proletariado' o 'burguesía'. No les interesa la palabra. Ellos saben perfectamente de qué y de quiénes se trata".*

Después de reírnos de tal circunstancia, los miembros del DENAS decidimos, entre otras iniciativas, desarrollar una campaña de formación político–sindical. Programamos cursos para la dirigencia obrera y junto al CONAS organizamos algunos cursillos para dirigentes obreros y campesinos, en donde Pillallo Vidaurre, Tribilín Oyarce y Adrián Vázquez hicieron un aporte fundamental enriqueciendo nuestros debates con los desarrollados en el medio campesino, rural y agrícola. Junto a esos y otros eventos, iniciamos la publicación de un periódico quincenal "Trinchera Sindical" y acordamos hacer un encuentro nacional sindical para mediados de 1972 con todas las fuerzas de que disponíamos. En ese último evento se acordó la línea de apoyo y desarrollo del Poder Popular y los Cordones Industriales por una inmensa mayoría de la dirigencia sindical del PS.

Óscar "el viejo Mendoza", uno de los obreros ilustrados del Cordón Vicuña Mackenna, gustaba destacar la importancia

de la historia, la teoría, y los conceptos y categorías, para aprehender correctamente la realidad. Sus frases al interior de la estructura partidista PS en los años previos al gobierno UP eran oídas con sorna o ridiculizadas por la dirigencia de la 10ª Comuna en que militaba y en la que por primera vez lo conocimos. Pero en los años siguientes fueron adquiriendo, y él con ellas, cada vez mayor majestad, dignidad y audiencia. En una oportunidad se expresó en algo que le era natural en su propia profesión, la de zapatero. *"Cualquiera puede clavar un clavo con una piedra en un zapato que se ha desarmado, pero un zapatero lo hace con un clavo y martillo hechos para esa tarea... y lo hace mejor. Los conceptos son como el martillo del zapatero y el clavo que usa"*. Creo que ese ejemplo lo sacó de algún libro de Roger Garaudy, filósofo francés de moda en la época, pero lo repetía orgulloso de reivindicar el papel del estudio de la teoría marxista y sus conceptos en la acción de un revolucionario.

Sin desmerecer lo anterior viene al caso otra anécdota en el DENAS respecto a capacitación política y realidad. Entre los dirigentes jóvenes del aparato nacional sindical socialista brillaban por su esfuerzo, capacidad e iniciativa, David Polanco y Héctor Quijana. El primero provenía de la Federación Nacional de Sindicatos Bancarios, conocida por su combatividad desde los años 50 con el complot llamado de las patitas de chancho en contra de la fase derechista del gobierno de Carlos Ibáñez del Campo. En tanto el segundo venía del sindicato de Correos de Chile, bajo de la dirección de Luis Lobos "el Lobito bueno", para diferenciarlo de otro Luis Lobos "el lobo malo" con el cual la mayoría del DENAS mantenía diferencias ético–políticas.

Quijana había estado en tierras de la "madre de 30 millones de coreanos" y había llegado sorprendido y asqueado de tanto sectarismo, represión y culto a la personalidad. Sin embargo, se había traído un contenedor lleno de libros del profeta del país visitado, el cual los miembros del DENAS

empezamos a distribuir a diestra y siniestra. ¿Por qué no hacerlo? Igual habíamos distribuido el libro rojo de Mao Tse-Tung y muchos librillos de Lenin o Marx reproducidos en español por las editoriales de la Unión Soviética, libros a veces castrados o censurados como les hice notar en una oportunidad. Algunos, incluso habíamos hecho circular libros del Mariscal Tito, junto o paralelo a fotocopias de su detractor interno Milovan Djilas criticando "La Nueva Clase". Similar tarea habíamos visto realizar a los muchachos del MIR de la Escuela de Ingeniería, quienes, junto a reproducciones clandestinas de Darwin y Freud, editaban *La revolución rusa* de León Davidovich Bronstein, alias Trotski.

En uno de esos días David Polanco nos relata que ha quedado impresionado por la receptividad en cierta población de Santiago de las obras de Kim Il–Sung. Las ideas del Zuche, y la necesidad de autonomía nacional y de auto–sostenimiento de la revolución, parecían temas de interés particular allí. Reunión tras reunión y semana tras semana las obras de quien era llamado por los suyos "madre de 30 millones de coreanos" eran solicitadas y absorbidas como agua en la arena de un desierto.

Quien más llamaba la atención a David en este fenómeno de curiosidad cuasi literaria, del cual no se escapaban las obras de SINJUA con los milagros de la Revolución Cultural china, las páginas de la "Revista Mensaje" o alguna encíclica papal, era una viejecita que no perdía la oportunidad de ponerse al final de cada reunión en la cola en que se repartían esas ediciones.

Después de muchas reuniones y sorprendido del fenómeno, David se sintió compelido a conversar con tan singular personaje. Así fue que se le acercó en el presentimiento que algo especial estaba transcurriendo ante sus narices. ¿Dígame compañera, cómo es que usted necesita tantos de estos materiales? ¿Tiene un grupo de adoctrinamiento, catequismo cristiano o de educación política tan numeroso?

Ella se sonrojó un poco, sin querer responder a sus preguntas, pero motivada por la ausencia de falsos sacramentalismos de la gente que conocía del DENAS se atrevió a decirle: *¿Sabe compañero?, estos libros han sido editados en papel biblia…*

-¿Y qué tiene que ver eso?, preguntó David.

-Es que sucede, compañero, que en las poblaciones nos vemos obligados por la falta de dinero a limpiarnos el trasero casi siempre con papel de diario.

David, sin nuevas preguntas, le entregó otro par de volúmenes…

El rey ha muerto. ¡Larga vida al rey!

Rosa Luxemburgo gustaba de decir que entre acciones de reforma y revolución no había un abismo, sino en los cuadros políticos que las llevaban adelante una diferencia de enfoque respecto a lo que se hacía o se iba haciendo.

En su actual participación en un Gobierno condicionado aún por políticas neoliberales, hay muchos viejos militantes de la izquierda chilena que han capitulado al adoptar una posición de adláteres de los grupos dominantes o que tratan de olvidar ese pasado de luchas. Se separa el recuerdo de la actividad o programa de acciones del escenario en que esa conciencia y acción se produjo para presentar la historia como una sucesión de hechos ineluctables, fracasados y voluntaristas, donde no hubo responsabilidades o alternativas.

"Nadie sabe para quién trabaja" es hasta nuestros días un aforismo válido en la reflexión sobre historia, incluida la de este sureño país. Sin embargo, de lo que se trata es precisamente de no ser parte de fuerzas ciegas de la historia y la pretensión desde el siglo de las luces y la ilustración de que es posible establecer una nueva relación y vínculo entre ellas y la razón racional. Lo cual sigue pendiente, paralelo a un viejo topo que de vez en cuando surge en algún rincón de la pradera.

Mirado desde hoy, no sólo la UP sino la propia dictadura de Pinochet, destruyeron trabas esenciales a la expansión del sistema, al establecer la UP definitivamente –con sus reformas– la consolidación y presencia de trabajo proletario en el agro y reducir por parte de la segunda –la dictadura militar pinochetista– el aparato benefactor del Estado y sus costos asociados. Ambos procesos, que significan una disminución de los costos de intermediación global, son fundamentales

para explicar, junto a la disminución del valor de la fuerza de trabajo, los altos índices de acumulación de capital a inicios de la denominada “recuperación democrática” Aylwin–Frei. No es la inversión por sí misma, como parecen creerlo Oskar Lange o los intelectuales cepalianos –aunque necesaria- quien genera esa situación sino el capital vivo –los propios trabajadores subsumidos– y sus relaciones con los agentes de la parte inerte del capital[13].

¿Cuán prolongada será esta fase de crecimiento económico para Chile? y ¿cuán amplia logrará ser su recuperación democrática?

En realidad, nadie sabe con precisión por qué caminos avanza el desarrollo de las fuerzas productivas globales y locales y el viejo topo de la historia. Sin embargo, la amplitud de la recuperación democrática en Chile tiene los mismos límites que la recuperación de la res pública, y de la nación, quebrado el último proyecto de desarrollo endógeno en septiembre de 1973.

Cuando este interregno de intensiva acumulación, modernización y creación de capital, tienda a agotarse inevitablemente estará en el orden del día la necesidad de definir la posición de cada uno.

13–Véase K. Marx. Capítulo VI (inédito). [N. del A.]

Del mundo de las utopías al de los "operadores políticos"

La caída de la democracia chilena y el aplastamiento de la izquierda y del Gobierno de la UP en 1973 impactó al mundo, dado que su solidez estaba para muchos fuera de discusión. El mundo desarrollado, pueblos y gobiernos, compartían el rechazo a la dictadura; y la vía pacífica al socialismo proclamada por Allende parecía un punto de reunión entre distintas versiones de la lucha anticapitalista.

En el llamado mundo subdesarrollado la UP y su proyecto eran un puente de encuentro del combate anti-imperialista con la lucha por contenidos sociales, que en la inmediata posguerra habían permanecido enfrentados o distanciados. El APRA, que había intentado integrarlos en la primera mitad del siglo XX en un gran proyecto nacional latinoamericano, se había transformado en un Partido populista en Perú y en una cadena dispersa de partidos local-nacionalistas con resabios de discursos sociales. Influidos por ese APRA originario, creado en México y no en Perú, habían surgido Rómulo Betancourt y Acción Democrática en Venezuela, el Partido de Alberto Figueres en Costa Rica, Muñoz Marín en Puerto Rico y otros en Cuba y República Dominicana, así como su simbología se había reflejado en los Partidos Socialistas de Chile, Ecuador y Uruguay sin mayores consecuencias. De ellos se habían desprendido y creado alas de izquierda, pero no movimientos de masas. El único movimiento político de consideración a nivel internacional en América Latina durante todo el siglo XX fue el movimiento comunista, incluso recuperando para sí el castrismo.

El perverso lavado de cerebros que adoptaba la forma del "anticomunismo" había permitido al sistema capitalista en nuestro subcontinente aislar al importante segmento de cuadros obreros e intelectuales que defendían a ultranza a la URSS, más allá de sus propios errores, y ver parte im-

portante del legado leninista por casi medio siglo anulados. Allende vino a quebrar ese cerco y restableció la idea de que podía existir una República con iguales derechos, deberes y exigencias que las de los países centrales acá en este rincón de la periferia del sistema.

El respeto a la ley y a la Constitución por parte del Gobierno de Allende impresionaba a un amplio arco de fuerzas democráticas populares, cristianas y progresistas e impulsaba su solidaridad hacia este proceso singular en Latinoamérica y Europa. Su respeto por las libertades de una amalgama perversa de opositores, que en su mayoría eran arrastrados a las cercanías del fascismo, conmovía a los pueblos. En los momentos del Golpe, en Chile, el pueblo de Bogotá lloró a través de sus calles... no fue el único.

Las ilusiones de progreso lineal, de valores vinculados a la razón, el debate ideológico, los esfuerzos para la obtención de simples mayorías electorales, fue golpeada duramente. La idea del progreso social como vinculada a una lenta acumulación de fuerzas y posibilidades democráticas fue debilitada y ello golpeó en el mundo en los años siguientes incluso a grupos e instituciones que en Chile no se reconocieron en el proyecto allendista, tales como la Iglesia Católica o la Masonería.

¿Compromiso nacional o hegemonía imperial?

La oleada represiva que se abatió sobre nuestro país con la dictadura militar pinochetista no podía sino ser vista como presagiando negros tiempos para la democracia, la izquierda y el espíritu liberal del continente. El Plan Cóndor, que hoy conocemos en su sorprendente extensión, audacia y falta de escrúpulos, no fue sino expresión de una siniestra fuerza telúrica que se escapaba, al igual que en nuestros días otras creaciones, de las manos creadoras o propiciadoras del imperio. Un franquismo al modo en que podía entenderlo, asumirlo y realizarlo un Stroessner, un General Videla o un Pinochet y su alto mando.

Desde que acabara la segunda guerra, aunque se arguyera desde los grupos hegemónicos en América Latina que era la izquierda política quien desestabilizaba a las instituciones, como en Chile lo afirmara el "traidor" González Videla -nombre con que lo inscribiera en la Historia el PC chileno-, las amenazas a la continuidad oligárquica venían del inevitable debilitamiento del control social que habían ejercido los grupos conservadores sobre el mundo rural y desde él sobre la sociedad en su conjunto. La crisis social a su vez empujaba a los militares a buscar asegurar el orden, interviniendo en la mayoría de los casos contra la población. Orden, desde luego, entendido como una defensa irreductible de la gran propiedad. Esa debilidad estructural, ineluctable y de largo plazo no era reflexionada en un contexto mayor a pesar que el Che había puesto el dedo en la llaga sobre los fundamentos de la crisis en su primer discurso representando a la Revolución Cubana en la Reunión de Uruguay en los años 60, pues conduciría a los Ejércitos latinoamericanos a buscar otras perspectivas.

La fuerza que aglutinaba desde la posguerra a esa reacción conservadora, oligárquica y neo-franquista en Iberoaméri-

ca, eran los EE.UU. a pesar de que ese país aparecía como fuerza capitalista modernizante y surgiendo de un triunfo contra las potencias fascistas de Alemania e Italia y el Imperio japonés y habiendo sostenido alianzas con sectores de la izquierda europea.

Aunque un segmento de la propia sociedad norteamericana se veía y se ve aun a sí misma como liberal, la presencia de los Gobiernos de EE.UU. en América Latina fue en los años 60 de articulación y apoyo a la reacción conservadora. El crecimiento de nuestros países fue afectado por la propia recuperación económica de posguerra en la parte central del sistema, que deterioraron nuestros términos de intercambio con el centro del capitalismo y debilitaron durante al menos dos décadas sus inversiones directas, con las que nuestras economías compensaban su desequilibrio estructural. La Alianza para el Progreso concluyó sin pena ni gloria, al igual que su remedo chileno La Revolución en Libertad de Frei Montalva y la DC, aunque a esta última pueda agradecérsele la elaboración de las leyes de Reforma Agraria que aplicara realmente Allende y la UP.

Para dificultar aún más esas relaciones, Nixon había llegado a la jefatura del Estado norteamericano con un Metternich contemporáneo o algo peor, como Jefe del Departamento de Estado: Henry Kissinger. No había punto de diálogo o encuentro de esa aspiración, dinámica y estructura imperial con un gobierno como el de Salvador Allende.

Al mismo tiempo, amplias fuerzas locales en América Latina y en particular los altos estratos del Ejército chileno, eran francamente autoritarios u hostiles a la participación espontánea, no controlada o no digitada, de la población. Importantes segmentos de nuestros ejércitos podían ser partidarios de cambios, y lo habían sido a todo lo largo de América Latina entre los años que van de la crisis del 29 a la salida de la segunda guerra, pero habían respondido positivamente a

la preocupación del imperio americano por comprometerlos en la cruzada antipopular, anticomunista, y antisoviética de la Guerra Fría. Atrás habían quedado los atrevidos impulsos de un Coronel Marmaduque Grove o un Carlos Ibáñez. La oficialidad chilena no requería en el nuevo período ser equilibrada por una Guardia Republicana de derecha, como fue el caso en los años treinta y cuarenta.

Chile se veía a sí mismo como un país de lo medido, de lo no estridente o espontáneo, eternamente envejecido hasta la eclosión de los sesenta. Estaba impregnado de autoritarismo y racismo anti-indígena y contra nuestros vecinos a nivel de su vida cotidiana, aunque desde luego esa tendencia se escindía en las banderas y articulaciones sociales en que se comprometía.

La propia posición de "prescindencia" que adoptaba el ejército ante alternativas económicas y su proclamado apoliticismo, no eran sino expresión de un esfuerzo para aglutinar a la institución y a la llamada "familia militar" olvidando sus conflictos del pasado, lo cual no le facilitaba la creación de una ideología más allá de las fronteras del anticomunismo y los prejuicios raciales y sociales tradicionales.

No obstante, la aceptación o rechazo de la hegemonía norteamericana constituyó un punto central de toda la guerra fría y en el caso de nuestro país, la frontera en la cual se dividían aguas sociales. No había prescindencia posible capaz de hacer olvidar los compromisos con la Escuela de las Américas, la venta controlada y dosificada de armamento o las Operaciones UNITAS.

El proyecto de Allende coqueteó con la idea de buscar un compromiso nacional con sectores de la DC y aglutinar en esa bandera a los sectores proclives en ese partido a un reordenamiento institucional y económico que se orientase fuera de la órbita globalizadora del gran capital. Buscó en

los herederos de Grove e Ibáñez a un segmento capaz de acompañarlo en la consolidación de un proyecto soberano de desarrollo nacional y lo encontró en valiosos defensores de las instituciones republicanas como Schneider, Prats, Sepúlveda Galindo o el Almirante Montero y muchos otros cuyos nombres deben ser rescatados del olvido.

Esa posibilidad no estaba a contrapelo del programa levantado por la UP, ni tampoco con las visiones ideológicas de sus partidos y dirigentes, sin embargo, no cristalizó y la UP se vio a su vez a los ojos de amplios sectores medios como una fuerza alienada, extranjera, subordinada a fuerzas externas. Tal había sido la orientación del esfuerzo propagandístico del grupo "Bellarmino" del Cura Beckemans, cuando la candidatura de Frei Montalva y el esfuerzo permanente de servicios de inteligencia extranjeros, así como los órganos de comunicación de nuestra oligarquía, tales como "El Mercurio" o "La Tercera". Ese rechazo a la confluencia popular de marxistas, laicos y cristianos, eventualmente de izquierda o populista, señalaba la frontera ideológica que no estaba dispuesta a cruzar la alta jerarquía eclesiástica en América Latina, con honrosas excepciones como Hélder Câmara.

A pesar de la violencia de la represión y el hálito fascistoide de la colaboración de amplias capas medias con la dictadura, no es aceptable cubrir a toda la reacción chilena que estuvo contra el gobierno UP y la izquierda social y política, con el epíteto de fascista o de neofranquista, en términos más exactos. Allí había también segmentos simplemente anticomunistas o conservadores, antiliberales y antidemocráticos, incluso subrepticiamente oportunistas. Con excepciones, Guzmán y los gremialistas entre ellas, que se orientaban a posibilitar un golpe de cúpula, esa reacción buscó movilizar desde abajo a las masas. Movieron a Vilarín y sus camioneros, Cumsille y su gremio de pequeños comerciantes, a los taxistas e incluso a un segmento que se consideraba a sí mis-

mo “la aristocracia obrera” –los trabajadores del cobre–, y sin embargo la reacción sabía que la resolución del conflicto pasaba por construir un disfraz “institucional” para el golpe y conquistar a la “familia militar”.

La tarea represiva después del golpe, considerada necesaria e inevitable por dichas fuerzas, iba a ser del Ejército e incluso en la preparación del panorama golpista los atentados y toma de calles se repartían entre segmentos civiles del lumpen y capas sediciosas aristócratas, así como grupos del propio ejército. Hoy mucha gente de capas medias prefiere olvidar sus quince minutos de fascismo –parafraseando a Warhol, el snob pintor estadounidense–, dado que nunca vio, nunca supo, ni nunca imaginó.

El fascismo civil

El grupo Patria y Libertad[14] junto al "gremialismo" de Guzmán, recogían los símbolos del fascismo e integrismo católico, éste último heredando al Fiducia y Covadonga. Los restos inorgánicos de grupos neo nazis tales como los del MNR, JONS y el de Jorge Prat –el ministro fascista de Carlos Ibáñez– serían afluentes de los dos primeros. Ninguno de estos grupos determinó el curso de los acontecimientos durante el proceso UP, en el cual jugaron el papel de provocadores, ni el cauce autoritario y el enfoque económico social de la posterior dictadura militar.

Algunos de ellos se consideraban incluso gente de pensamiento "revolucionario" no tradicional, tal como Roberto Thieme, encargado militar en la alta dirección de Patria y Libertad, quien nos recuerda en su ideología a Roehm, el malhadado jefe de las camisas pardas hitlerianas, asesinado en la noche de los cuchillos largos por su propio jefe.

A Patria y Libertad y el arco del Gremialismo que pasaría a ser el núcleo de la UDI, los separaba no sólo un origen social distinto sino también un vínculo diferente con la jerarquía católica, pues el gremialismo bebía de las fuentes más conservadoras y ultramontanas de la Iglesia, en tanto Patria y Libertad tenía elementos ideológicos casi laicos.

La reacción neofascista y conservadora arrastraba también a instituciones que durante largo tiempo habían sido punto de encuentro entre las ideologías de izquierda y de centro, tales como la Masonería, la cual se vería impulsada a traicionar a sus propios hermanos de logia, para después derivar

---

14–El Frente Nacionalista Patria y Libertad fue una organización de acción de extrema derecha que operó durante el gobierno de la UP. Realizó múltiples acciones de sabotaje, terrorismo y asesinatos políticos. Recomendamos: https://journals.openedition.org/alhim/5589 [N. del E.]

lentamente a volver a ser una debilitada área de encuentro del racionalismo decimonónico.

La base de esa reacción fue la confluencia de un sentimiento y pensamiento antiliberal y antidemocrático, conservador y de capas medias. De este último encontramos expresiones en el ibañismo temprano y los nazis de preguerra, así como en los restos del antibalmacedismo y desde los años 50 en la amalgama que produjo a la Democracia Cristiana que se formó a partir del acercamiento de la Juventud Conservadora, la Falange y el Partido Agrario–Laborista; así como en un segmento autoritario y ligado a grupos económicos del gran partido de pensamiento liberal, racionalista y laico que había sido en el siglo XX el Partido Radical de Pedro Aguirre Cerda.

En segundo lugar, se trata de una reacción contra la participación de masas y el ascenso del movimiento social y socialista.

En tercer lugar, es una reacción contra la transformación producida por el propio sistema que debilitaba la seguridad estamentaria y frustraba el chovinismo con el cual segmentos importantes de la sociedad chilena lograban identificarse con la historia de integración nacional y dominio en este lado del mundo.

El odio desatado en los días del golpe contra los mapuches, negros y asiáticos, o supuestos bolivianos, peruanos o argentinos fue muy vigoroso no sólo en los mandos medios del ejército sino de la población civil comprometida con el golpe. Son cientos los casos de padres, parientes o vecinos, que delatan a hijos para que sean encarcelados y sufran el "justo terror" que se les desea, así como muchas otras historias más de miseria humana. Hay allí un segmento del alma chilena que hay que estudiar pues la violencia del golpe no es sólo obra y responsabilidad del cobarde y solapado asesino que fue Augusto Pinochet.

Historia y anecdotario

Óscar Mendoza fue el más grande e importante pensador en el Cordón Vicuña Mackenna, matizó e influyó directamente en muchas decisiones. ¿Cómo olvidar sus primeras palabras a la vuelta de la Concentración del 4 de septiembre del 73, sembrada de palomas blancas y carteles con llamados a la Paz? En esa oportunidad fue el primero en pedir la palabra en la reunión de balance de la Jornada que reunía a la dirección del Cordón. Con voz solemne nos miró a cada uno a la cara y dijo en voz alta: *"Todos los que aquí estamos, estaremos muertos con gran probabilidad en los próximos días".* Sentí, al igual que todos, un escalofrío recorriendo la espalda, y el viejo Mendoza continuó su reflexión diciendo: *"La marcha de hoy no ha sido una demostración de fuerza sino de debilidad. Lo que hoy debemos discutir no es el éxito de masas realizado en la calle, sino en cómo replegar a nuestra gente, pensar a quiénes pondremos en reemplazo de nosotros y cómo asegurar que alguien a su vez reemplace a los que ellos maten"*. Óscar "el viejo Mendoza" no hacía sino continuar su tarea de evitarnos caer en ilusiones, incluso a quienes como yo mismo habíamos elaborado la *Carta de los Cordones* al Presidente Allende, en días inmediatamente anteriores, advirtiéndole lo que se avecinaba…

Nadie sino él tenía la audacia de pensamiento como para decirle en una reunión a Mónica Allende que a sus ojos el proceso estaba condenado pues *"no basta que los revolucionarios estén dispuestos a morir, es necesario que estén dispuestos a matar"*. Recuerdo que varios dirigentes saltaron desde sus asientos para recordarle la proximidad de un pensamiento de ese tipo con el enfoque fascista y recordarle nuestra desconfianza por iniciativas militares y el blanquismo, a lo que nos replicó tranquilo como siempre: *"No sé si me dirán lo mismo cuando ellos en días no lejanos vayan a torturar y matar a vuestros padres y a vuestros hijos…"*.

Poco podíamos imaginar el grado de crueldad desatado por la DINA y el CNI en los años que vendrían, el cual superaría incluso las previsiones del viejo Mendoza...

Mónica Allende, la “Chascona” Bravo Cuervo, y en especial la “Flaca” Carmen Silva jugaron un papel central en el desarrollo del Cordón. La primera dándole un sentido orgánico y estructurado de nodos, al estilo ingenieril. Ella era también el pivote orgánico en torno al cual la estructura de cuadros se abastecía o redistribuía su ingreso monetario. Dirigía y proporcionaba la seguridad de una estructura primaria de apoyo logístico y de control de cuadros en el Cordón, ciertamente sólo incipiente y en desarrollo, bajo una racionalidad y ética que todos respetaban. La segunda resaltaba por su profesionalismo como Interventora de Loncoleche y la Flaca Silva por servir de puente hacia los niveles de dirección de los Partidos. Carmen Silva destacaba por su hablar y modos de la “alta burguesía” de la cual provenía. Los muchachos jóvenes del Cordón no podían dejar de poner atención a su minifalda y sus bellas piernas, era pintora y había sido modelo en París. Carmen era una persona que estaba en directo contacto con Carlos Altamirano y miembros del CC del PS, con la dirección del MIR, con el sector de García Moreno o McGinty y grupos “troscos”, y su fuerza espiritual, cultura, generosidad y nobleza de espíritu resumían lo mejor de toda la sociedad chilena. Ausente de sectarismos, facilitaba el diálogo a veces casi imposible o casi de sordos entre sectores, tratando de que definieran áreas de acuerdo y acción común. Participó en la redacción de “Trinchera Sindical” y en innumerables reuniones que organizaba para abrir el diálogo en toda la izquierda e incluso más allá de ella.

El día del golpe, Carmen salvó la vida de muchos al pararse tras el cobarde asesinato de “Pellizco” Enrique Maza Carvajal y enrostrarle al oficial boina negra, que tenía a todo un sindicato mascando tierra, que su violencia insensata no tenía honor alguno. Salvó la vida cuando al salir del patio en

que los mantenían prisioneros cerca de la fábrica Lucchetti un sargento la empujó hacia un cuarto de baño escondiéndola. –*"¿Por qué lo haces?", le preguntó y el militar le contestó: "¡porque eres chora!".*

Las mujeres fueron muy influyentes en momentos y decisiones claves del Cordón. La segunda fábrica que a través de su conflicto sindical se integró al Cordón fue Geka. Estaba mayoritariamente compuesta y dirigida por mujeres y estas detestaban a uno de los propietarios, un General en retiro del cual no recuerdo su nombre. En otras, obligaron a la directiva sindical controlada por el PC a abrirse al diálogo con el Cordón como fue el caso, entre otras, de Fabrilana. En algunas empresas ellas impusieron la intervención, tanto al Cordón como al Gobierno, después que ellas mismas habían realizado "una toma", por razones sociales y éticas que arrastraban a los varones del entorno. En algunas pocas ellas impusieron otras salidas, incluso conservar al patrón como jefe de industria. Su estado de ánimo era determinante para toda actividad del Cordón.

Ellas nos trajeron desde la nueva ola a la música del Quilapayún, Víctor Jara y la canción protesta, desde una estética y estado de ánimo conservadores al optimismo como para imaginar grandes sueños. Una de ellas fue nuestra querida e inolvidable Michelle Peña, que trabajaba el Cristalerías Chile, asesinada estando embarazada en los cuarteles de la DINA. Muchas otras están en nuestro recuerdo, dispersas y aún silentes en la nueva realidad que vive el país postdictadura.

Los surcos que quedan en la tierra

En las tareas del Cordón y teniendo origen en su propia apertura de espíritu, participaron diversos grupos políticos, así como personas de diferentes nacionalidades. Allá llegaron dirigentes exiliados de Brasil, aplastado por la tiranía de Castello Branco y Costa e Silva, llegaron trotskistas con Hugo Blanco del Perú, miristas y masistas de Venezuela, ex militantes de grupos de Guatemala o El Salvador, socialistas del Ecuador y otros países, o simples dirigentes estudiantiles. Cuadros de gran valor humano e intelectual, deseosos en general de alertarnos respecto a lo que muchos temían: la acción de servicios de inteligencia extranjeros, en particular de la CIA y de los Servicios franceses. Recuérdese la muerte de Luciano Cruz que debería habernos servido de advertencia.

Muchos de esos exiliados tenían visiones dogmáticas o mesiánicas, consistentes con las aproximaciones voluntaristas recogidas en la izquierda de sus países de origen. Ello era un problema en algunas ocasiones, porque no siempre tendían a respetar el ritmo y proceso de diálogo de base, porque en oportunidades acentuaban rasgos sectarios o por su verbalismo. Sin embargo, en su inmensa mayoría eran de una entrega y generosidad sin límites. Venían sin recursos, rara vez organizados en grupo, tal como los ecuatorianos, aislados a veces de sus propias organizaciones de origen, pero abiertos siempre a una nueva experiencia generosa, a la que contribuían con sus ideas y su esfuerzo. Participaron en todas las áreas sin recibir restricción, rechazo o exclusión alguna. Eran combatientes internacionalistas, humanistas cristianos, utópicos de diverso signo, trotskistas, o intelectuales conmovidos por el mensaje unificador y latinoamericano del Che Guevara, compañeros de un compromiso sin tacha con la justicia social y la libertad. Habría muchos nombres que recordar y tantas tareas que asumieron o generaron con su creatividad. Basta para recordarlos un solo nombre: Enrique de la Maza "Pellizco" estudiante venezolano de Ingeniería

en la Universidad de Chile asesinado vilmente el 11 de septiembre en una fábrica del Cordón, cuando se encontraba prisionero e inerme, por integrantes de los grupos especiales del Ejército. Dicen, quienes estuvieron presentes, que después de torturarlo delante de todo el sindicato que sollozaba en el suelo, un Capitán le reiteró la petición de dar los nombres de dirigentes recibiendo un escupitajo sanguinolento por respuesta.

Esos cuadros internacionalistas sin embargo eran tan sólo un pequeño grupo de seres humanos en la gran marea de la participación de miles. Los militantes de partido representaban un grupo mucho más numeroso, a pesar de que en el Cordón no llegaban a ser más que algunas centenas entre veinte o treinta mil trabajadores industriales. Muchos de ellos deberían ser recordados por su consecuencia, inteligencia y compromiso como Castañón, el pollo Ahumada, Coné, Cucho Holgado, el chico Bernal y tantos otros, al igual que dirigentes obreros de la talla de un Ismael Ulloa, un Patricio García, un Bustamante o nuestros mártires como el rucio Fernández y su hermano o el Pelao Alcayaga, dirigentes de PS y el Partido Radical, asesinados en ELECMETAL los días siguientes del golpe.

Digamos finalmente que el relato contenido en este libro no puede ser sólo un esfuerzo de la memoria de algunos sino una invitación a muchos que vivieron ese pedazo de la historia de Chile para que transmitan también sus vivencias. Algo debe quedar de esta historia, por dolorosa y frustrante que haya sido, en cada uno de nuestros hijos, nietos y hermanos. Ella contiene también nuestro recuerdo de gente noble como Allende o el viejo Mendoza que son para nosotros la encarnación de lo mejor de una época. Si algo hemos aprendido de la Historia es que ella nunca vuelve a repetirse; sin embargo, hay que evitar que aquello que constituyó parte importante de nuestras debilidades se repita sin corregir. No debemos quedarnos callados, alguien muy querido en nuestro recuerdo clamaba por un oído receptivo...



CARTA ENVIADA POR LA COORDINADORA DE CORDONES INDUSTRIALES Y OTROS ORGANISMOS DE PODER POPULAR A SALVADOR ALLENDE[15]

15–Una asamblea de dirigentes de los Cordones Industriales le encargó la redacción de esta carta –luego de discutir el contenido– al compañero Rafael Kries. [N. del E.]

5 de septiembre de 1973[16]

A su Excelencia el Presidente de la República
Compañero Salvador Allende:

Ha llegado el momento en que la clase obrera organizada en la Coordinadora Provincial de Cordones Industriales, el Comando Provincial de Abastecimiento Directo y el Frente Único de Trabajadores en conflicto ha considerado de urgencia dirigirse a usted, alarmados por el desencadenamiento de una serie de acontecimientos que creemos nos llevará no sólo a la liquidación del proceso revolucionario chileno, sino, a corto plazo, a un régimen fascista del corte más implacable y criminal.

Antes, teníamos el temor de que el proceso hacia el Socialismo se estaba transando para llegar a un Gobierno de centro, reformista, democrático–burgués que tendía a desmovilizar a las masas o a llevarlas a acciones insurreccionales de tipo anárquico por instinto de preservación.

Pero ahora, analizando los últimos acontecimientos, nuestro temor ya no es ése, ahora tenemos la certeza de que vamos en una pendiente que nos llevará inevitablemente al fascismo.

Por eso procedemos a enumerarle las medidas que, como representantes de la clase trabajadora, consideramos imprescindibles tomar.

En primer término, compañero, exigimos que se cumpla con el programa de la Unidad Popular, nosotros en 1970, no votamos por un hombre, votamos por un Programa.

16–Fue hecha pública esta fecha, pero fue entregada algunos días antes. [N. del E.]

Curiosamente, el Capítulo primero del Programa de la Unidad Popular se titula "Poder Popular", Citamos: Página 14 del programa:

"... Las fuerzas populares y revolucionarias no se han unido para luchar por la simple sustitución de un Presidente de la República por otro, ni para reemplazar a un partido por otros en el Gobierno, sino para llevar a cabo los cambios de fondo que la situación nacional exige, sobre la base del traspaso del poder de los antiguos grupos dominantes a los trabajadores, al campesinado y sectores progresistas de las capas medias..." "Transformar las actuales instituciones del Estado donde los trabajadores y el pueblo tengan el real ejercicio del poder..."

"... El Gobierno popular asentará esencialmente su fuerza y autoridad en el apoyo que le brinde el pueblo organizado..."

Página 15:

"... A través de una movilización de masas se constituirá desde las bases la nueva estructura del poder..."

Se habla de un programa de una nueva Constitución Política, de una Cámara Única, de la Asamblea del Pueblo, de un Tribunal Supremo con miembros asignados por la Asamblea del Pueblo. En el programa se indica que se rechazará el empleo de las Fuerzas Armadas para oprimir al pueblo... (Página 24).

Compañero Allende, si no le indicáramos que estas frases son citas del programa de la Unidad Popular, que era un programa mínimo para la clase, en este momento se nos diría que este es el lenguaje "ultra" de los cordones industriales.

Pero nosotros preguntamos, ¿dónde está el nuevo Estado? ¿La nueva Constitución Política, la Cámara Única, la Asamblea Popular, los Tribunales Supremos?

Han pasado tres años, compañero Allende y usted no se ha apoyado en las masas y ahora nosotros los trabajadores tenemos desconfianza.

Los trabajadores sentimos una honda frustración y desaliento cuando su Presidente, su Gobierno, sus partidos, sus organizaciones, les dan una y otra vez la orden de replegarse en vez de la voz de avanzar. Nosotros exigimos que no sólo se nos informe, sino que también se nos consulte sobre las decisiones, que al fin y al cabo son definitorias para nuestro destino.

Sabemos que en la historia de las revoluciones siempre han habido momentos para replegarse y momentos para avanzar, pero sabemos, tenemos la certeza absoluta, que en los últimos tres años podríamos haber ganado no sólo batallas parciales, sino la lucha total; haber tomado en esas ocasiones medidas que hicieran irrevocables el proceso, después del triunfo de la elección de regidores del 71, el pueblo clamaba por un plebiscito y la disolución de un Congreso antagónico.

En octubre (1972), cuando fue la voluntad y organización de la clase obrera que mantuvo al país caminando frente al paro patronal, donde nacieron los cordones industriales en el calor de esa lucha y se mantuvo la producción, el abastecimiento, el transporte, gracias al sacrificio de los trabajadores y se pudo dar el golpe mortal a la burguesía, usted no nos tuvo confianza, a pesar de que nadie puede negar la tremenda potencialidad revolucionaria demostrada por el proletariado, y le dio una salida que fue una bofetada a la clase obrera, instaurando un Gabinete cívico–militar, con el agravante de incluir en él a dos dirigentes de la Central Única de Trabajadores, que al aceptar integrar estos ministerios, hicieron perder la confianza de la clase trabajadora en su organismo máximo.

Organismo, que cualquiera que fuese el carácter del Gobierno, debía mantenerse al margen para defender cualquier debilidad de éste frente a los problemas de los trabajadores.

A pesar del reflujo y desmovilización que esto produjo, de la inflación, las colas y las mil dificultades que los hombres y mujeres del proletariado vivían a diario, en las elecciones de marzo de 1973, mostraron una vez más su claridad y conciencia al darle un 43% de votos militantes a los candidatos de la Unidad Popular.

Allí también, compañero, se deberían haber tomado las medidas que el pueblo merecía y exigía para protegerlo del desastre que ahora presentimos.

Y ya el 29 de junio, cuando los generales y oficiales sediciosos aliados al Partido Nacional, Frei y Patria y Libertad se pusieron francamente en una posición de ilegalidad, se podría haber descabezado a los sediciosos y, apoyándose en el pueblo y dándole responsabilidad a los generales leales y a las fuerzas que entonces le obedecían, haber llevado el proceso hacia el triunfo, haber pasado a la ofensiva.

Lo que faltó en todas estas ocasiones fue decisión, decisión revolucionaria, lo que faltó fue confianza en las masas, lo que faltó fue conocimiento de su organización y fuerza, lo que faltó fue una vanguardia decidida y hegemónica.

Ahora los trabajadores no solamente tenemos desconfianza, estamos alarmados.

La derecha ha montado un aparato terrorista tan poderoso y bien organizado, que no cabe duda que está financiado y (entrenado) por la CIA. Matan obreros, hacen volar oleoductos, micros, ferrocarriles.

Producen apagones en dos provincias, atentan contra nuestros dirigentes, nuestros locales partidarios y sindicales.

–¿Se les castiga o apresa?

–¡No compañero!

–Se castiga y apresa a los dirigentes de izquierda.

–Los Pablos Rodríguez, los Benjamin Matte, confiesan abiertamente haber participado en el “Tanquetazo”.

–¿Se les allana y humilla?

–¡No compañero!

Se allana Lanera Austral de Magallanes donde se asesina a un obrero y se tiene a los trabajadores de boca en la nieve durante horas y horas.

Los transportistas paralizan el país, dejando hogares humildes sin parafina, sin alimentos, sin medicamentos.

-¿Se los veja, se los reprime?

-¡No compañero!

Se veja a los obreros de Cobre Cerrillos, de Indugas, de Cemento Melón, de Cervecerías Unidas.

Frei, Jarpa y sus comparsas financiados por la ITT, llaman abiertamente a la sedición.

-¿Se les desafuera, se les querella?

–¡No compañero!

Se querella, se pide el desafuero de Palestro, de Altamirano, de Garretón, de los que defienden los derechos de la clase obrera.

El 29 de junio se levantan generales y oficiales contra el Gobierno, ametrallando horas y horas el Palacio de la Moneda, produciendo 22 muertos.

–¿Se les fusila, se los tortura?

–¡No compañero!

Se tortura en forma inhumana a los marineros y suboficiales que defienden la Constitución, la voluntad del pueblo, y a usted, compañero Allende.

Patria y Libertad incita al golpe.

–¿Se les apresa, se les castiga?

–¡No compañero!, siguen dando conferencias de prensa, se les da salvoconductos para que conspiren en el extranjero.

Mientras se allana SUMAR, donde mueren obreros y pobladores, y a los campesinos de Cautín, que defienden al Gobierno, se les somete a los castigos más implacables, paseándolos colgados de los pies, en helicópteros sobre las cabezas de sus familias hasta darles muerte.

Se le ataca a Ud. compañero, a nuestros dirigentes, y a través de ellos a los trabajadores en su conjunto en la forma más insolente y libertina por los medios de comunicaciones millonarios de la derecha.

–¿Se les destruye, se les silencia?

–¡No compañero!

Se silencia y se destruye a los medios de comunicación de izquierda, el canal 9 de TV, última posibilidad de voz de los trabajadores.

Y el 4 de septiembre, en el tercer aniversario del Gobierno de los trabajadores, mientras el pueblo, 1.400.000, salíamos a saludarlo, a mostrar nuestra decisión y conciencia revolucionaria, la FACH allanaba MADEMSA, MADECO, RITTIG, en una de las provocaciones más insolentes e inaceptables, sin que exista respuesta visible alguna.

Por todo lo planteado, compañero, nosotros los trabajadores, estamos de acuerdo en un punto con el señor Frei, que aquí hay sólo dos alternativas: la dictadura del proletariado o la dictadura militar.

Claro que el señor Frei también es ingenuo, porque cree que tal dictadura militar sería sólo de transición, para llevarlo a la postre a él a la Presidencia.

Estamos absolutamente convencidos de que históricamente el reformismo que se busca a través del diálogo con los que han traicionado una y otra vez, es el camino más rápido hacia el fascismo.

Y los trabajadores ya sabemos lo que es el fascismo.

Hasta hace poco era solamente una palabra que no todos los compañeros comprendíamos. Teníamos que recurrir a lejanos o cercanos ejemplos: Brasil, España, Uruguay, etc.

Pero ya lo hemos vivido en carne propia, en los allanamientos, en lo que está sucediendo a marinos y suboficiales, en lo que están sufriendo los compañeros de ASMAR, FAMAE, los campesinos de Cautín.

Ya sabemos que el fascismo significa terminar con todas las conquistas logradas por la clase obrera, las organizaciones obreras, los sindicatos, el derecho a la huelga, los pliegos de peticiones.

Al trabajador que reclama sus más mínimos derechos humanos se lo despide, se lo aprisiona, tortura o asesina.

Consideramos no sólo que se nos está llevando por el camino que nos conducirá al fascismo en un plazo vertiginoso, sino que se nos ha estado privando de los medios para defendernos.

Por lo tanto le exigimos a usted, compañero Presidente, que se ponga a la cabeza de este verdadero Ejército sin armas, pero poderoso en cuanto a conciencia, decisión, que los partidos proletarios pongan de lado sus divergencias y se conviertan en verdadera vanguardia de esta masa organizada, pero sin dirección.

Exigimos:

1) Frente al paro de los transportistas, la requisición inmediata de los camiones sin devolución por los organismos de masas y la creación de una Empresa Estatal de Transportes, para que nunca más esté en las manos de estos bandidos la posibilidad de paralizar el país.

2) Frente al paro criminal del Colegio Médico, exigimos que se les aplique la Ley de Seguridad Interior del Estado, para que nunca más esté en las manos de estos mercenarios de

la salud, la vida de nuestras mujeres e hijos. Todo el apoyo a los médicos patriotas.

3) Frente al paro de los comerciantes, que no se repita el error de octubre en que dejamos en claro que no los necesitábamos como gremio. Que se ponga fin a la posibilidad de que estos traficantes confabulados con los transportistas, pretendan sitiar al pueblo por hambre. Que se establezca de una vez por todas la distribución directa, los almacenes populares, la canasta popular.

Que se pase al área social las industrias alimenticias que aún están en las manos del pueblo.

4) Frente al área social: Que no sólo no se devuelva ninguna empresa donde exista la voluntad mayoritaria de los trabajadores de que sean intervenidas, sino que ésta pase a ser el área predominante de la economía.

Que se fije una nueva política de precios.

Que la producción y distribución de las industrias del área social sea discriminada. No más producción de lujo para la burguesía. Que se ejerza verdadero control obrero dentro de ellas.

5) Exigimos que se derogue la Ley de Control de Armas. Nueva "Ley Maldita" que sólo ha servido para vejar a los trabajadores, con los allanamientos practicados a las industrias y poblaciones, que está sirviendo como un ensayo general para los sectores (reaccionarios en contra) de la clase obrera en un intento para intimidarlos e identificar a sus dirigentes.

6) Frente a la inhumana represión a los marineros de Valparaíso y Talcahuano, exigimos la inmediata libertad de estos

hermanos de clase heroicos, cuyos nombres ya están grabados en las páginas de la historia de Chile. Que se identifique y se castigue a los culpables.

7) Frente a las torturas y muerte de nuestros hermanos campesinos de Cautín, exigimos un juicio público y el castigo correspondiente de los responsables.

8) Para todos los implicados en intentos de derrocar el Gobierno legítimo, la pena máxima.

9) Frente al conflicto del Canal 9 de TV, que este medio de comunicación de los trabajadores no se entregue ni se transe por ningún motivo.

10) Protestamos por la destitución del compañero Jaime Faivovic, subsecretario de Transportes.

11) Pedimos que a través suyo se le manifieste todo nuestro apoyo al Embajador de Cuba, compañero Mario García Incháustegui, y, a todos los compañeros cubanos perseguidos por lo más granado de la reacción y que le ofrezca nuestros barrios proletarios para que allí establezcan su embajada y su residencia, como forma de agradecerle a ese pueblo, lo que hasta ha llegado a privarse de su propia ración de pan para ayudarnos en nuestra lucha.

Que se expulse al Embajador norteamericano, que a través de sus personeros, el Pentágono, la CIA, la ITT, proporciona probadamente instructores y financiamiento a los sediciosos.

12) Exigimos la defensa y protección de Carlos Altamirano, Mario Palestro, Miguel Henríquez, Oscar Garretón, perseguidos por la derecha y la Fiscalía naval por defender valientemente los derechos del pueblo, con o sin uniforme.

Le advertimos compañero, que con el respeto y la confianza que aún le tenemos, si no se cumple con el programa de la Unidad Popular, si no confía en las masas, perderá el único apoyo real que tiene como persona y gobernante y que será responsable de llevar el país, no a una guerra civil, que ya está en pleno desarrollo, sino que a la masacre fría, planificada, de la clase obrera más consciente y organizada de Latino América. Y que será responsabilidad histórica de este Gobierno, llevado al poder y mantenido con tanto sacrificio por los trabajadores, pobladores, campesinos, estudiantes, intelectuales, profesionales, a la destrucción y descabezamiento, quizás a qué plazo, y a qué costa sangriento, de no sólo el proceso revolucionario chileno, sino también el de todos los pueblos latinoamericanos que están luchando por el Socialismo.

Le hacemos este llamado urgente, compañero Presidente, porque creemos que ésta es la última posibilidad de evitar en conjunto, la pérdida de las vidas de miles y miles de lo mejor de la clase obrera chilena y latinoamericana.

Coordinadora Provincial de Cordones Industriales
Comando Provincial de Abastecimiento Directo
Frente Único de Trabajadores en Conflicto



CONVERSACIÓN CON RAFAEL KRIES[17]

17–Esta entrevista fue realizada el día sábado 26 de enero de 2019 en el hogar del compañero Rafael Kries en la comuna de Ñuñoa. [N. del. E]

Lo primero compañero Rafael, una pregunta que tiene que ver más con el contexto de la época. Podría realizar una caracterización general o global del momento en el cuál surgieron los Cordones Industriales ¿Cómo era el escenario regional del cono sur? ¿Cómo era el escenario que caracterizó al tiempo de la Unidad Popular?

Para ubicar el período en el que surgen los Cordones Industriales habría que entender que venía pasando desde la postguerra en el capitalismo. Recordaremos que la destrucción masiva de fuerzas productivas y el asesinato extraordinario de más de 70 millones de personas había generado una situación a nivel planetario que facilitó al capitalismo su recuperación con fuerza de trabajo barata, la introducción masiva de nuevas tecnologías y la creación de una sociedad llamada de bienestar en que este crecimiento permitió un cierto financiamiento de la vida social: el consumo y la cultura, la reconstitución de elementos importantes del comercio internacional, primero en el centro y progresivamente en esta periferia que había sido primero salvada de los efectos de la guerra y después afectada por la recuperación europea, dando treinta años gloriosos de expansión del capitalismo que no se habían conocido en su historia. Pero, a medida que esto se iba desarrollando, la tasa de ganancia iba disminuyendo y finalmente ya a mediados de los 60's se evidenciaban problemas en el mundo capitalista, que en el caso del centro terminarían en estas crisis que se asocian con la explosión en París del 68 y que en el caso nuestro parecía un ascenso progresivo de la izquierda política, de socialistas y comunistas, presionada por una suerte de apertura que se establecía entre las acciones del movimiento sindical obrero y el movimiento campesino hasta ese momento marginado y reprimido en la periferia de esta periferia.

En ese contexto general, Allende había venido acumulando fuerzas, no solo en torno a estas estructuras de largo aliento en que el movimiento social y el movimiento político de

izquierda –el Partido Comunista y el Partido Socialista–, sino que se había constituido también hacia sectores más amplios de otras capas sociales y que con su imagen proyectaban una posibilidad de unidad, incluso con sectores cristianos. En el proceso de discusión de este ambivalente de orden programático que a veces se radicalizaba, se creaban comités de participación denominados de diversa manera y se establecían progresivamente las bases de lo que se llamarían "las 40 medidas urgentes" que el gobierno popular podría impulsar y las grandes orientaciones de cambio que se planteaban para este país periférico del capitalismo. La esencia de eso fue plasmada en el programa de Allende, que desde luego fue el resultado de una serie de reuniones de grupos intelectuales y políticos pero con una discusión previa mucho más amplia en la base, sobre todo, de los Partidos Socialista y Comunista, que los llevaba a un plano –para decirlo de una cierta manera generosa– de indefinición, con respecto a cuál iba a ser el nivel de estabilización de los cambios que se planteaban en las relaciones sociales, pero que con respecto a las fuerzas productivas planteaban con claridad un desarrollo de orden industrial a través de los que se llamó las famosas áreas de la economía mixta que alguien iba a impulsar al llegar a su gobierno, a la presidencia.

¿Cómo usted vivió en términos más personales y definiendo su trayectoria militante ese proceso de la UP hasta antes del surgimiento de los Cordones Industriales?

Yo era un estudiante que provenía de una zona radicalizada del país por su historia social: Concepción. El movimiento minero, probablemente la influencia mapuche, el movimiento estudiantil e intelectual, las actitudes liberales y progresistas, habían ido generando un ambiente de apertura intelectual, no solo del liberalismo en el pensamiento, sino de expansión de la influencia del existencialismo, de la discusión filosófica, el marxismo. Desde luego y en ese sentido yo me fui acercando a las luchas estudiantiles que reivindicaban un

mejoramiento para las posibilidades de la población, no solo proletaria sino indudablemente de las capas medias que había en Concepción, advirtiendo que el gobierno conservador de Alessandri vacilaba en término de las prioridades que tenía que asignar en el presupuesto nacional a una zona que había sido afectada por fuertes terremotos y otras calamidades naturales de los años 60's.

Yo participé como dirigente estudiantil y luego posteriormente me vine a Santiago a estudiar ingeniería, en la Escuela de Ingeniería en Beauchef. De esa manera me acerqué, sin proponérmelo, a los centros de decisión de una serie de confrontaciones que visualizaba solo en un plano de orden, nada especulativo, filosófico, como unas contradicciones entre las aspiraciones y desarrollo nacional que tenían amplios sectores de la sociedad en Concepción y esta suerte de limitaciones que ponía en su política económica el gobierno conservador de Alessandri. De manera que ya al concluir el gobierno de Alessandri, Allende aparecía y emergía en forma natural como la posibilidad de responder a ese sentimiento generalizado de la población, excepto que en ese período global, Estados Unidos había endurecido su política de confrontación con la Unión Soviética y para ello había desarrollado una serie de estructuras y mecanismos al nivel del agro y al nivel incluso de la población urbana, para impedir este ascenso que pareciera en un momento casi inevitable porque hasta el propio presidente Ibáñez públicamente se inclinaba porque su sucesor hubiese sido Salvador Allende y si no era en esa oportunidad, fuera en el gobierno sucesivo.

De manera de que esta presión imperial visible endureció la política, le dio fuerza y espacio a este partido que era una alianza de pequeños grupos bajo el gran paragua de la Iglesia Católica –que fue la Democracia Cristiana– y generó una suerte de período transicional de una suerte de "revolución en libertad" que no terminaba siendo ni revolución, ni una libertad, lo que era evidente para el desarrollo del movi-

miento social. Entonces simplemente ganaban tiempo los sectores dominantes, para enfrentar esta fuerza en ascenso, este acercamiento entre obreros y campesinos, el cual se expresaba fundamentalmente como una suerte de espacio de tolerancia, no tan evidente, pero de relacionamiento que no era confrontacional entre socialistas y comunistas. Que esa confrontación se redujera, obviamente expresaba fenómenos de la "Guerra Fría" y también fenómenos internos, concesiones mutuas que en las décadas anteriores hubieran sido inimaginables. Habían sucedido incluso sucesos importantes en América Latina, tenemos el ascenso de la Revolución Cubana, un fuerte ascenso, del desarrollo del movimiento estudiantil y otros movimientos, y en esos espacios se generaban diversas interpretaciones ideológicas influenciadas por los chinos, por los coreanos. Obviamente el Partido Comunista nuestro había sido tradicionalmente desde los años 30 controlado por el estalinismo y directamente por un mecanismo en su cúpula muy fuertemente ligado a las directrices de Moscú. El Partido Socialista con sus divisiones y reunificaciones había plasmado la existencia de un espacio marxista de autonomía que entraba entonces en esta alianza central, desde el movimiento de masas con un tú a tú, con un peso equivalente y arrastrando o generando espacios que podían articular desde fuerzas liberales otras interpretaciones del marxismo, desde el catolicismo, el cristianismo, etc. Y que con su fuerza mostraban que una alternativa simplemente de orden militar y de orden cerrada por parte de la oligarquía era imposible frente a este asenso masivo y sostenido y progresivo por parte de la población que iba mucho más allá de la fuerza de los trabajadores para ser un movimiento virtualmente de carácter nacional.

¿Usted militaba en algún grupo político o partido en ese momento?

En Concepción, en los últimos años antes de venirme a Santiago del liceo, había militado –si se puede decir eso–, en un

pequeño grupo que se autodenominaba "Granma", influido por el éxito de la Revolución Cubana. Era un grupo heterogéneo del cual una buena parte de ellos, yo diría la mayoría, se inclinó a la fusión o al acercamiento con ciertos grupos de origen trotskista y del Partido Socialista de esa época, para terminar, conformando el MIR. En tanto la disidencia, en este caso algunos como Pedro Holz y quien habla, nos alejamos de esa militancia, cada uno para entrar más bien a la carrera de ingeniería y ver que sucedía en contextos más amplios de la política nacional. De manera que cuando yo entro a militar en la universidad lo hago conformando con un par de amigos que venían de una fraternidad juvenil que habíamos organizado en esa época, la Juventud Socialista –que era en ese momento inexistente en la universidad– y con la cual teníamos una inmensa tarea de terreno que no conocíamos y que aglutinó en torno a los planteamientos que desarrollábamos, inicialmente muy fuertemente influidos por la Revolución Cubana. Estuvimos ligados luego a los "elenos"[18] y todo lo demás. Esto impregnó nuestra visión de mundo, nos hizo solidarizar con lo que fueron esas expresiones en los países de alrededor, hasta el período inmediatamente siguiente a la muerte del Che en que se nos hizo evidente que esas propias instituciones y mecanismos que habíamos creado simplemente marchaban en una dirección nuevamente leninista, militarista, en la que no estaba en el eje de su angustia, de su preocupación, de su tarea, la vida, la compresión y la organización de la masa y entonces decidimos acercarnos a lo que aparecía como un espacio en el que eso podía desarrollarse, que era la candidatura de Salvador Allende, que triunfa en 1970.

18–Los "elenos" son las y los militantes que conformaron el Ejército de Liberación Nacional chileno grupo que jugó un papel importante en la conformación y defensa del proyecto de la Unidad Popular. Fueron organizados por Arnoldo Camú al interior del Partido Socialista de Chile como fracción. En el año 1971 en el Congreso de la Serena del PS, el ELN decide disolverse al interior del partido. Los cuadros militares y operativos del ELN crean la comisión de Defensa del PS, con su Aparato Militar, de Inteligencia y Contrainteligencia, y el GAP –Grupo de Amigos Personales– que se conforman como la guardia personal del presidente Salvador Allende. Recientemente se publicó un libro sobre su historia: Valdés Navarro, Pedro (2018) *El compromiso Internacionalista. El Ejército de Liberación Nacional. Los elenos chilenos 1966-1971. Formación e identidad.* Santiago: LOM Ediciones. [N. del E.]

Con respecto a los Cordones Industriales ¿Qué cree usted que fue lo determinante para su surgimiento?

Yo creo que el pensamiento que construye la sociedad burguesa es un pensamiento que piensa que la certeza es suficiente para captar la verdad y que todo es blanco o es negro y, en este caso, que los Cordones o fueron una creación política, o, por el contrario, que fueron simplemente una creación espontánea de las masas. Al haber vivido directamente esa situación yo la considero falsa, porque, los Cordones fueron una creación por un lado espontánea y por otro lado en la que participaron decisivamente militantes de los partidos políticos de la izquierda. Estos militantes no fueron instruidos para su participación por sus organizaciones y éstas no estaban en condición ni de oponerse ni de controlarlos, pero al mismo tiempo el proceso de formación o de relacionamiento que ellos tenían con el proceso y con esas organizaciones facilitó el debate sobre ciertos criterios de organización o ciertos acentos que fueron dados, impregnándose de una visión marxista y al mismo tiempo una visión en la que predominaba la democracia proletaria y la participación de base.

En este sentido podrías profundizar un poco en determinar cuál era la real influencia e incidencia de los partidos dentro de los Cordones y qué problemas suscitaron, si es que hubo algún problema, en esta relación entre partidos y Cordones.

Para hablar de eso tendremos que remitirnos al período en que los Cordones emergen y se desarrollan masivamente en el país, que es un tiempo breve pero que tuvo tal impacto en la sociedad chilena que incluso hoy, después de varias décadas podríamos decir que la desaparición de los Cordones y la destrucción de todos los elementos del proyecto de la Unidad Popular, siguen todavía pesando en la cabeza no solo de la población, sino de los sectores de la clase dominante o sus expresiones de terror que ésta utiliza. En este sentido,

la esposa del general Leigh al reivindicar el carácter democrático de su esposo y su supuesta no participación en los crímenes de la Dictadura, afirma que el mayor terror que tenían ellos era la presencia de esta fuerza autónoma, de esta fuerza directamente y visceralmente ligada al sentimiento y la consciencia popular y, sobre todo, de los trabajadores que eran los Cordones Industriales.

¿Cómo se organizaban las y los trabajadores en los Cordones? ¿Cuánta gente se calcula más o menos que efectivamente participó de esta experiencia a nivel nacional? ¿En qué medida la democracia directa se ejercía en la elección de las y los delegados?

Se dice que los Cordones Industriales fueron organizaciones sobre todo sindicales, aunque en algunos casos incluyeron pobladores. Llegaron a constituir más bien una suerte de institución con un enfoque de participación directa y universal de un cierto segmento, masivamente compuesto por trabajadores, pero también hubo pobladores y hasta pequeños comerciantes. Se generaron en zonas donde había una fuerte concentración proletaria e industrial, a mediados del año 1972, y explosionaron multiplicándose cuando se intentó por parte de un segmento del gobierno de la UP, en particular del Ministerio del Trabajo, de establecer límites demasiados angostos de supeditación a la política estatal a estos organismos que estaban fuertemente anclados a los deseos, en la conciencia y las aspiraciones de sus asambleas. Y entonces surgió como primer Cordón, el Cordón Maipú y a continuación surgieron virtualmente en forma casi natural el Cordón Vicuña Mackenna, el Cordón San Joaquín, el Cordón Panamericana Norte y empezaron a surgir algunos Cordones en otras zonas industriales de Chile. Ese desarrollo, que era larvario, que era iniciado en términos de una articulación de sindicatos sobre los problemas económicos y sociales de la época, en la que no había una participación estructural directa por parte de los partidos, era centralmente producto de la maduración y desarrollo de la conciencia de

lo que habían sido los aparatos sindicales del Partido Socialista, que en vez de marchar en una dirección socialdemócrata, se radicalizaban tratando de continuar este diálogo y este ascendiente que tenían sobre esa masa de trabajadores. El Partido Comunista estaba virtualmente ausente como estructura y tampoco podemos ver que ninguna de las otras orgánicas políticas tuviera una participación orgánica dentro de ellos.

Los Cordones Industriales explotaron como fenómeno social cuando la CIA y la dirección, sobre todo, de los gremios de pequeños empresarios, intentaron un Golpe de Estado en el cual arrastraron al gran empresariado y también a los partidos políticos de la derecha en lo que se llamó "El paro de octubre". Esta acción se inició a fines de septiembre con la paralización de camiones y de fábricas y, encontró una respuesta masiva, multitudinaria, por parte de estos mismos mecanismos que espontáneamente surgían y se relacionaban unos con otros a lo largo del país. Para algunos existieron unos 30 Cordones relativamente consolidados, para otros 55 Cordones a lo largo del país, pero que diferían mucho en términos del peso que cada uno de ellos tenía, porque en lugares altamente densos en industrias y en población como Vicuña Mackenna, Maipú o Talcahuano en la zona de Concepción, estos eran fácilmente conformados por miles de trabajadores, y en otros lugares solo estaban compuestos por un centenar de trabajadores que vinculaban a veces entre 5 a 7 fábricas, mientras que en el Cordón Vicuña Mackenna fácilmente se reunían entre 15 a 25 industrias en cualquiera de sus reuniones o mecanismos de coordinación.

¿Qué tan efectivo fue el funcionamiento de la democracia directa?

La relación de la base con la forma de dirección, la determinación de la política, eran simplemente asambleístas, no era una articulación posible de reunir simplemente por la deci-

sión de un partido. Primero pasaba por un diálogo entre los partidos, sus formas de organización y coordinación partidaria. Este diálogo era incluso conflictivo, desde luego, con direcciones sindicales y con la participación que el propio gobierno de la Unidad Popular había creado para poder administrar las fábricas o empresas que había intervenido para asegurar que la estructura productiva siguiera funcionando después del boicot masivo por parte de la derecha y de los empresarios. De manera que existían una serie de instancias en las que se reconocía un cierto nivel de iniciativa en este diálogo y coordinación de orden político de estructuras locales, pero al mismo tiempo, esa determinación que pasaba por las direcciones sindicales era definida en términos de su accionar y contenido de programa, en las decisiones de asamblea. En las asambleas no había exclusión de ningún tipo de grupo político, de manera que en esas asambleas participaban grupos que hablaban a nombre incluso de fuerzas conservadoras, liberales, religiosas, además de grupos de los distintos matices del marxismo o de la izquierda, fuera o dentro, del gobierno de la Unidad Popular.

¿En qué industria trabajaba y que rol cumplió en el Cordón Industrial Vicuña Mackenna?

Como les he contado, yo era un estudiante de ingeniería de la Universidad de Chile y subdirector del Plan Santiago. Trabajaba en la oficina regional de planificación de ODEPLAN en esa época a la cual me había vinculado como estudiante de ingeniería haciendo cuentas nacionales y aprendiendo. Estudiando economía ya había tenido la maravillosa oportunidad de conocer una gran cantidad de técnicos e intelectuales de la izquierda chilena, de diverso origen, militantes o no, pero todos de izquierda, que habían venido a ayudar a Allende entre los que estaban no solo Gonzalo Martner, estaba Pedro Vuskovic, estaba Pedro Ibarra, estaba Mellado, Aranda, un sinfín… una gran cantidad de intelectuales y economistas que en su mayoría habían trabajado en or-

ganismos internacionales como Naciones Unidas, la CEPAL, etc. En ese momento venían a Chile a buscar cómo ayudar, cómo intervenir en este proceso, acercándose al ODEPLAN, y yo había entrado muy tempranamente como estudiante de ingeniería ahí para ayudar a mi formación. Me parecía clave esa relación y me había vinculado con ellos, de manera que tenía un tipo de visión que me permitía un contacto con ciertos niveles de gobierno y por otra parte había llegado a la FECH en un período en el que después de la reforma con alguna gente habíamos reorganizado la Brigada Universitaria Socialista, participado de los procesos de reforma, y ganado la FECH para la izquierda levantando dentro de ella distintas secretarias, como la sindical. Yo empecé a trabajar en el mundo sindical y posteriormente entonces fui invitado por la dirección política de los socialistas a participar dentro del departamento sindical de ellos, el DENAS. De esta forma es que para la época en que explosionan los Cordones Industriales yo era un miembro de la dirección nacional del departamento nacional sindical socialista, el DENAS, y una persona que tenía un trabajo, un vínculo directo con Pedro Vuskovic y con otros personajes del gobierno, que conocía sus contradicciones y de alguna manera desde luego, no solo recibe esa información, sino estaba en condiciones de tratar de disponer de una visión global como para entregarla a mis compañeros que venían algunos de ellos de distintas fábricas, de distintos niveles de organización sindical o de la experiencia simplemente estudiantil.

¿Cuál era el rol o las tareas que pretendía desarrollar un Cordón Industrial?

El Cordón aparece como un tipo de instancia de decisión. No diría que buscaba suplantar, ni reemplazar, ni destruir las estructuras anteriores, pero era evidente que lo que deseaba, la base de esas asambleas era de decidir e influir, pero al mismo tiempo de alguna manera buscar que su presencia y su influencia fuera decisiva en las orientaciones de largo pla-

zo del gobierno. El Cordón Industrial no se planteaba remplazar a la Central Única de Trabajadores, no se planteaba tampoco destruir ni desconocer a los partidos políticos, no se planteaba –por decirlo así– ser una suerte de cooperativa económica por parte de los sindicatos, se planteaba ser la expresión directa de lo que eran sus asambleas en términos de su expresión política, de sus deseos sindicales, de sus visiones con respecto al que hacer y a la forma de vida: de la fábrica, de su relación con la población y con otras formas de intentos de organización social que se plantean en otros sectores de la sociedad chilena.

En ese sentido, ¿Cómo usted podría graficar estas transformaciones en la vida cotidiana? ¿Hubo un cambio en las relaciones del obrero a obrera, entre obreros y pobladores que vivía en la zona aledaña? ¿Hubo cambios significativos en la forma de relacionarse?

Sí. Indudablemente que esta forma de diálogo, de decisión, de relacionamiento, cambia y afecta las relaciones sociales. Quizá no tanto en términos de la estructura de género; las mujeres todavía en Chile en esa época eran un tercio más o menos de la población de la fuerza de trabajo, la mayoría eran varones. Por ejemplo, se estableció una cierta dignidad y una cierta influencia de los trabajadores con respecto a los pequeños comerciantes, que antes era ejercida al revés, de los pequeños comerciantes o usureros sobre la masa trabajadora que trataba de sobrevivir, en este caso, se establecía una nueva relación.

Incluso se desarrolló una nueva relación entre los ingenieros y el obrero más simple, porque obligaba a esos dos grupos a un tipo de diálogo al cual ninguno de los dos estaba acostumbrado. El obrero de base era un hombre de pensamiento concreto y de corto plazo. El ingeniero o el técnico era un hombre de pensamiento más abstracto y de más largo plazo. De manera de que sus objetivos respecto a la fábrica

o a la estructuración de cierta tarea era diferente y nos costaba establecer niveles en esa negociación, porque en una buena cantidad de oportunidades hubo momentos en que fábricas enteras estuvieron a punto de pararse y teníamos que llegar por parte de las direcciones políticas y también sindicales a decir "no". Ahí llevamos el problema a los niveles de instancia de dirección de fábrica, donde están de alguna manera representado los técnicos, los ingenieros, el propio interventor, las direcciones de cada área de fábrica y ahí se toma colectivamente la decisión más adecuada, en vez de una definición simplemente abstracta en la que no iba a haber acuerdo entre lo que el ingeniero –por decir– o los técnicos construían como modelo y la experiencia de un obrero con respecto a sus comportamientos, a su relación con una máquina.

A pesar que ese tipo de conflictos oculta problemas de largo aliento para cualquier asociatividad, quizás planteado en realidad en términos no solo de conocimiento técnico, sino de jerarquías, etc. Por lo menos, en ese período fueron sorteadas con, no digo con facilidad, pero exitosamente, no fue el problema central los problemas internos, sino por el contrario el Cordón mostró una capacidad para expresar políticamente entonces a la fábrica sin afectar sus estructuras técnicas, al mismo tiempo que estaba dándole un sentido totalmente distinto, era virtualmente una suerte de proyecto de "Gobierno de Estado", que estaba mirando los problemas de conjunto y que pugnaba por articularlos con una preeminencia por parte de una visión productiva y sobre todo una fuerza central de los trabajadores. Se establecía una relación que no era destructiva, sino por el contrario, una relación constructiva con los comerciantes, con los campesinos, incluso con las dueñas de casa. Porque el Cordón en forma natural buscaba resolver esos problemas a los cuales estaba vinculada la masa de la clase trabajadora de una población, una fábrica o grupos de fábricas, estableciendo mercados populares o tratando de ver cómo podía apoyar a otra industria o población que tenía tal problema.

Es decir, se planteaban prácticamente como una suerte de gobiernos locales o sectoriales tratando de resolver problemas en términos de una actitud y de una conciencia que los obreros rápidamente habían captado, definiéndose en este escenario que era su asamblea, como una suerte –para decirlo, quizá, exageradamente– de hermandad surgida del trabajo y de la común situación que vivían en la base de la fábrica.

Los Cordones fueron, en ese sentido, un fenómeno diferente. En el sentido no solo de que tienen un cierto grado de espontaneidad, masividad y de amplitud ideológica. Constituye una fuerza que se plantea tareas que son prácticas como el grupo de protección, la seguridad, la capacitación, crear almacenes, crear guarderías, establecer como beneficio en una fábrica que existan almuerzos, un comedor, que se mejoren cosas que son obvias para los trabajadores que participan en esas asambleas porque es su vida. Distinto era con las ideas de los partidos que inmediatamente son de orden macropolítico, que corresponden a un cierto ideal que por un lado es consistente, pero que no guarda relación con la dinámica real de eso que está pasando a nivel de la base.

De manera de cuando se formula que el Poder Popular es más amplio parece natural, porque hay otros niveles de la administración del Estado o de organización de la sociedad donde hay problemas de distribución, de transporte, que pueden ser asumidos y donde los partidos pueden tener una participación más inmediata, más vigorosa y al mismo tiempo más dependiente obviamente de lo que puedan dar esas estructuras y en la cual el peso de los Cordones era indudablemente muy superior a lo que podían hacer ellos. Por ejemplo, incluso cuando esas expresiones como la de los Comandos Comunales llegan a articular cuatro o cinco veces la masa que podrían articular los Cordones Industriales, no tienen la décima parte, ni la centésima parte de organicidad, ni de fuerza que es la que proporciona la vida de fábrica, la

experiencia de una vida virtualmente común en torno a sindicatos de decenas de años y esta suerte de acercamiento político que se va produciendo de diversos grupos que ya no están militando en el partido, sino del partido militando en el Cordón para decirlo de una cierta manera, esa dinámica.

Había un concepto de tolerancia, yo diría una gran apertura por parte de miembros del gobierno. Yo debo decir, tuve posibilidades de conversar sobre los temas del Poder Popular con el gobierno, con Allende: él era un hombre de pensamiento arduo, astuto, un gigante de la táctica. Había gente que miraba este proceso con una inmensa no solo tolerancia, sino que tratando de hacerlo consistente durante su programa como era la actitud de Pedro Vuskovic, o, incluso, de Carlos Matus, en el sentido de tratar de insistir en la coherencia, pero al mismo tiempo estar dispuesto a escuchar. Bien, es indudable que el caso de los Cordones esas apreciaciones no venían dadas por un modelo, venían dadas simplemente por lo que era la apreciación de fuerza que tenían los Cordones, y en ese sentido, yo podría decir que eran indudablemente una suerte de manera diferente de hacer política, no diría un proyecto de Estado, por el contrario, diría eran algo un tanto diferente que se movía en ese sentido transversal para poder encarnar las decisiones que iban matizando no solo grupos de pensamiento diferente, sino una masa que ya no era masa, sino que estaba opinando y que con todo derecho podía argumentar con una lógica liberal, una lucha histórica o dentro de su lógica religiosa, pero que estaba obligada en la dinámica de lo que es una asamblea, como son las dinámicas de los grupos de menos de cien o doscientas personas –podrían haber asambleas mayores–, a estar atenta a argumentos y resolviendo situaciones concretas.

Nos gustaría saber: ¿Cómo fue la relación de los Cordones Industriales con la UP en general y con Salvador Allende en particular? ¿Cómo fue la relación de los Cordones Industriales con la CUT dominada por el Partido Comunista?

Yo diría que para poder tener una apreciación de cómo era esa relación que externamente puede parecer como contradictoria –de la cual se hacen incluso caricaturas– creo que habría que afinar una visión de lo que era Allende y el equipo de gobierno, y sus contradicciones en relación a los partidos políticos que apoyaban y articulaban eso. Allende, obviamente, lo miraba como un fenómeno de apoyo a su gobierno, se movió con mucha tolerancia, en términos reales con gran respeto. Independientemente que cuando en un par de oportunidades yo tuve la posibilidad de cruzar palabras con Allende, por encarnar una coordinación del cordón Vicuña Mackenna, hubo mucho garabato porque eran duras las decisiones que había que tomar, pero nunca se perdió el horizonte de estar dentro de una misma batalla o de una misma voluntad. Había un inmenso respeto por parte de la gente hacia Allende. El Ministro del Trabajo y el Intendente de Santiago eran extraordinarias personas que iban a meterse allá a dialogar, no eran personas que simplemente estuvieran hablando por la televisión o mandando a los pacos, sino que, al contrario, trataban de convencer, de influir y al mismo tiempo eran influidos por los acontecimientos. Ellos tenían una participación sumamente tangencial y esporádica pero no era confrontacional. Las confrontaciones eran con el Partido Comunista desafortunadamente, porque el Partido Comunista estaba en una posición pro soviética, en una postura de arrastrar a Allende simplemente a un acuerdo con la Democracia Cristiana, que asegurara las condiciones de una reforma que ellos pensaban que se podía consolidar con las definiciones del programa de Tomic, independientemente de los objetivos que estaba planteando Estados Unidos como potencia imperial y que obviamente veían todo tipo de cosas que se salieran de ese marco como desestabilizadoras. Entonces en las áreas en que el Partido

Comunista influía, primero en los sindicatos, trató de aislar a algunos sindicatos de los Cordones y lo logró en un primer período del medio año que duraron los Cordones. Y en ese medio año se hizo evidente que los sindicatos con mayoría comunistas y de dirección comunistas estaban siendo progresivamente arrastrados, influidos y estaban encontrando espacio dentro de los Cordones Industriales, lo que obligó a la CUT a cambiar de posición. La Central que había calificado a los Cordones como un enemigo de clase y los acusaba de "paralelismo sindical" que se orientaban a la destrucción de la estructura, empezó a advertir que en realidad en ellos había una larga tradición de exigencia unitaria, de clase y de una visión global de la vida no solo política sino de convivencia, pero al mismo tiempo vinculada a la vida concreta de la gente humilde que había sido encarnada desde luego por Clotario Blest, quien había sido posteriormente marginado, pero que aún encarnaba como actitud y que de alguna manera brotaba todavía en el movimiento sindical.

Y por eso es que cuando el gobierno de Allende, después de vacilar en el período de auge de los Cordones –noviembre del año 1972–, tiene que optar por buscar apoyo en los Cordones Industriales o dirigirse hacia la alternativa electoral tal como se lo pide la Democracia Cristiana y el Partido Comunista. Finalmente, decide inclinarse por meter a la CUT dentro del gobierno, produciendo un quiebre de su tradición y afectando a la base sindical que consideraba inaceptable que su estructura autónoma de clase se metiera en el Estado. En una alianza de partidos junto a los militares en el gobierno, tratando de acercarlos desde luego con Carlos Prats a la cabeza, orientando al proceso a desmantelar los Cordones Industriales, devolver las fábricas y tener un rotundo triunfo electoral que no se produjo, porque a pesar que la Unidad Popular obtuvo más de un 37% de los votos, en la elección inmediatamente anterior de carácter municipal obtuvo más de un 50% de los votos.

En otras palabras, la opción que había impuesto de alguna manera el Partido Comunista con la tolerancia de Allende, creo que fue su gran momento de derrota, porque ahí las posibilidades de supervivencia de un proyecto, que fuera un proyecto que avanzara hacia una democracia con mayor participación social, con alguna perspectiva socialista y de industrialización, fracasaron al auspiciar el rearme de las fuerzas armadas, la devolución masiva de empresas ocupadas, la destrucción de los Cordones Industriales, que de 50 o 30 que eran, volvieron a ser simplemente 10 o 12 en las ciudades más importantes del país. Nosotros vimos en el Cordón Vicuña Mackenna que de los 20.000 trabajadores que habían ya solo estaban organizados unos 12.000 trabajadores en sus sindicatos movilizados.

¿Cómo reaccionaron los Cordones frente a la implementación del "Plan Millas" y la "Ley de control de armas"?

Es doloroso decirlo, pero para la dirección sindical y la expresión en la asamblea en la que yo participé era directamente una traición. Era entregar a nuestros enemigos las armas para nuestra destrucción, porque desde luego los Cordones se consideraban el eje de las posibilidades del gobierno popular, no consideraban que eso estuviera en el Congreso ni en los juegos institucionales. Ellos eran las fuerzas decisivas, eran las que lograban articular estas contradicciones políticas y sindicales de los partidos de la izquierda por sobre ellos en una perspectiva que podía hacer posible el desarrollo del programa de la Unidad Popular y el sostenimiento del proyecto político. Y al ver eso atacado desde adentro del propio gobierno y haber construido las armas legales que inmediatamente empezaron a ser puestas en práctica por oficiales fascistas que reprimían, no en el centro del país, pero si en lugares lejanos, para poder entrenar a su gente en la tortura o en la ausencia de respeto por los derechos humanos. Esto fue expresado en esa asamblea por una compañera con las siguientes palabras: "*aquí obviamente se está traicionando*

todo lo que ha sido este proyecto". Y no se culpaba a Allende, se culpaba al Partido Comunista.

El Partido Comunista estaba, desde luego, igual que el Partido Socialista con grandes vacilaciones, en grandes conflictos, pero sabemos que esas vacilaciones y esos conflictos, esas contradicciones fueron "resueltas" de la peor manera posible: fueron incapaces de cambiar el curso de la historia que ya había sido señalado al desmontar la única fuerza social sobre la que podía sostenerse una perspectiva socialista en este país.

¿Qué entiende usted como "Poder Popular" y como era entendido el "Poder Popular" entre las y los trabajadores?

Toda forma en que hubiera participación por parte de la gente de manera directa era considerada como Poder Popular. En otras palabras, todas las JAP, todos los comités de abastecimientos, cualquier grupo de estudiantes o de personas, cualquier segmento poblacional organizado, y fundamentalmente, los Cordones Industriales. Pero también lugares donde no estaban los Cordones, pero si había sindicatos o expresiones simplemente de trabajadores que tenían el mismo deseo de participar activamente en el proceso, era considerado por parte de los Cordones Industriales como expresiones del Poder Popular, de la cual ellos eran la expresión más coherente, orgánica, y desde, luego la más fuerte.

No había una definición que permitiera decir: no, los comerciantes de tal tipo no son aceptados. Eso nunca se dio, por el contrario, el tema era como sobrepasar este mundo reducido, ficticio de la política representativa hacia una expresión directa y masiva de la población que se estaba generando en una situación transicional, en la cual las grandes clases sociales pugnaban y las grandes ideologías conformaban sus grupos y representantes obviamente específicos.

¿Por qué cree usted que los Cordones Industriales se desarrollaron principalmente dentro de las zonas urbanas, vinculados a la pequeña y mediana empresa, y no así, por ejemplo, en los sectores que uno podría determinar cómo estratégicos de la economía chilena como el proletariado minero o portuario?

Es una buena pregunta. Porque el Poder Popular se desarrolló en el campo, por ejemplo, no en la forma de Cordones, pero sí en la participación de base de los Consejos campesinos, o de diversas expresiones, algunas articuladas incluso desde la época del gobierno de Frei. Otra experiencia fue la de los obreros rurales que deseaban participar en la zona de Lautaro y que establecían una relación directa con los Cordones Industriales en Santiago. En el caso de los puertos y de la minería, creo que ahí quizá, en términos muy pobres, indudablemente había un gran excedente económico en la minería del cobre, lo que permitía a ese tipo de industria el pago de unos salarios extraordinariamente elevados en relación al resto de la población. Era habitual decir en esa época que ellos eran una "aristocracia obrera" o le trabajaban a una aristocracia, porque se les pagaba tres veces lo que se le pagaba a un trabajador, pero no diez veces o cien veces como ganaba un empresario o uno de esos señores que están en un directorio una vez al año.

Y entonces por los dos lados había quizá resentimiento, por un lado, envidia frente a esta situación de privilegio, y, por otra parte, soberbia, vanidad y cierto deseo obvio de defender esos intereses mezquinos por parte de esos sindicatos en término de ingresos. En este plano triunfaba con facilidad la Democracia Cristiana, aunque también había presencia tradicional de los partidos de izquierda, pero que jamás lograron construir una perspectiva ni siquiera "desarrollista" dentro de esas organizaciones. Entonces, estos gremios obreros, fueron fácilmente un campo de maniobra para que los grupos de ideología fascista, sobre todo a través de

la Democracia Cristiana, se impusieran en términos, sobre todo, de una crítica inmediatista, injusta al gobierno de la Unidad Popular, en lo que respecta a salarios o problemas con el transporte, por más que ellos, desde luego llevasen una vida dura, alejados de sus ciudades, familia, etc.

Cosas que son notables de considerar, pero que yo creo que no fueron tan bien manejadas con un conocimiento más profundo por parte de la Unidad Popular. A pesar que, sí recuerdo a personajes brillantes desde el punto de vista técnico en la Unidad Popular. Y en eso estaba ocupado el gobierno en esos lugares: asegurando los planes de producción, lo que era fundamental, sin embargo, no bastaba. Faltó otro tipo de enfoque que, sí se dio, por ejemplo, para resolver este problema con los trabajadores del salitre o los del norte, pero no en los sectores que tú me mencionas.

¿Por qué cree usted que no hubo una coordinación de carácter formal entre los distintos Cordones Industriales a nivel nacional? ¿Faltó tiempo? ¿La implementación de las leyes antiobreras cumplieron un rol en contra de esta iniciativa?

Creo que, en el desarrollo de estos procesos, hay para decirlo así, un tiempo cronológico y un tiempo de desarrollo de los acontecimientos. En otras palabras, hay un ritmo de los acontecimientos que no es simplemente cronológico, hay días en que se pueden resumir años o meses, minutos que resumen horas, o, al revés, días y meses en que no pasa nada. Creo que son procesos de formación de consciencia que terminan condensándose en organizaciones, en las posibilidades de tomar decisiones, capacidades, etc. Por ejemplo, que los soviets de Petrogrado de 1905 fracasen y los soviets de 1917 tengan éxito: en 1905 este estudiante que termina siendo el jefe o uno de los orientadores –León Trotski– y los bolcheviques están aislados, están en medio de una situación de guerra, las posibilidades de la Rusia zarista son inmensas, lo que hace que se terminen desmante-

lando rápidamente los soviets y enviando a la cárcel a todos. En 1917 la dirección bolchevique tiene la inteligencia de seguir el ritmo de los acontecimientos y en las jornadas de julio se repliega cuando el general Kornílov trata de destruir a la organización bolchevique, y reaparece para las jornadas de octubre para finalmente tomar el Palacio de Invierno. Entonces, ¿dónde está el ritmo de esos acontecimientos? En otras palabras, en este caso ya no estamos hablando de las fuerzas productivas, estamos hablando del desarrollo de la lucha de clase, que al mismo tiempo tiene que tener una expresión de orden político. Y entonces ahí uno dice: es indudable que esas cosas no fueron articuladas, acompasadas, comprendidas por los diversos grupos con un mínimo de acercamiento a ese ritmo.

En otras palabras, para fines de octubre o noviembre de 1972 los Cordones estaban en su punto más fuerte, manejaban más de 500 empresas coordinadas ¡Incluso podían coordinarlas! Había momentos en que no había gobierno en este país y los Cordones estaban sujetando al país entero ¿Dónde estaban los partidos políticos? ¿Dónde estuvo la dirección del Partido Socialista? ¿Dónde estuvo la dirección del MIR? ¿Dónde estuvo la dirección del Partido Comunista? Ninguna de ellas fue jamás a los Cordones. Los únicos que estuvieron o pasaron por ahí fueron compañeros extranjeros, como Hugo Blanco, el gran líder campesino y trotskista de Perú, los socialistas ecuatorianos, gente brillante de Brasil, pero las direcciones chilenas políticas no estaban. A mí dicen: "*pero bueno, estaban gente como tú que eras de la dirección nacional sindical de los socialistas*". Claro, pero de la dirección nacional sindical socialista una sola vez se autorizó a Manuel Dinamarca a participar en una reunión del comité central ¡Una sola vez! Y en esa reunión la mitad de ese comité central estaba a favor de las posiciones de Manuel Dinamarca, estaba a favor de los Cordones Industriales, por lo menos la mitad de ellos. Incluso el propio Carlos Altamirano, en más o menos la misma fecha de esa reunión, se acercó a una asamblea del Cordón sorpresivamente, él que-

ría participar, tenía curiosidad. Desde luego no hubo ningún problema. Lo invitamos, escuchó con interés y cuando iba a terminar la reunión Óscar Mendoza, a quien yo le dedico mis libros, un brillante intelectual, un viejo maravilloso, lúcido, uno de los teóricos de peso del Cordón le dijo: *"yo agradezco* –porque Altamirano había dicho que agradecía de la paciencia que habían tenido de haberlo escuchado– *que usted haya estado por acá, porque nunca en mi vida yo he visto a un secretario general ni socialista, ni comunista en alguna asamblea de sindicato"*. Y eso te decía cuál había sido la visión autoritaria, verticalista, que había manejado la izquierda y que le impidió, con esa inmensa riqueza espiritual de todo tipo, haberse articulado a eso que era su fuerza fundamental, para haber cimentado desde luego un proceso que habría sido distinto en términos de las exigencias que se le iban a hacer a las estructuras institucionales o a las estructuras de poder dentro de la sociedad chilena.

¿Qué cree que limitó el desarrollo de los Cordones Industriales para transformarse en una fuerza de poder autónomo de clase como los consejos obreros u otra expresión orgánica de autoactividad de masas? ¿Qué lo limitó a pasar a un nuevo nivel de organización? ¿El tiempo, las contradicciones, la gente de los partidos?

Yo diría que fue la madurez de los procesos. Porque cuando tú has participado en una elección, donde hay veinte personas que representan la expresión de esa asamblea, pero que pertenecen a diez organizaciones distintas sin ningún tipo de exclusión, y a ninguno de ellos se les ocurre ni por casualidad tomar una medida que después pasando los meses tú dices: *"era obvia, ¿por qué no se tomó?"* Uno dice: yo puedo haber sido un estúpido, un tonto, un hombre de bajo coeficiente intelectual, ¿los veinte eran de bajo coeficiente intelectual, eran estúpidos, eran tontos? No. No estaba todavía la madurez para ver los acontecimientos y en nuestras posibilidades captar la necesidad de esa acción: un hombre como Trotsky o Lenin fueron capaces de medir el pulso y

tener un olfato sumamente fino. El pueblo chileno estaba impregnado de ilusiones oportunistas, socialdemócratas, individualistas, permanentemente segmentado, engañado, etc. Sin embargo, fue capaz no solo de elegir una vía que permitiera a Allende acceder al gobierno, sino que, al mismo tiempo pudo crear mecanismos que tenían la potencia y que abrían las posibilidades de un pueblo distinto. Por un lado, están los elementos formales de la conciencia, en las posibilidades normales de la lógica o en las posibilidades de la audacia o la intuición revolucionaria que hacen que una cosa coincida con ese tiempo o ritmo, o, por el contrario, que sea demasiado tarde o demasiado temprano.

De manera que no tengo una respuesta. Creo que se jugaron las posibilidades tal como se entendieron ya que había un desfase entre esta fuerte tendencia estructuralista reformista, cuantitativa, incluso de los partidos, de una cierta visión del marxismo, y esta reflexión espontánea surgida de la base del pueblo.

¿Existió algún grado de desarrollo de la tarea armada o un plan de autodefensa previo al Golpe?

Mira aquí hay un gran mito porque la derecha construyó la represión, los asesinatos y la tortura, sobre la justificación que los Cordones Industriales tenían armas y estaban preparados como ejército para hacerse cargo del país, lo que era una soberana mentira como se hizo evidente después. En los Cordones no habían armas, y desde luego, no había ninguna capacidad para hacerse cargo del país. Había por el contrario un tipo de organización que podría haber sido una fuerza auxiliar de apoyo –de alguna forma– a la política que los partidos o segmentos del ejército hubieran eventualmente implementado con respecto al Estado. No se expresaba ningún esfuerzo conspirativo, sino que simplemente la inmensa mayoría de los obreros del Cordón había hecho el servicio militar, y en forma natural en las reuniones

de las fábricas tomadas se aglutinaban compañeros bajo las orientaciones de alguno que por ahí había sido sargento o tenía más experiencia militar. Ninguno tenía fierros, ni tenía armas, pero tenían el deseo y la voluntad de poder sostener al gobierno de la Unidad Popular.

Cuéntenos un poco la anécdota en torno a la redacción de la carta que se le envió a Salvador Allende de la cual usted es protagonista ¿Cómo se gestó?

Después del "tanquetazo" era evidente para la población que la articulación del Golpe había madurado. Yo personalmente conocía los esfuerzos de la dirección del Partido Socialista por tratar de ver de qué manera en el ejército el segmento constitucionalista podía sostener un enfrentamiento con los fascistas financiados e influenciados por Estados Unidos. En los últimos días de agosto nuevamente se habían realizado varios intentos de coordinación en los cuales uno de los Cordones más dinámicos, el Cordón Cerrillos, intentaban hacer algo. Otros Cordones hacían lo mismo. Yo trabajaba en el Cordón Vicuña Mackenna, y quizá por su extensión –era muy largo–, tendía poco a poner atención en el ritmo de otros Cordones, más bien estaba preocupado que las fábricas más periféricas asistieran a las reuniones y se implicaran en la toma de decisiones, para que así se constituyesen como parte de una red de influencias y de acción.

Pero no es que hubiera una negativa, sino que cuando pienso ahora, después de tantos años cuál era la dinámica, veo que podría haber existido más claridad en eso. Sin embargo, cuando se realiza esa reunión, se discute en torno a este Golpe o intento de Golpe, "el tanquetazo", conducido por el teniente coronel Souper quien fue detenido en su marcha hacia La Moneda nada menos que por el general Prat y el general Pinochet. En aquella ocasión se hace evidente que los dados están lanzados.

Entonces se discute largamente en una fábrica del Cordón Cerrillos en torno a toda la coyuntura. Los cuatro miembros que estaban en la mesa dan el visto bueno del documento, y me designan a mí para redactarlo, porque había un famoso dicho: *“Rafael tiene buena pluma”*. Les gustaba la manera como yo redactaba, o el orden que era capaz de dar a los textos, ya que estudiar ingeniera también da cierta capacidad para argumentar lógicamente mejor.

Yo tomé las actas y redacté la carta. Cuando asistí a la próxima reunión solo se modificó una frase –podemos decirlo ahora en confianza, han pasado tantos años–, una frase que a mí me parecía innecesaria, pero que en ese momento a las cuatro personas no: dejar en claro que la alternativa era la dictadura burguesa, militar y oligarca, o, la dictadura del proletariado, y no la “democracia popular”, como decía el texto en borrador. Y así se puso en el documento la “dictadura del proletariado”. Esa frase es la única que no es mía en realidad, pero en realidad era un detalle menor, porque no me parecía que aclarara o agregara algo al contenido. Y en el documento final entonces sale en esa frase, “compañero presidente la alternativa que se está viniendo es la de una dictadura oligárquica o una dictadura del proletariado”.

La carta se envió de inmediato a través de Carmen Silva – una maravillosa pintora que había sido una persona influyente en el Cordón, prima de Carlos Altamirano–, quien se la hizo llegar a un miembro del comité central del Partido Socialista y de ahí a Salvador Allende, para que él supiera que considerábamos que estábamos jugando las últimas cartas del juego y que, si no tomaba rigurosamente el toro por las astas, no veíamos posibilidad de sobrevivencia. Tengo entendido, por anécdotas –algunas me las contó Pedro Vuskovic otras alguna gente más cercana al palacio, la propia Beatriz con la que conversábamos temas políticos–, que un par de días antes del Golpe, Allende hace un esfuerzo desesperado por llevar la contradicción hacia una salida de índole simplemen-

te electoral, para ganar tiempo. Es la última vez que van a La Moneda dos dirigentes del MIR y le piden en el pasillo hablar con él. Allende se da vuelta y les dice: *"no compañero ya no tenemos nada más que hablar, yo he hecho lo que tenía que hacer, ahora ustedes muestren que son capaces de hacer lo que han venido diciendo que van a hacer"*. Luego de eso se dio media vuelta y se fue.

En realidad, yo pienso que los dados no estaban tirados en ese momento, sino que mucho antes, cuando se impuso la línea del Partido Comunista del "Plan Millas", ya que ahí se debilitó a la Central Única de Trabajadores y a los Cordones Industriales, aceptando la introducción de ministros militares en 1972. Lo fundamental en ese momento era el desarrollo de las fuerzas y la capacidad del gobierno, sus partidos y del poder popular, de sostener la crisis que tenían en ese momento. ¿Cuál habría sido la evolución posterior? Eso es tema de otro cuento, pero yo creo que ese fue el momento decisivo que hizo posible el Golpe y con ello esta renovación capitalista feroz después de asesinar a los dirigentes sindicales, asesinar a lo mejor de nuestros cuadros políticos, e introducir el capital especulativo a todo trance en esta sociedad. Hoy incluso a través de los periódicos y los medios, todos los días, se está lavando el cerebro a las nuevas generaciones para hacerlas más individualistas, más egoístas, más admiradores del consumo estúpido que está destruyendo el planeta.

¿Algunas palabras para terminar la entrevista Rafael? Algo que haya quedado en el tintero…

Creo que hay grandes personas que hay que recordar. Yo de alguna manera los represento con este recuerdo de Oscar Mendoza, su lúcidez, su capacidad de ver el futuro, de recoger la experiencia, un humilde obrero zapatero. Creo que no hay que olvidar a gente consecuente como Salvador Allende, Pedro Vuskovic, grandes compañeros, amigos y vecinos. Mi querido hermano Otto Böettiger, son de alguna manera semillas del mañana.

POSTFACIO

Notas introductorias sobre el Poder Popular

"¡Ay! –dijo el ratón-. El mundo se hace cada día más pequeño.
Al principio era tan grande que le tenía miedo.
Corría y corría y por cierto que me alegraba ver esos muros, a diestra y siniestra, en la distancia. Pero esas paredes se estrechan
tan rápido que me encuentro en el último cuarto
y ahí en el rincón está la trampa sobre la cual debo pasar.

–Todo lo que debes hacer es cambiar de rumbo– dijo el gato… y se lo comió"

Franz Kafka, "Una pequeña fábula".

I

Imaginemos a dos personas sentadas frente a frente ante una mesa. En la mesa se encuentra un tablero de ajedrez y sus respectivas piezas. Una de esas personas jugará efectivamente al ajedrez, con sus respectivas reglas, movimientos y su objetivo final, el cual es, como todos sabemos, lograr que una de las piezas propias derrote al rey del jugador contrario, o llegar a una situación donde ello sea inevitable. La otra persona frente al tablero jugará, sin embargo, con otras reglas: los movimientos de las piezas serán exactamente los mismos que con las reglas tradicionales del ajedrez, pero el objetivo del juego, el que hace que se decida qué jugador gana y qué jugador pierde, será el de derrotar todas las piezas del oponente, o llegar a una situación donde ello sea inevitable. Ignoremos por un momento el hecho de que el segundo jugador se pone en una situación evidentemente más desfavorable que la del primero. ¿Cómo jugarían ambos jugadores en esta partida hipotética? El primer jugador, al tener un objetivo mucho más acotado, tendría mayor margen de maniobra, lo cual le permitiría jugar abriendo bre-

chas en el lado del rival, creando espacios que le permitirían resolver la jugada final con un par de piezas clave. El caso del segundo jugador es, sin embargo, bastante distinto: obligado a derrotar todas las piezas del rival, su margen de maniobra sería mucho más estrecho, obligándolo a una estrategia conservadora donde se trata de retener la mayor cantidad de piezas posible, haciendo que la derrota del oponente sólo pueda darse con un uso más bien homogéneo de las piezas, en una disputa del espacio del tablero más que de la creación de brechas dentro de él. Aquí se hace evidente otra desventaja de la estrategia a la que se ve llevado el segundo jugador: al requerir mayor ocupación del espacio, hace que su juego sea mucho más lento; lo más probable es que sea derrotado por el primer jugador cuando aún esté armándose en su lado del tablero para entrar en el del rival. Si a ello le añadimos el hecho de que la pieza del rey queda en una posición mucho más vulnerable que la del rival, en términos concretos apenas por encima de los peones, entonces tenemos que la derrota del segundo jugador está prácticamente asegurada.

Este juego de ajedrez con condiciones tan asimétricas podría ser un entretenido e incluso instructivo ejercicio, tanto como pasatiempo para una tarde particularmente aburrida o como ventaja que un jugador experimentado de ajedrez le otorga a un recién iniciado. Sin embargo, ¿qué pasaría si esa asimetría no fuera conocida y aceptada por ambos jugadores, sino que se debiera a un desconocimiento de las reglas por parte del segundo jugador? ¿Qué pasaría si el jugador, por desconocimiento o por información mal transmitida, creyera que así es como realmente se juega el ajedrez? En este caso, diríamos que, si el jugador, como es casi inevitable, resulta derrotado, no lo atribuiremos a las condiciones desfavorables de las reglas, ni a la ausencia de un particularmente gran golpe de suerte, o a la falta de capacidad estratégica casi sobrehumana, sino que lo atribuiremos simplemente al hecho de que el jugador en realidad nunca estuvo jugando de hecho el juego.

II

El concepto de Poder Popular está atravesado por una decisiva ambigüedad, fuente de confusiones estratégicas y de conveniencias tácticas. Por un lado, el concepto refiere a las fuerzas que están detrás y en las que se apoya una organización o un conjunto de organizaciones políticas, con fines que pueden ser más o menos revolucionarios, pero que en definitiva parecen representar los intereses de esas fuerzas apolíticas, no aún del todo politizadas, o en todo caso carentes de los medios de organización que sí tienen las fuerzas políticas en cuestión. Por otro lado, el concepto refiere más bien a una serie de prácticas que, más allá de su grado de ruptura con el orden establecido, tienden a generar condiciones de autonomía, de prescindencia respecto a los medios de organización de tal orden.

Más allá de la clásica antinomia organización/espontaneidad, cabe preguntarse hasta qué punto ambos conceptos coinciden, y hasta qué punto inevitablemente divergen. En un sentido, es común que las fuerzas políticas que se sustentan en su respectiva base popular hayan surgido de ellas mismas, y que de hecho legitimen su fuerza en tal origen popular; incluso en el caso de movimientos reaccionarios que se encuentran de manera más o menos evidente en contra de los intereses de su base popular, o al menos de un sector importante de ella, siempre tienden a legitimar su fuerza a partir de ideas y sentimientos pertenecientes a tal base, y que tal movimiento concretizaría; en tal astucia reside de hecho su fuerza.

En otro sentido, los procesos mismos de Poder Popular se identifican con sectores más o menos específicos de la población, o al menos se mueven en un radio de acción más o menos identificable. Esto lleva a que se identifiquen tales procesos con formas organizativas específicas de tal sector.

Y si tales formas organizativas entran en conflicto más o menos abierto con otras formaciones políticas, ¿no podríamos decir que estamos en presencia de una fuerza política como tal, sustentada en su comunidad respectiva? La perspectiva que pretende que se piense la primera situación como abarcadora de la segunda, es la llamada organizacionalista; la perspectiva que pretende que se piense en sentido contrario, es la llamada espontaneísta. Ambas perspectivas, como es evidente, se encuentran más temprano que tarde en un callejón sin salida.

III

Existe, sin embargo, algo peor que el organizacionalismo o el espontaneísmo: la perspectiva que piensa que puede superarse tal dicotomía a través de la pretensión de que la fuerza política se identifica con las formas organizativas populares, o de que se dará tal identificación en un plazo, por supuesto, nunca especificado. Esta postura trae dos consecuencias funestas. La primera es el sustitucionismo, la creencia de que la situación y el devenir de la fuerza política coincide con la situación y el devenir de su base popular, lo cual lleva de forma rápida a la sustitución de la discusión y el conflicto acerca de las fuerzas reales mismas por el de las fuerzas al interior de la organización política en cuestión. La segunda, aún más grave, es el inmovilismo. En efecto, si el devenir del movimiento real coincide, o debiera coincidir, con el del movimiento político, entonces a este movimiento le basta con alcanzar el grado de organización interna que le permita estar a la altura de las condiciones que ya están, de hecho, presentes y dispuestas en el movimiento real. Pero, ¿quién decide si las condiciones (objetivas, subjetivas, o del tipo que sea) están ya de hecho ahí? ¿Dónde se encuentra el tribunal que establece las condiciones, que sanciona su cumplimiento y determina su grado realización presente o futuro? Lo que pareciera ser el vínculo entre el movimiento político y el real se transforma, así, en otra excusa para su-

cesivos rumiamientos de la organización política acerca de sí misma.

IV

Pareciera, si uno sólo escuchara a estas organizaciones, que existen sólo dos concepciones acerca de lo político. Una, determinista, dice que el objetivo de la organización política es leer de manera adecuada el devenir de las fuerzas en disputa, y adecuar la estrategia y las tácticas de la organización a tales lecturas. Otra, voluntarista, dice que, si bien es necesaria tal lectura, la organización debe intervenir en el curso de las fuerzas en disputa. Ambas afirmaciones parecen sensatas, y en principio para nada incompatibles. El problema son las consecuencias que se sacan de tales concepciones, al tomarlas de modo unilateral. En el primer caso, se concibe el devenir del movimiento real como un destino inexorable, al cual el movimiento político debe someterse; en el segundo caso, se concibe el devenir del movimiento real como un campo de posibilidades infinitas, donde el movimiento político debe elegir alguno de sus infinitos recorridos, con la esperanza de que sea el correcto. Lo cierto es que el movimiento real no es ninguna de ambas cosas; es más bien una suerte de alternancia de ambas concepciones, de determinación y posibilidad. Lo real no se presenta como un continuo de posibilidades, sino como una multiplicidad de fuerzas en juego, que tienden a devenir de forma autónoma hasta que entran en conflicto con otras fuerzas. Estos puntos de conflicto de fuerzas son los momentos de decisión, en los que las relaciones entre fuerzas cambian, haciendo que se fortalezcan, se debiliten, se desvíen o que desaparezcan. Lo político no reside en la organización misma, sino que en su capacidad de captar el ritmo del movimiento real y aprovechar los momentos de quiebre que ocasionalmente ofrece. Lo específicamente político no es la organización, sino que la decisión.

V

Por supuesto, al movimiento real no le importa en lo más mínimo las confusiones teóricas de las organizaciones políticas. Simplemente sigue su curso implacable. Tampoco hay que ser demasiado injustos: todo movimiento político, salvo en unas pocas y breves ocasiones, parece estar siempre a la zaga de los acontecimientos. El problema está cuando esas ocasiones han sido demasiadas veces desperdiciadas; entonces se hace evidente cómo el espacio de maniobras del movimiento político se va reduciendo de manera dramática. Entonces los movimientos, sumidos en la desesperación, comienzan a especular con golpes de suerte extraordinarios, con cambios organizacionales que implican básicamente su reconstrucción desde cero, con escenarios irreales donde todas las piezas calzan a la perfección, donde los varios escenarios fantásticos culminan con resoluciones inesperadas de última hora, mientras los presentes se abrazan y, ríen alegres y nerviosos por lo cerca que estuvieron del desastre. A falta de una maniobra política decisiva que parece cada vez más lejana, se hacen docenas y cientos de pequeñas maniobras inútiles, desde las más conservadoras a las más radicales, de las más realistas a las más delirantes; a estas alturas, ya ni siquiera se trata de buscar una salida, sino de moverse y hacer ruido lo suficiente como para acallar las voces que anuncian el devenir inevitable de la situación. Cuando señalar que la tierra se mueve es tomado como un defecto, e incluso como un delito, entonces sabemos que el desastre es inevitable.

VI

Pero entonces, cuando las fuerzas enemigas están ya golpeando la puerta, se hace inevitable la pregunta: ¿realmente era necesario todo esto? ¿De qué sirvieron las fuerzas acumuladas, las discusiones programáticas, la unificación de las organizaciones? Las fuerzas enemigas, ya traspasadas las puertas, fusil en mano, se limitarán a responder: no lo sabemos, no nos interesan tales sutilezas teóricas, simplemente asumimos que eran tan peligrosos como decían serlo, y actuamos en consecuencia. Y luego dispararán sus fusiles.

VII

No hay nada que debemos hacer en principio al respecto. Sólo nos queda asumir cómo era la situación entonces, cómo es la situación actual y cuál es el devenir que vincula ambas situaciones. Para ello, sólo nos queda romper con el ciclo eterno de lamento y de olvido, asumir las consecuencias de lo que se hizo y no se hizo, y volver a ponerse de pie. Pero ello requiere una concepción de lo político que nos permita salir de la situación actual en que domina la impotencia y la resignación. Los documentos del pasado no tienen por qué servir sólo como piezas de disección académica o como monumentos en honor a los viejos buenos tiempos. En ellos podemos también descubrir fuerzas que entonces se ignoraban o que se tomaban como algo menor, que sobrevivieron y que continúan persistiendo hasta nuestros tiempos, a la espera del gesto y las palabras adecuadas que puedan volver a conjurarlas.

Omnia Sunt Communia